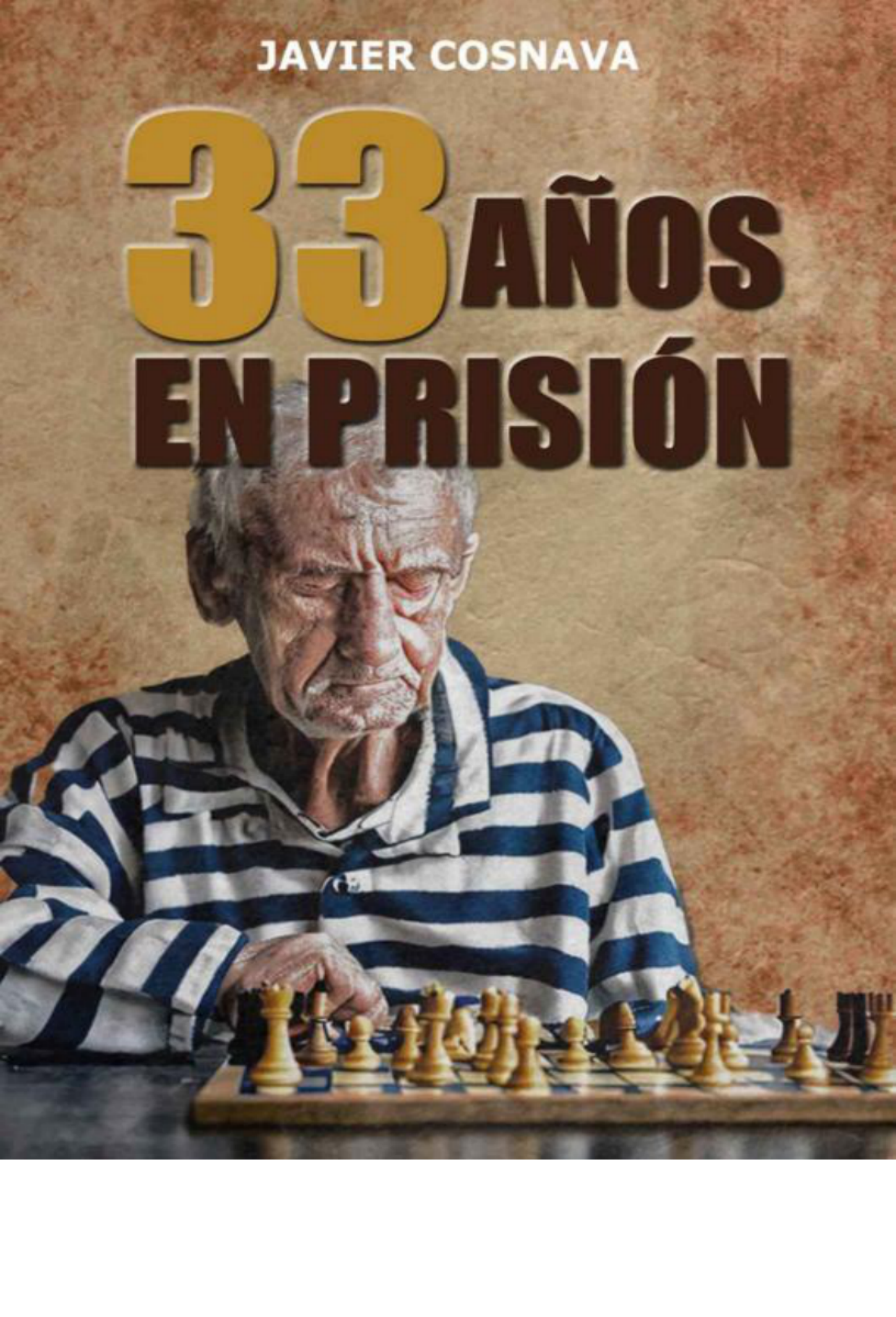
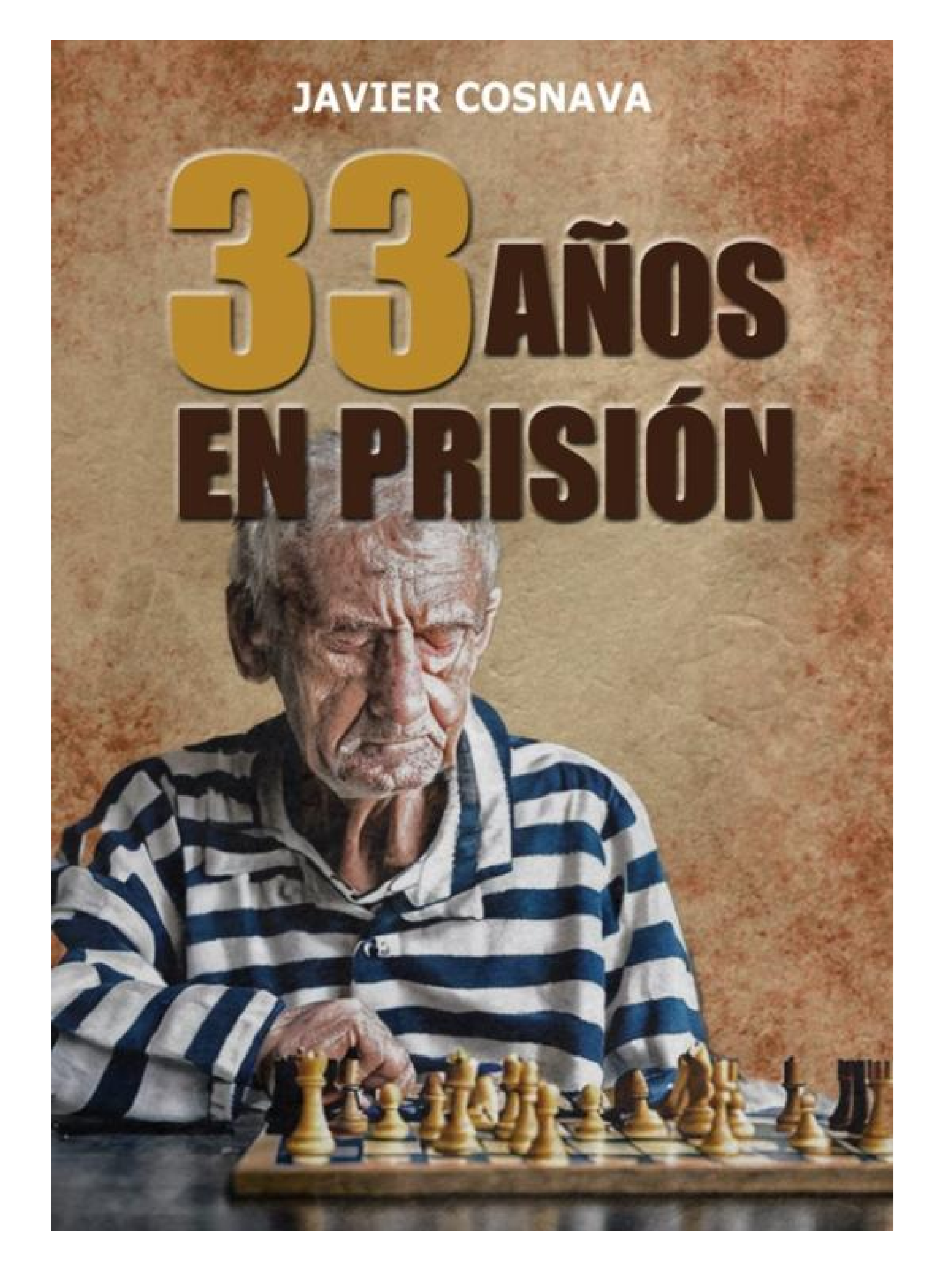

JAVIER COSNAVA
33 AÑOS
EN PRISIÓN


JAVIER COSNAVA
33 AÑOS
EN PRISIÓN

Javier Cosnava

33 AÑOS

EN PRISIÓN

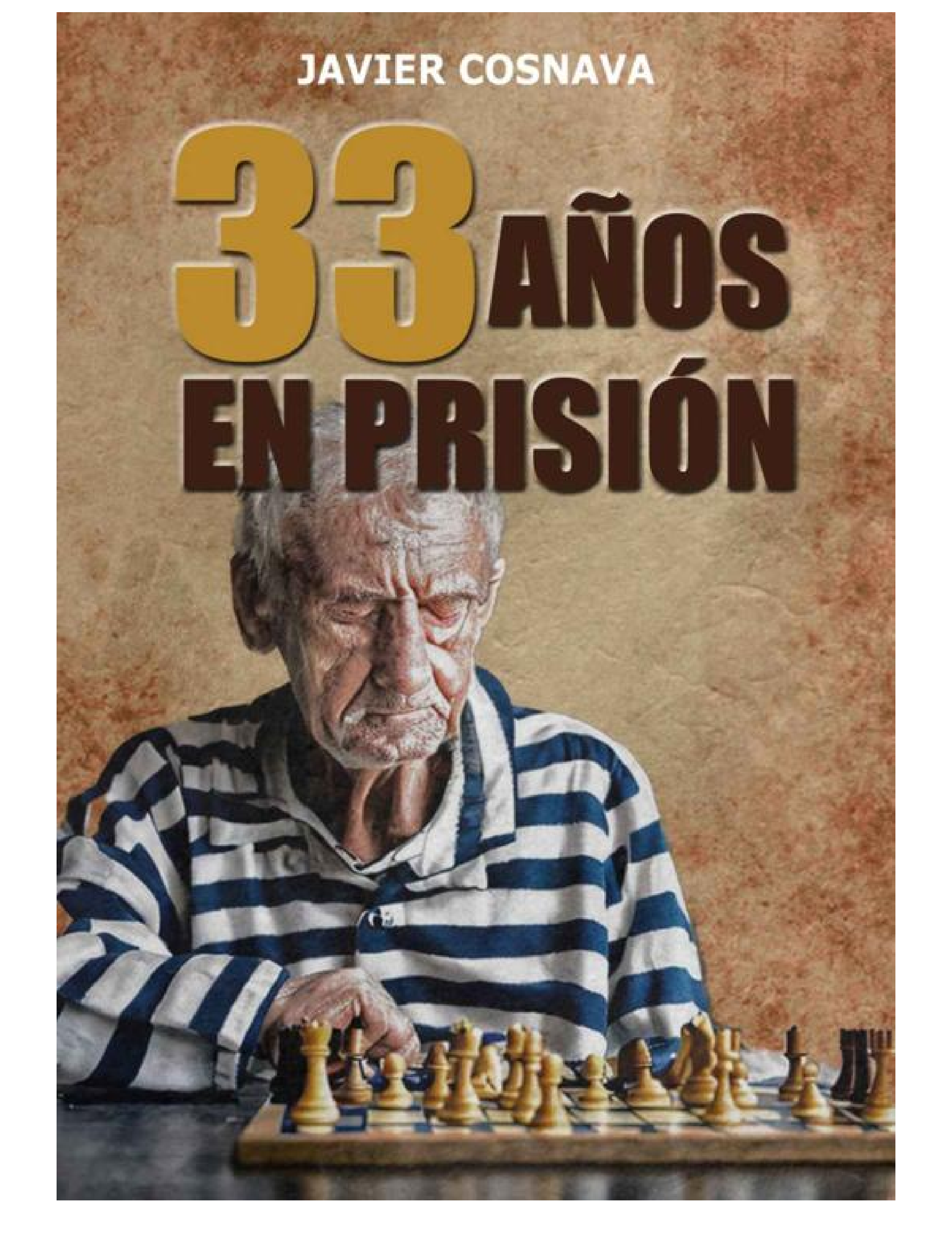
33 AÑOS EN PRISIÓN

El ajedrez es una guerra en un tablero.
El objetivo es aplastar la mente del oponente

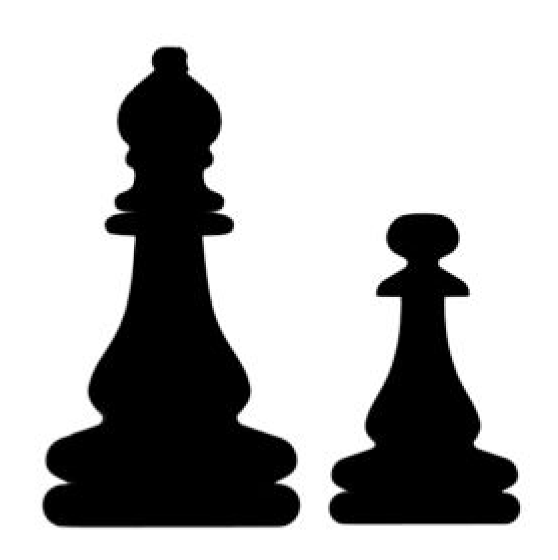
(Garri Kímovich Kaspárov)

PRIMERA PARTE

Benjamín, el peón sacrificable


JAVIER COSNAVA
33 AÑOS
EN PRISIÓN

CAPÍTULO 1
Benjamín camina en círculos



Treinta y tres años. Toda una vida.

Treinta y tres años.

Treinta y tres.

Benjamin había estado encerrado en prisión durante treinta y tres años, casi la mitad de su vida. Treinta y tres largos y difíciles años, marcados por el dolor y la soledad. Treinta y tres años desde aquel fatídico día en que fue declarado culpable de triple homicidio y condenado a cadena perpetua, desterrado de la vida que alguna vez conoció.

Durante treinta y tres años, Benjamin había vivido en las sombras, atrapado en una celda fría y desolada en la prisión de Baguío, en las islas Filipinas. A lo largo de esos años, había visto a hombres entrar y salir de las celdas adyacentes, algunos en busca de redención, otros resignados a su destino. Treinta y tres años de luchar por mantener la esperanza, de aferrarse a lo poco que le quedaba de humanidad.

Aquel día, Benjamin se levantó de su estrecho catre, sintiendo el peso de cada uno de esos treinta y tres años sobre sus hombros. Se acercó a la ventana con barrotes que presidía su celda, como lo hacía cada mañana, y contempló el paisaje que lo había rodeado durante más de tres décadas.

Las alambradas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, como serpientes metálicas que se aferraban al terreno con una tenacidad implacable. Los edificios bajos y pasados de moda, testigos mudos de innumerables vidas rotas, se erguían orgullosos, desafiando el paso del tiempo. Los viejos árboles centenarios, que habían estado allí mucho antes de que Benjamin llegara, parecían susurrar historias inquietantes a quienes se atrevieran a escuchar.

La inmensidad del paisaje, conocido y repetido hasta la saciedad, se extendía ante sus ojos, como una pintura desgastada que había perdido su brillo pero no su belleza. Era una vista que había llegado a conocer tan bien como a sí mismo, y sin embargo, todavía encontraba algo de consuelo en ella.

Benjamin se quedó allí, en la ventana de su celda, durante lo que pareció una eternidad, perdido en sus pensamientos y recuerdos. Treinta y tres años de prisión, de sueños rotos y esperanzas desvanecidas, resumidos en un paisaje desolador que ahora se había convertido en su único refugio. Treinta y tres años en los que había aprendido a sobrevivir, pero nunca a olvidar. Treinta y tres años, y todavía contando.

—¿Sabes que ya no soy francés? Hasta eso me han quitado —dijo Benjamin, pronunciando lentamente cada palabra, como si quisiera masticarlas con su mandíbula, devorarlas hasta que perdieran todo su

significado. Sus ojos parecían perderse en un recuerdo lejano mientras hablaba, uno que lo había perseguido durante años y que ahora parecía haberlo alcanzado.

Su compañero de celda, un italiano llamado Vincenzo al que no conocía demasiado bien, levantó la vista del periódico que estaba leyendo y contempló al anciano con indiferencia. Había llegado a la prisión de Baguío hacía solo unos meses, y aunque había escuchado rumores sobre el pasado de Benjamin, no había tenido la oportunidad de hablar con él en profundidad.

—¿Se puede dejar de ser de donde uno es? —preguntó Vincenzo, su acento marcado por el tono melódico de su lengua natal. Había una curiosidad genuina en su voz, una necesidad de entender cómo alguien podía ser despojado de algo tan fundamental como su nacionalidad. En la prisión todos pierden pedazos de su alma, de sí mismos, pero nunca había oído hablar de alguien que perdiera por completo su identidad.

—Oh, sí se puede. Claro que se puede, muchacho —respondió Benjamin, su voz cargada de amargura y resignación.

Sin embargo, Benjamin, el antiguo subteniente Benjamin Faure, no compartió más detalles de su vida. Podría haber dicho en voz alta que había sido arrestado justo después de cumplir cuarenta años y que, durante el tiempo que pasó en su celda, había compartido su vida con dos alemanes, tres filipinos, un italiano, un ruso y dos estadounidenses mientras veía pasar imperturbables las manecillas del reloj. No había vuelto a escuchar una palabra en su lengua natal, ni había vuelto a oír la voz de su madre, sus hermanos o su esposa, quienes se avergonzaban de él. Tampoco había recibido una carta, nada en absoluto. Benjamin había sido engullido por un agujero negro, como si nunca hubiera existido.

Así, convertido en un hombre sin identidad, había visto cómo el tiempo le arrebataba los restos de sí mismo: había perdido su acento, ya no hablaba ni pensaba ni escribía como un francés. Había perdido, en efecto, su identidad, la esencia misma de lo que lo había hecho ser quien era.

Y eso era lo que más le dolía, incluso más que la falta de libertad. Sentía que su vida había sido borrada, que su historia había sido arrancada de él como una página arrugada de un libro antiguo. Las personas que una vez habían sido su familia, sus amigos, sus seres queridos, ahora lo veían como un paria, un hombre al que preferían olvidar.

Cada día en su celda era un recordatorio constante de lo que había perdido, un espejo que reflejaba la nada en la que se había convertido. Los rostros de los hombres con los que compartía su vida en la prisión eran como espectros, fantasmas de una vida que nunca

sería suya.

Y, sin embargo, Benjamin seguía adelante, impulsado por una fuerza interior que ni siquiera él comprendía del todo. A pesar de la pérdida de su identidad, de su familia y de su libertad, había encontrado una especie de consuelo en la rutina diaria de la vida en la prisión, en el conocimiento de que, a pesar de todo, seguía vivo, respirando, existiendo.

—Hace dos años, las autoridades filipinas me informaron de que mi cadena perpetua había sido conmutada —dijo Benjamin tras una larga pausa—. Ya tenía setenta y un años en aquel entonces. Solo tenía que llenar un formulario solicitando por escrito el tercer grado para que me concedieran la gracia de volver a pisar las calles, salir al exterior por las mañanas y dormir en prisión o en una de las pensiones vigiladas que me indicara la autoridad judicial.

—Es lo que yo haría.

—Pensé en hacerlo. Si lo deseaba, podía volver a ser Benjamin Faure. Podía, esa era la palabra. Pero no quería. Nadie me esperaba en ninguna parte. Mi madre y mis dos hermanos habían muerto. No sabía nada de la que una vez fue mi mujer, que se había divorciado de mí hacía ya veintisiete años. No tenía dinero ni ninguna razón para salir del complejo penitenciario de Baguío.

Vincenzo le miró sorprendido. Era un hombre de aspecto robusto, con cabellos oscuros y rizados, y una barba espesa.

—Le das demasiadas vueltas a las cosas, amigo. Yo miro hacia adelante sin pensar en las consecuencias —besó un crucifijo que siempre llevaba consigo, un recordatorio constante de su fe—. Si me equivoco, pido perdón a Dios y... a otra cosa. Sal de este infierno, besa tu crucifijo o lo que sea que te dé fuerzas y no mires atrás.

Benjamin sonrió. Vincenzo, a pesar del poco tiempo que llevaba en la prisión de Baguío, ya había dejado una impresión duradera en el lugar. Su personalidad extrovertida y su habilidad para contar historias de su Italia natal habían logrado ganarse el respeto y la amistad de muchos de los presos, aunque no de Benjamin.

—Para salir de este infierno, de este túnel en el que estoy, debo tener una razón para emprender ese viaje. Y la verdad es que la prisión se ha convertido en mi hogar. En algún punto a lo largo de los años, me he acostumbrado a la rutina, a las paredes de mi celda, a las voces de mis compañeros de prisión. El mundo exterior se ha vuelto ajeno y distante para mí, un lugar al que ya no pertenezco. La idea de salir y enfrentarme a una vida desconocida me aterra más que la perspectiva de pasar el resto de mis días aquí, en este lugar que conozco tan bien.

—Amigo mío, ya te lo dicho antes, le das demasiadas vueltas a las cosas, te sumerges demasiado en tus pensamientos, y eso puede nublar

tu visión de la realidad. La vida puede ser simple y bella si no le das tantas vueltas a las cosas. Recuerda, como decimos en Italia, “Chi troppo vuole, nulla stringe', que significa “quien mucho abarca, poco aprieta”. Así que coge ese billete hacia la libertad y deja de pensar.

—Tal vez tengas razón. A veces me pregunto si estoy siendo un cobarde, si debería coger la oportunidad que me han dado y tratar de empezar de nuevo. Pero luego me doy cuenta de que no tengo nada que me ate al mundo exterior, ningún motivo para dejar atrás la vida que he construido aquí.

El italiano besó su crucifijo con devoción y dijo:

—Ya vuelves con lo mismo.

—Después de tanto tiempo en esta prisión, me he convertido en alguien diferente, alguien que no sabe cómo funcionaría en el mundo allá afuera. No soy el mismo hombre que fui antes de ser encarcelado, y temo que nunca más lo seré. Continuaré siendo un prisionero, tanto en cuerpo como en alma, porque, al final, ese es el único mundo que conozco y el único lugar donde todavía puedo ser yo mismo.

Vincenzo se acomodó en su cama, miró a Benjamin y dijo:

—Déjame contarte una historia real. Había un hombre en Napoli llamado Luca que me debía bastante dinero. Yo era joven y audaz en aquel entonces, y no estaba dispuesto a dejar que alguien se saliera con la suya sin pagarme lo que me debía. Así que un día, lo encontré en un callejón cerca de la Piazza del Plebiscito, lo agarré por el cuello y le di una buena paliza, hasta que me aseguré de que entendiera que yo no era alguien con quien se pudiera jugar. Después de eso, lo dejé en el suelo, magullado y temblando, y me marché.

El italiano sonrió con nostalgia y añadió:

—Lo curioso es que, después de aquello, nunca volví a pensar en el tema. La vida te enseña que hay que lidiar con este tipo de situaciones y seguir adelante. No le di más vueltas, simplemente hice lo que tenía que hacer y seguí con mi vida. Y eso es lo que tienes que hacer tú: seguir con tu vida.

Por desgracia, Benjamin no podía hacerlo. Su existencia se limitaba a recordar, una y otra vez, su último día de libertad, desde que salió de la base hasta que se vio detenido en una celda con su primer compañero, un tipo alemán con malas pulgas. Existía en ese bucle y el mundo exterior no significaba nada para él.

Así que no pediría el tercer grado y se quedaría cumpliendo su cadena perpetua, recluido en su celda con su último compañero, aquel italiano que estaba allí por estrangular a un filipino que le había estafado. Después de conocerlo más a fondo, comprendió que él también era un estafador y que todo aquello no era más que una riña con un compinche que había acabado mal. Dinero, drogas tal vez, negocios sucios sin duda. Benjamin sentía asco cuando pensaba en

ello.

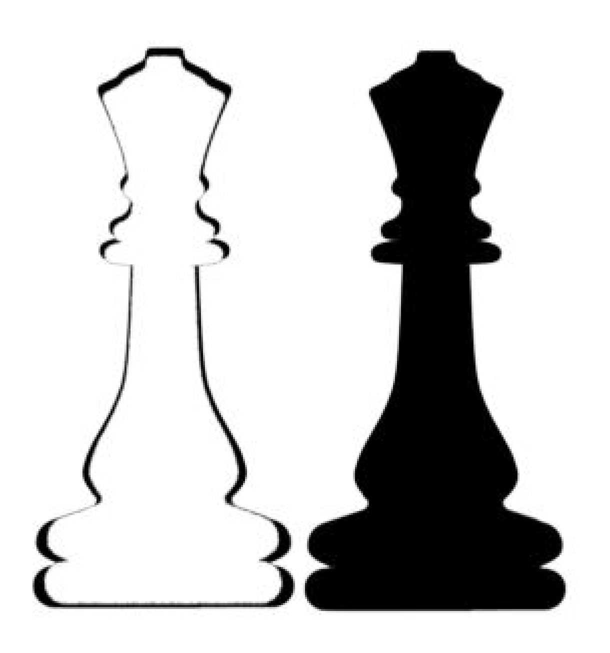
Porque él, pese a los terribles crímenes que en teoría pesaban en su conciencia, se consideraba un hombre de honor y le repugnaban aquellos que violaban la ley.

No recordaba lo que sucedió la noche del asesinato. No lo recordó entonces, cuando fue imputado después de que lo encontraran en un charco de sangre, rodeado de cadáveres; no lo recordó más tarde, durante su cautiverio con aquel tipo alemán, y no lo recordaba en el presente.

Estaba convencido de que se iría a la tumba sin saber por qué su vida se había truncado.

CAPÍTULO 2

Un tablero de ajedrez y un periódico



Benjamin dio por acabada su conversación con su compañero de celda, se dio la vuelta y regresó a su camastro, donde descansaba un tablero de ajedrez. Siempre le había gustado aquel juego, que combinaba estrategia e inteligencia, matemática e intuición. Era un desafío constante para su mente, un escape de la realidad de la prisión y su pasado.

Nunca jugó con sus compañeros de celda, a los que consideraba criminales sin valores morales y sin dignidad. En lugar de eso, jugaba contra sí mismo, sumergiéndose en las profundidades de su mente y buscando las respuestas que parecían eludirlo. Intentaba conocerse mejor a través del movimiento de cada pieza, tal vez incluso llegar a comprender cómo pudo matar a un padre de familia, a su esposa embarazada y a una niña de nueve años. No lo sabía. Y a pesar de las muchas pruebas en su contra, en el interior de su alma, se creía inocente.

Eso tal vez era lo más terrible de todo. Al no recordar, era incapaz de asumir por completo lo que había sucedido. Ahora era casi un anciano: sabía que el tiempo se le escapaba y que nunca tendría la ocasión de reconciliarse con el pasado. La verdad parecía desvanecerse, como las sombras en la oscuridad de su celda.

Al menos, eso pensaba. Pero estaba equivocado. Porque el pasado había vuelto para darle una última oportunidad. Una oportunidad para enfrentar sus demonios, redimirse y tal vez, finalmente, encontrar la paz que tanto anhelaba. En el momento más inesperado, su vida daría un giro sorprendente, abriéndole las puertas hacia la verdad que durante tantos años le había sido esquiva. Y en ese momento crucial, Benjamin se encontraría a sí mismo y al hombre que alguna vez fue, enfrentando su pasado y su futuro con valentía y determinación.

Olvidando su pobre existencia, Benjamin alzó un peón y se sumergió en un mundo de fantasía. Sonriente, dejó que la ensoñación transformara la pieza en el avión que estaba destinado a tripular en la fuerza aérea Filipina, un P-47D Thunderbolt, la nave de guerra más hermosa y poderosa jamás construida. Soñó que tenía en la mano una de aquellas aves magníficas, con la insignia de su unidad dibujada en la parte de arriba del ala de estribor, lista para surcar los cielos y enfrentar a cualquier enemigo.

—¡Vuela! ¡Vuela como una paloma! —exclamó en voz alta, su voz cargada de emoción y nostalgia por los días en que la libertad y la aventura estaban a su alcance.

Vincenzo, que había regresado a la lectura de su periódico,

levantó de nuevo la vista y contempló a un anciano tembloroso con un peón de alfil en la mano, al que manejaba como si fuese un avión de combate. El italiano no pudo evitar sentir cierta pena por el hombre que parecía haber perdido la conexión con la realidad. Meneó la cabeza en un gesto de desconcierto y de piedad, pero no dijo nada.

Benjamin, absorto en su ensoñación, ni siquiera advirtió la extraña mueca de su compañero de celda. En su mente, las paredes de la prisión se desvanecían, y él volvía a ser joven y lleno de vida, surcando el cielo en su poderoso P-47D Thunderbolt. En ese momento, el peso de sus treinta y tres años en prisión se evaporó, y pudo recordar lo que era sentirse libre y lleno de esperanza. Y aunque la fantasía fue efímera, por un breve instante Benjamin encontró un poco de consuelo en los recuerdos de un pasado que alguna vez fue suyo.

—Oí decir que fueron sesenta y cuatro las unidades que nos enviaron, pero yo nunca llegué a pilotar ninguno de ellos porque para entonces ya estaba aquí preso —confesó Benjamin, con un deje de tristeza en su voz—. Así que llevo años imaginándome que piloto un P-47D, que me convierto en un héroe y que mi vida no se parece en nada a la que he sido condenado a vivir. En mis fantasías, mi comandante de escuadrón pinta personalmente dos dígitos negros debajo de la insignia de nuestra unidad. Y me convierto de pleno derecho en piloto de caza de las fuerzas aéreas filipinas.

Pero el sueño del otrora subteniente Faure nunca finalizaba. Nunca terminaba de ver los números que su capitán le otorgaba. Siempre se despertaba en su celda, cubierto de sudor, condenado por asesinato, cada vez más viejo, decrépito y solo, viviendo y muriendo en una pesadilla interminable.

—Dos dígitos en negro… —repitió Benjamin en un hilo de voz, casi como un susurro lleno de anhelo.

Benjamin seguía sumido en sus pensamientos, aferrándose a las fantasías de un pasado que nunca llegó a vivir y buscando consuelo en lo que pudo haber sido. A pesar de la dura realidad de su existencia, sus sueños le ofrecían un refugio temporal, una escapatoria a la oscuridad de su cautiverio y al peso de los años que había pasado encerrado.

Su compañero de celda creyó que aquel viejo loco estaba de nuevo desvariando. Observó a Benjamin con cierta compasión, pensando en cómo la prisión podía consumir el espíritu de un hombre hasta dejarlo vacío y lleno de sueños rotos. Pero se encogió de hombros y, dándose la vuelta, se colocó en posición fetal en su camastro, dispuesto a echarse una siesta antes de salir al patio.

El periódico que había estado leyendo, el Nuevo Diario de Manila, cayó al suelo y se abrió por la página veintitrés, justo la portada de la sección de deportes. En ese preciso instante, Benjamin movía el peón

de alfil dos casillas al frente, entre las paredes de la pequeña y austera celda en la que había pasado la mayor parte de su vida. El espacio estaba apenas iluminado por la luz que se filtraba a través de los barrotes de la ventana, y el aire estaba impregnado del olor a humedad y encierro.

Por un momento, le pareció que de nuevo estaba soñando. En primer plano de aquel periódico se veía una mano velluda, "como la suya", colocando un peón de alfil, "como el suyo", dos casillas más adelante, exactamente el mismo movimiento que él había realizado en su pequeño tablero de ajedrez. El eco de ese gesto, que parecía trascender las fronteras de su celda, lo dejó perplejo.

En notación ajedrecística, aquel movimiento se escribía: **P-QB4.**

El corazón de Benjamin comenzó a latir más rápido mientras observaba la imagen en el periódico, tratando de comprender cómo un simple gesto en su partida solitaria de ajedrez había logrado traspasar el espacio y el tiempo hasta plasmarse en aquella página. La coincidencia era asombrosa y, de alguna manera, lo llenaba de una extraña esperanza, como si el universo le estuviese enviando un mensaje a través de ese movimiento de peón.

Incapaz de apartar la mirada de la fotografía, Benjamin sintió que, por primera vez en muchos años, algo había cambiado en su monótona y desesperanzada existencia. Tal vez, después de todo, no estaba completamente abandonado a su suerte. Tal vez aún había posibilidades de redención y reconciliación con su pasado. Solo el tiempo diría si ese movimiento de peón en su tablero de ajedrez y en la portada de la sección de deportes del periódico era realmente una señal o simplemente una coincidencia que, por un breve instante, había interrumpido la rutina de su vida en prisión.

Hacía tiempo que Benjamin esperaba una señal del destino, algo que diese explicación a lo que estaba sucediendo con su vida y porqué la había malgastado. Tal vez aquella fuera la señal demandada. Así que se incorporó con dificultad, sus huesudos brazos temblando y su rostro arrugado y curtido por el tiempo reflejando la inmensa carga emocional que llevaba sobre sus hombros. Sus ojos, ahora opacos y cansados, se entrecerraron mientras caminaba arrastrando sus cansados pies hasta el periódico. Sus cabellos, antaño oscuros y llenos de vida, ahora estaban completamente canosos y escasos en su cabeza.

Recogió el periódico del suelo, sus manos temblorosas apenas podían sujetarlo con firmeza. Atónito, contempló la fotografía y el titular de la página, que hablaba de un Campeonato Mundial de ajedrez que se estaba celebrando en Filipinas. La mano de la foto (la que le imitaba) plasmaba el primer movimiento de uno de los ajedrecistas. La casualidad se hizo más patente. Sin embargo, aquello no significaba nada. Su crimen, su castigo, su penitencia, su olvido…

nada tenían que ver con el ajedrez. ¿O sí?

Atrapado en ese pensamiento, Benjamin se quedó mirando fijamente la página, como si tratase de encontrar en ella la respuesta a todas sus preguntas. Su espalda encorvada y sus hombros caídos delataban el paso de los años y las dificultades que había enfrentado en prisión. La vida lo había llevado por un camino lleno de sufrimiento y soledad, y ahora, al borde de la vejez, solo le quedaba el ajedrez como compañía y refugio de sus pensamientos.

Aquella coincidencia en el periódico podía ser solo eso, una simple casualidad. Pero para Benjamin, en su frágil estado, significaba algo más profundo. ¿Podría ser que, en ese tablero de ajedrez y en ese campeonato, se escondiera algún tipo de clave para desentrañar el misterio de su vida y su pasado? ¿Sería posible que, a pesar de todo, aún hubiera esperanza para él de encontrar la verdad y redimirse a sí mismo? Con esa pregunta en mente, Benjamin se aferró al periódico, como si de alguna manera pudiese conducirlo a las respuestas que tanto ansiaba.

Leyó el artículo ávido de respuestas. Nada. Miró una a una todas las fotos del evento que recogía la publicación. El periódico, impreso en papel de baja calidad, estaba lleno de imágenes borrosas y titulares sensacionalistas. Nada importante. Casi había abandonado toda esperanza cuando reparó en una foto general del auditorio del Pines Hotel donde tenía lugar el campeonato del mundo. De pronto, todo cobró sentido dentro de su cabeza:

—¡Dios Santo! —musitó, reconociendo a un hombre sentado en la sexta fila de butacas.

Aunque mucho más viejo, estaba seguro de que no estaba en un error. Se trataba de Otto Weilern, un hombre alto, corpulento, de cabello rubio y espeso, y unas cejas arqueadas que le daban un aspecto severo. Aquel era el alemán con el que había compartido prisión cuando fue detenido por aquel triple asesinato que le había condenado a la muerte en vida. Otto había sido su primer compañero de celda, y durante ese tiempo, habían desarrollado una relación de camaradería y apoyo mutuo en aquellas circunstancias tan adversas.

Otto le debía la vida a Benjamin. El alemán había dicho que nunca olvidaría lo que había hecho por él y que, de alguna manera, algún día se lo retribuiría.

Ahora, casi por casualidad, Benjamin había encontrado a Otto en una fotografía de un periódico, asistiendo a un campeonato de ajedrez, y todo comenzaba a encajar en su mente. ¿Sería posible que el destino, después de tantos años, estuviera guiándolo hacia la verdad que tanto había buscado? ¿Podría Otto ser la clave para descubrir lo que realmente había sucedido en aquella fatídica noche? Con renovada esperanza y determinación, Benjamin se propuso encontrar a

Otto Weilern y, quizás, por fin, desentrañar el misterio que envolvía su fallida existencia.

Porque una casualidad inverosímil puede ser solo eso, una enorme casualidad. Pero una partida de ajedrez que imita a la partida que estaba jugando en su celda y, al mismo tiempo, que apareciese en el periódico un hombre al que no había visto en 33 años. Eso era demasiado, especialmente teniendo en cuenta que ese hombre era el único ser en todo el universo que estaba en deuda con él. Aquello eran dos (o incluso tres) casualidades de tal calibre que solo podían significar una cosa: Era el momento de hacer algo. El destino había llamado a su puerta.

Tras años de inmovilidad, de esperar y esperar a la muerte, era el momento de tomar las riendas de su vida y de comprender por qué había cometido aquellos asesinatos (si es que los había cometido), por qué estaba allí y quién era en realidad el subteniente Benjamin Faure.

Aunque quizás solo fuera una excusa. Podría ser que estuviera tan desesperado por encontrar una razón para salir que terminó encontrándola en un periódico, en coincidencias que podrían ser triviales, incluso absurdas, o no ser coincidencias en absoluto. Tal vez el hombre de la foto solo se parecía a su antiguo compañero de celda. Y una partida de ajedrez se asemeja a todas las demás partidas de ajedrez.

¿Y si no hubiera misterios ni coincidencias? ¿Y si solo fuera un viejo loco?

De cualquier forma, quería creer. Se levantó de su camastro con decisión y caminó hacia la puerta de su celda. Con un tembloroso pero firme golpe, llamó la atención del guardia que patrullaba el pasillo. El funcionario se acercó, mirándolo con curiosidad y cierto recelo.

—¿Qué quieres, viejo? —preguntó el guardia con impaciencia.

—Necesito hablar con el director de la prisión. Es urgente —respondió Benjamin, su voz cargada de una determinación que no había sentido en décadas.

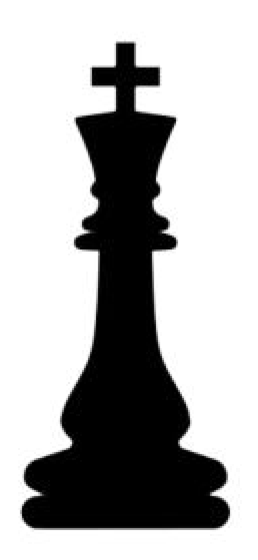
El guardia lo miró incrédulo, pero algo la actitud de Benjamin le hizo dudar. ¿Qué podría ser tan importante para que un hombre como él, aparentemente resignado a su destino, quisiera hablar con el director?

—Está bien, pasaré tu recado. Pero no te hagas ilusiones, no es fácil conseguir una audiencia con él. Tendrás que esperar unos días —dijo el guardia, aunque en su voz había un atisbo de compasión.

Benjamin asintió, sabiendo que había dado el primer paso hacia la búsqueda de respuestas. Aunque el camino sería difícil y estaba lleno de incertidumbre, ahora tenía una razón para luchar. Al fin y al cabo, ya que el destino había llamado a su puerta, sería de mala educación no abrir y dejarle pasar.

CAPÍTULO 3

El Observador Otto Weilern



Otto Weilern siempre recordaría la mano de Víktor Korchnoi (el disidente, el infame traidor a la Unión Soviética) alzarse con el peón de alfil blanco entre los dedos anular y meñique para colocarlo dos casillas más allá. **P-QB4**.

Un silencio expectante embargaba a la audiencia que contemplaba el campeonato del mundo de ajedrez en Baguío, Filipinas. Hasta el presidente Marcos estaba presente. Pero Otto, observador y arribista, hombre a sueldo e investigador de imposibles, aún evocaba la imagen de aquel peón en la zarpa velluda de Korchnoi, moviéndose grácil en el aire, como un hueso de mamut atrapado en el pulgar oponible de un mono demasiado inteligente; un mono que, tras miles de años de evolución, había convertido un juego en ciencia y luego un juego en deporte y luego un juego en política. Pero, de cualquier forma, seguía siendo un juego y el hombre un mono que se creía demasiado inteligente.

El ambiente en el auditorio del Pines Hotel era tenso, una mezcla de nerviosismo y emoción en el aire, mientras cada movimiento en el tablero se analizaba y debatía en susurros entre la audiencia. Otto observaba desde la sexta fila de butacas, con un agudo sentido de la importancia del momento y las implicaciones políticas del enfrentamiento entre el disidente Korchnoi y su rival soviético.

Las luces del auditorio parecían brillar con más fuerza en el tablero, resaltando cada movimiento y cada decisión tomada por los jugadores. Otto, con su experiencia como investigador, sabía que este juego era más que una simple competición deportiva. Era un enfrentamiento entre ideologías, un choque de titanes donde la victoria significaba mucho más que un trofeo o el reconocimiento mundial. Aquello se había convertido en un campo de batalla donde dos hombres, unos monos demasiado inteligentes, movían sus piezas con precisión y astucia, tratando de demostrar su superioridad.

De todos los casos o encargos, llámeseles como se quiera, que Otto recibió a lo largo de su carrera, aquel perduraría en su memoria como el más insólito. Todo comenzó con el contoneo de una mano peluda que atrapó un peón y puso en funcionamiento una partida entre dos mentes asombrosas. Sin embargo, nunca supo exactamente qué buscaba en realidad, y si lo encontró, no fue gracias a esa perspicacia y deducción de las que siempre hacía gala. Si triunfó en su cometido fue porque, en su condición de arribista, no creía en nada, lo que le permitía creer más fácilmente en todo y ver la solución de aquel enigma donde se hallaba, precisamente donde nadie la habría

buscado. Nadie, excepto él, un experto en el arte de la observación. Él, que llevaba a cuestas el sobrenombre de “el Observador” desde que trabajó, años atrás, para la CIA.

—Yo creo que ganará Karpov —le susurró una mujer con un estrambótico sombrero adornado con una deshilachada pluma de avestruz—. Al fin y al cabo, es el actual campeón del mundo. El único que pudo derrotar a Fischer.

Sin embargo, Otto sabía que aquello no era del todo cierto. Anatoli Karpov, el pálido y enfermizo genio del ajedrez, se había proclamado campeón del mundo debido a la incomparecencia del americano. Bobby Fischer comenzaba a mostrar cierta inestabilidad mental y no quiso o no pudo enfrentarse al pequeño prodigio de los Urales. Había demasiado en juego: la honra de sus respectivos países, el final de una era de dominio soviético, incluso de una concepción del juego, y la no menos importante aspiración de los medios a buscar y hacer carnaza de los enfrentamientos entre el este y el oeste, enmarcados en esa excusa llamada "guerra fría" que, a pesar de haber durado varias décadas, parecía más vigente cada día. Por su parte, a Otto Weilern no le importaba el ajedrez en sí mismo, como expresión matemática o como metáfora de la posguerra y sus muchas contradicciones. Aquellos dos hombres endiosados que miraban un tablero de sesenta y cuatro escaques le repugnaban por igual.

—Además —prosiguió entonces la mujer, que había interpretado el silencio de Otto como una muestra de interés—, Karpov humilló a Korchnoi en el torneo de candidatos de hace cuatro años. Siete victorias contra seis derrotas y veintitrés tablas sumando el conjunto de sus enfrentamientos —sentenció.

Esta vez, Otto exhaló un suspiro. Sabía que tanto a jugadores como a seguidores del ajedrez les encantaban las estadísticas, que no eran sino otra forma de matemática, casillas de cuadrados blancos y negros, números con los que se intenta dar sentido a la existencia. —¿Me quiere usted decir que han competido treinta y seis veces y solo le lleva un punto de ventaja? ¿Es esa tanta diferencia entre ambos? —objetó.

La mujer le miró con desprecio:

—Estamos hablando de ajedrez, señor mío. Un punto es un universo.

Fue entonces cuando Otto, el Observador, intuyó que aquel caso iba a resolverse, que encontraría aquello que le habían pagado por hallar. No fue por las palabras de su interlocutora, ni por la expectación del enfrentamiento entre el establishment ruso y un desertor, ni por la confianza que tenía en sus dotes como detective. Fue un pálpito de un hombre que no creía en pálpitos. En medio de aquella locura, él estaba buscando una locura aún mayor que

justificase la primera. El que la segunda locura no fuera tal y realmente existiese era lo único que tenía sentido.

—Un universo —repitió la mujer, sin dejar de mirarle con el desdén de una maestra hacia ese alumno incapaz de avanzar en su aprendizaje por mucho que una se empeñe.

Pese a su desdén, Otto supo que debía tomar en serio las palabras de la mujer. En el mundo del ajedrez, un punto podía ser la diferencia entre un gran jugador y un genio. Si iba a resolver este caso, necesitaría prestar atención a esos pequeños detalles que podrían llevarle a la verdad. Y si tenía que sumergirse en ese universo de piezas y tableros, estaba dispuesto a hacerlo, porque al final del día, él era el Observador, y ningún detalle era demasiado pequeño para pasar desapercibido.

Ya fuera un punto o un universo lo que se estuviera jugando, la primera partida no iba a favorecer a ninguno de los dos contrincantes. O eso parecía.

El auditorio estaba lleno hasta la bandera, con cientos de asistentes apiñados en sus butacas, expectantes ante el enfrentamiento de dos gigantes del ajedrez. Las luces se habían atenuado, centrándose en el escenario donde Karpov y Korchnoi medirían sus fuerzas sobre el tablero. La tensión en el ambiente era palpable; se podía sentir la emoción de los espectadores, quienes sabían que estaban siendo testigos de la historia en el mundo del ajedrez.

—Gambito de Dama Declinado y variante Tartakower —dijo la mujer del estrambótico sombrero, cuya pluma de avestruz ondeaba con cada movimiento de su cabeza.

Ambas posiciones eran sólidas, lo que había llevado a un rápido acuerdo de empate.

Cuando todo terminó, una oleada de aplausos estalló en el auditorio. Aunque la primera partida no había sido particularmente emocionante, los asistentes reconocían la habilidad de ambos jugadores y el respeto mutuo que se profesaban en el tablero. Mientras los aplausos resonaban en la sala, las conversaciones comenzaron a reanudarse, y los espectadores intercambiaron opiniones y predicciones para las próximas partidas.

La mujer del sombrero emplumado se levantó de su asiento, dio un último vistazo al tablero y a los jugadores, que ya se retiraban del escenario, y se marchó con la multitud que se dirigía hacia la salida. Otto no pudo evitar preguntarse si volvería a encontrarse con ella en el transcurso del torneo, y si sus palabras sobre el valor de un punto en el ajedrez seguirían resonando en su mente mientras continuaba con su investigación en aquel extraño y fascinante universo.

Otto se volvió entonces hacia Vladimir Zukhar, el parapsicólogo que estaba sentado a tan solo dos filas a su izquierda. Pudo advertir el

contorno de su rostro justo donde terminaba la pluma de avestruz de su interlocutora, todavía alejándose de su línea de visión.

Se dio cuenta de que Zukhar era quien llevaba la voz cantante, el hombre clave de la delegación rusa. A su alrededor se encontraban los otros diecisiete miembros de la delegación (muchos de ellos de la KGB) que acompañaban a Anatoli Karpov en todos sus viajes. Todos aquellos hombres observaban parapsicólogo, le temían, le vigilaban, no dejaban de protegerle aunque pareciera que estaban haciendo cualquier otra cosa.

Pero el resto de personas trajeadas no significaban nada para Otto, tampoco una muchacha que los acompañaba: una adolescente que recogía en ese momento una botella de agua Perrier. El Observador solo tenía ojos para Zukhar: de rostro severo, entrado en carnes y medio calvo, que bebía a pequeños sorbos un vaso de agua con gas. El parapsicólogo estaba mirando hacia el escenario, donde Karpov y Korchnoi se alzaban con la intención de darse la mano. Pero la intención se quedó ahí, en el gesto.

—Tú podrías obtener el permiso del Kremlin para que mi esposa Bella y mi hijo Igor se reúnan conmigo —dijo Korchnoi.

Karpov se mordió los labios y negó con la cabeza. Su expresión era seria, como de costumbre.

—¿Por qué no intentas comprender mi situación? —preguntó Korchnoi, tratando de mantener la calma—. Me vi obligado a abandonar la Unión Soviética debido a la opresión y la falta de libertad. No tuve más remedio que dejar a mi familia atrás, pero eso no significa que no me importe su bienestar.

Karpov frunció el ceño y, aunque su rostro mostraba cierta compasión, su voz era firme.

—Entiendo tu situación, Víktor, pero no puedo interferir en decisiones políticas. Además, tú también debes entender que tu huida fue un golpe para nuestro país y para el ajedrez soviético.

—Eres el carcelero de mi familia —añadió entonces el viejo maestro.

Karpov se mostró incómodo ante estas palabras y miró brevemente hacia Zukhar. Luego, se volvió hacia Korchnoi y susurró:

—No soy el carcelero de nadie. Estamos aquí para jugar al ajedrez, no para discutir. Enfoquémonos en el juego. Sabías que al escapar de la Unión Soviética la vida no sería fácil para los tuyos —adujo Karpov.

Korchnoi también dirigió su mirada hacia el parapsicólogo. Zukhar sonreía con frialdad, y aquel gesto hizo que al viejo maestro se le erizara la piel. Parecía temer a aquel hombre. Luego, volvió la cabeza hacia Karpov.

—Eres un cerdo —le susurró a su adversario al oído, poniendo

punto final a la disputa.

No se dieron la mano, por supuesto, ni ese día ni ningún otro mientras se celebró el campeonato del mundo.

CAPÍTULO 4

Una llamada



La disputa entre Korchnoi y Karpov pasó casi desapercibida para Otto Weilern, al menos en cuanto a las palabras exactas. Tenía otras cosas en las que pensar, como Zukhar y, de forma especial, cierta pieza que faltaba en aquel rompecabezas. Absorto en esa esquiva pieza, se quedó mirando al vacío durante un largo rato y luego se dirigió al vestíbulo del Pines Hotel. Las paredes estaban adornadas con molduras de madera oscura y obras de arte que representaban paisajes locales y escenas de la vida en Filipinas. Grandes ventanales permitían la entrada de luz natural y ofrecían vistas panorámicas de las montañas y el frondoso paisaje que rodeaba el hotel.

En una esquina, un pequeño bar ofrecía refrescos y aperitivos, mientras que en otra parte del vestíbulo, un área de negocios proporcionaba servicios como teléfonos, máquinas de escribir y fotocopiadoras para los huéspedes que necesitaban mantenerse conectados durante su estancia.

El Observador se acercó a un teléfono público. No quería usar el teléfono de la recepción para no dejar constancia de la llamada.

Insertó varios pesos filipinos en la ranura para monedas y marcó el número. Miró al suelo, cubierto con una alfombra de diseño intrincado, en tonos de rojo, azul y dorado, que aportaba un toque de sofisticación al ambiente.

Se escuchó un clic cuando alguien descolgó el auricular al otro lado de la línea.

—He comprobado que realmente Zukhar ejerce alguna forma de control mental. O que Korchnoi así lo cree. Lo cual es la misma cosa —dijo Otto.

Su interlocutor emitió una respiración entrecortada.

—Eso nos temíamos. Tu misión será pues eliminar la influencia de Zukhar. ¿Quieres que te asigne el caso?

—Por supuesto. Estoy seguro de que hay algo más detrás de todo esto, y voy a averiguar qué es —aseguró Otto con determinación.

—Desde lo de Chile que no te veía tan implicado en un caso. Pensé que te habíamos perdido para la causa —dijo la voz al otro lado del teléfono.

Otto frunció el ceño, recordando aquel encargo infame que le había llevado al límite. Pero ahora estaba decidido a resolver el enigma que se le había presentado en aquel campeonato de ajedrez.

—¿Qué causa? Yo no veo ninguna causa y tampoco ninguna oferta económica. Ambas cosas son lo único que me interesa —repuso Otto.

Su interlocutor se carcajeó al otro lado del aparato.

—Voy a ser muy explícito contigo, para evitar equívocos

desagradables como los del pasado. Debes neutralizar a Zukhar. Tanto si es un mentalista real como un farsante. Queremos que Korchnoi gane. Si acabas con la influencia del parapsicólogo, te daremos cinco mil dólares —dijo la voz.

—Cincuenta mil —exigió Otto.

La voz soltó una segunda carcajada.

—Veinte mil es mi última oferta —dijo.

—Veinticinco mil es tu última oferta —ordenó Otto.

La voz dejó de reír.

—Veinticinco mil es demasiado, pero si consigues lo que quiero, tendrás tu dinero —cedió finalmente.

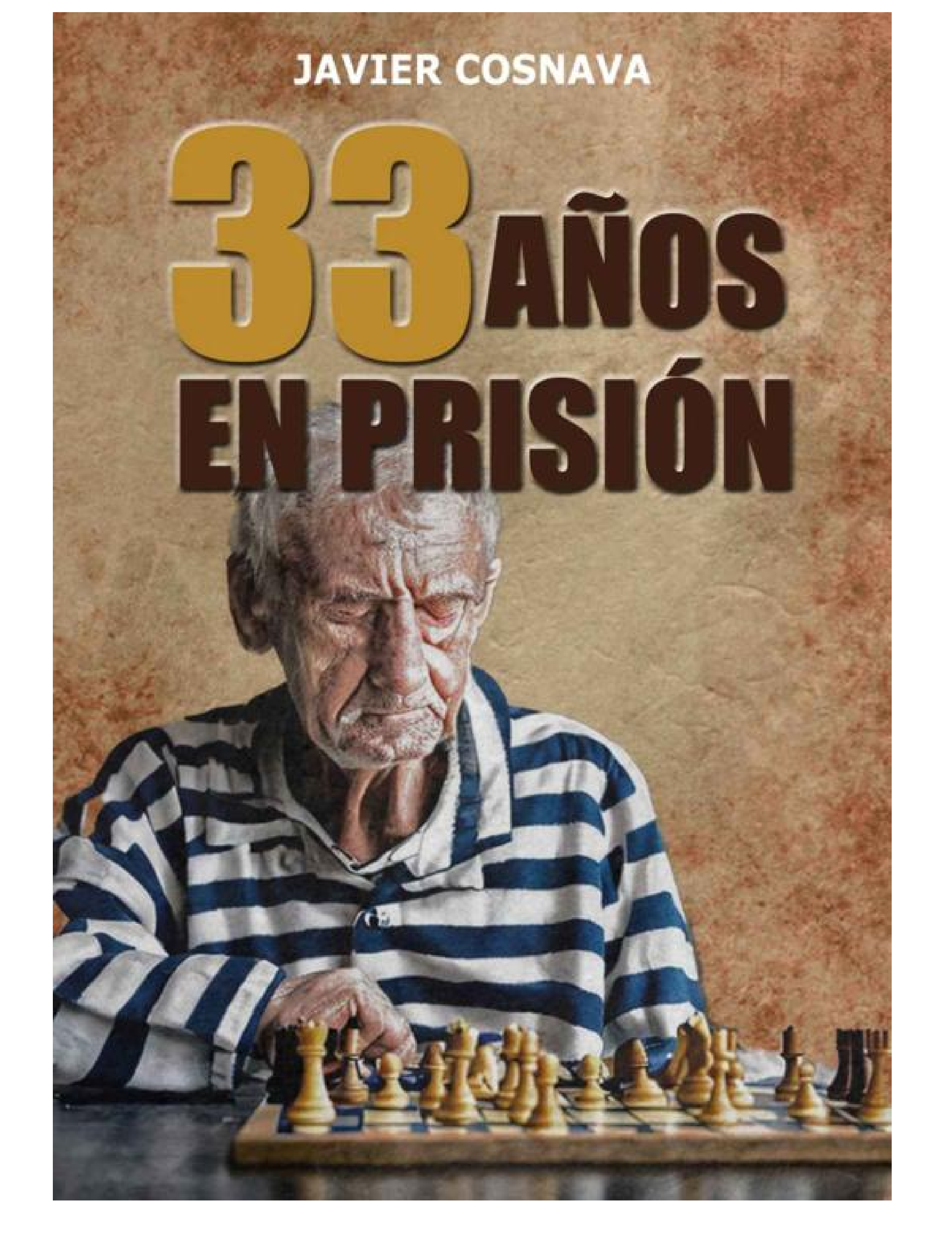
Y colgó.

Otto volvió al auditorio con renovada determinación. Ahora tenía un objetivo claro: neutralizar a Zukhar. Si lo lograba recibiría una jugosa suma de dinero. Con ese incentivo, Otto se propuso investigar más a fondo y diseñar un plan para desentrañar los secretos que rodeaban al parapsicólogo. Estaba dispuesto a llegar hasta el final, aunque ello significara enfrentarse a las fuerzas ocultas que parecían mover los hilos del campeonato del mundo o de la maldita guerra fría. Le daba igual.

Nada se interpondría en su camino.

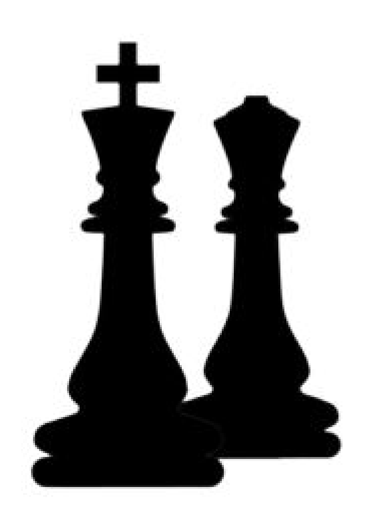
SEGUNDA PARTE

El Observador tiene una deuda con el pasado


JAVIER COSNAVA
33 AÑOS
EN PRISIÓN

CAPÍTULO 5

Un crimen aún por resolver



La noche en que a Benjamin le concedieron la libertad condicional, una luna llena y brillante dominaba el horizonte. Se quedó parado frente a la prisión de Baguío. Echó un último vistazo atrás hacia los altos muros de hormigón coronados con alambre de púas, los muros imponentes y sólidos, de piedra gris oscura y cemento. La fachada estaba flanqueada por torres de vigilancia, desde donde los guardias observaban con atención cualquier movimiento sospechoso. Las luces de seguridad proyectaban haces de luz sobre el terreno circundante, dibujando sombras alargadas y oscilantes en la noche.

La entrada principal era de hierro forjado, y un sinfín de veces le habían conducido tras ella hacia un patio interior donde los prisioneros pasaban tiempo al aire libre bajo la supervisión de los guardias.

Benjamin, de pie frente a la prisión, sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal mientras se debatía entre la seguridad que ofrecía el encierro y la posibilidad de enfrentarse a un mundo incierto y lleno de misterios. La prisión había sido su hogar y su refugio durante demasiados años. Tenía miedo.

Una vez más, se preguntó si había tomado la decisión correcta. Si aquel hombre que había visto en la foto del periódico era realmente Otto Weilern, y si aquello era realmente importante. No, no lo era. Pero Benjamin necesitaba que lo fuese, que su vida cobrase algún sentido. Debía averiguar la verdad. Tenía una última misión y debía cumplirla, costase lo que costase.

Tomó un autobús pero, en lugar de dirigirse a la pensión de Baguío donde había prometido al juez que se instalaría, se dirigió hacia la ciudad de Capas. Fue un trayecto de casi tres horas, pero no le importó. Aquello le dio tiempo para reflexionar.

Intentó unir emociones y acontecimientos del pasado, buscando respuestas. Pero, como siempre, no las encontró.

Cuando llegó a Capas, no se sorprendió al descubrir que, aunque habían pasado muchos años, recordaba aquel lugar con precisión. La había visitado en sus ensoñaciones día tras día durante su cautiverio. No había cambiado mucho; las casas bajas, pintadas de vivos colores, las persianas metálicas, las vallas también pintadas de verde o azul. Y la gente, feliz y extrovertida, acostumbrada a tener poco y a no malgastarlo.

Caminó por calles mal adoquinadas, observando a los niños jugando en las esquinas y a los adultos charlando animadamente. Los vendedores ambulantes ofrecían sus productos con entusiasmo, mientras los aromas de las comidas callejeras se mezclaban en el aire.

A medida que recorría las calles de Capas, Benjamin comenzó a sentirse parte de ese mundo real que había dejado atrás hacía mucho tiempo. A pesar de las dificultades y los desafíos que aún debía enfrentar, se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta al abandonar la prisión y emprender aquel viaje en busca de respuestas.

Después de tomar una bicicleta-taxi, llegó al número 25 de la calle Bayan-ng, una vereda apartada que podría haber sido cualquier otra calle, pero que él ubicó perfectamente, como si hubiera estado allí una semana atrás y no treinta y tres años. No se había equivocado. Temblando de emoción, penetró en la vivienda, que tenía aspecto de llevar abandonada desde los asesinatos. Tal vez nunca encontraron comprador. Tal vez estaba maldita, como el propio Benjamin.

La casa parecía haberse quedado congelada en el tiempo, con el único añadido de las capas de polvo y el desorden acumulado a lo largo de los años. Derribó una puerta carcomida y atravesó varios nidos de telarañas hasta llegar al salón donde había tenido lugar la horrible matanza.

Allí, el aire estaba cargado de una energía sombría, como si las almas de las víctimas aún vagaran por la habitación. A pesar de la oscuridad y el paso del tiempo, Benjamin pudo distinguir las manchas de sangre resecas en las paredes y el suelo.

Se detuvo en medio de la habitación, sintiendo un nudo en la garganta y un escalofrío recorriendo su espina dorsal. Las imágenes del pasado lo asaltaron.

En aquel mismo lugar, Benjamin solía jugar al ajedrez con Emilio. De hecho, allí estaba jugando cuando se cometieron los crímenes. O al menos eso debió pasar. Porque una vez más, era incapaz de recordar nada de aquel instante preciso. La familia Durán, unos filipinos de ascendencia española, habían sido sus amigos. El padre de familia, Emilio, trabajaba como camarero en la base Clark. Se habían llevado bien desde el primer momento debido a su interés compartido por el ajedrez y habían jugado muchas partidas juntos, primero en la base y luego en su casa.

Cuando terminaba el servicio, su entrenamiento con sus compañeros en la base, un par de veces por semana, acudía a la vivienda de su amigo para jugar al ajedrez y tomarse unas cervezas. No había prestado atención a la esposa de Emilio, aunque el fiscal pensó que en su crimen había una motivación sexual. Tampoco se fijó en la hija menor de Emilio, de nueve años, aunque el fiscal insinuó en el juicio que tal vez Benjamin no tenía interés en mujeres maduras, sino en las niñas pequeñas.

Pero el subteniente Faure tenía un buen amigo con el que jugaba al ajedrez. Nada más. Nunca tuvo otras intenciones o, al menos, no recordaba haberlas tenido. La amistad y el ajedrez eran lo único que le

importaba en aquel entonces. Y ahora, de pie en la sala donde ocurrieron aquellos terribles sucesos, Benjamin sentía el peso de la culpa y la injusticia que lo había perseguido durante tanto tiempo. Estaba decidido a desentrañar la verdad y encontrar la paz, tanto para sí mismo como para la familia Durán.

De cualquier forma, aquella noche fatídica se despertó bañado en un charco de sangre. Le habían golpeado la cabeza, una contusión que los policías atribuyeron a un intento desesperado del padre de familia por evitar el ataque del asesino. Benjamin no sabía qué había pasado. Le estaban deteniendo, se lo llevaban esposado, y en el salón de la casa de su amigo se hallaba el cadáver de este, con el rostro aplastado e irreconocible, el de su mujer y el de una de sus hijas. La hija mayor se salvó de la masacre porque había llegado tarde del colegio a causa de un castigo de su profesora.

La cadena de acontecimientos que había llevado al momento presente había comenzado allí: treinta y tres años de cautiverio y una vida truncada, todo a causa de un instante que no lograba comprender ni ubicar en las brumas de su memoria.

Y luego, fue internado en prisión. Primero, y antes del juicio, en la propia base Clark, porque todavía era oficialmente un soldado de la fuerza aérea filipina. Allí se encontró con un ladrón al que acababan de capturar cuando entró a robar en la casa de un oficial de la base: Otto Weilern. Lo habían interrogado y torturado durante horas. Era un despojo humano y Benjamin lo cuidó, probablemente salvándole la vida. Le enseñó los rudimentos del ajedrez, pero a Otto no le interesaba aquel juego. Además, apenas hablaba una palabra de tagalo ni de francés, y Benjamin no hablaba demasiado bien inglés. A duras penas pudieron comunicarse.

Sin embargo, pudo explicarle que hacía poco había sido acusado de asesinato. No sabía si era culpable o inocente. A pesar de las barreras del idioma, Benjamin y Otto desarrollaron una conexión profunda durante aquellos días difíciles. Ambos habían sido arrojados a circunstancias extremas y encontraron apoyo el uno en el otro. Cada uno a su manera, enfrentaba un futuro incierto, y aquel vínculo fue lo único que les brindó un poco de consuelo en medio de la tormenta.

—Mañana me expulsarán con deshonor del ejército. Y dentro de poco nos trasladarán a ambos a la prisión de Baguío —le dijo Benjamin justo cuando anochecía, mientras el alemán yacía tumbado en su catre, sangrando por todos sus poros.

Cuando Benjamin concluyó aquella simple frase, Otto Weilern ya se había dormido. Solo Dios sabía cómo había podido sobrevivir sin medicinas y solo con las atenciones de su compañero de celda. Siempre estaría en deuda con él. Aunque habían compartido poco tiempo juntos (dos semanas en Clark y cerca de un mes en Baguío),

Otto le dijo que nunca olvidaría lo que había hecho por él. No se hicieron íntimos, pero compartieron un momento decisivo en la vida de ambos. Luego, trasladaron de nuevo a Otto, y sus caminos se separaron.

—Y ahora estás aquí, de vuelta en Filipinas, treinta y tres años más tarde —dijo Benjamin, de vuelta al presente, sacando del bolsillo de su chaqueta el diario que le había tomado prestado a su compañero de celda—. A ti, que no te gusta el ajedrez, te encuentro en una foto del campeonato del mundo, en las primeras filas. A ti, que me debes la vida y eres la única persona del mundo que me debe algo a estas alturas de mi existencia. Tal vez sea un necio al pensar que tú encontrarás la solución al enigma de mi vida, de cómo se ha truncado. Pero no creo en casualidades. Nunca he creído en casualidades. Estás aquí para darme la paz que necesito. Estoy seguro.

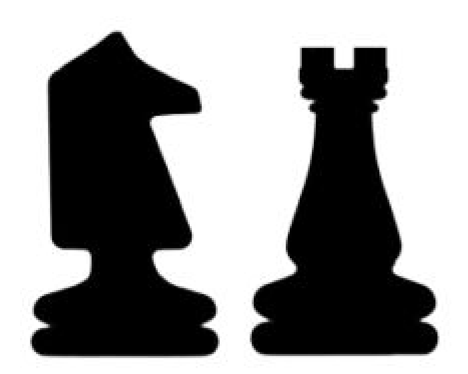
Y así, con la esperanza de que aquel encuentro fortuito pudiera de alguna manera ayudarle a encontrar las respuestas que había estado buscando durante tantos años. Sabía que no sería fácil, pero estaba decidido a enfrentarse a su pasado y, quizás, encontrar una forma de reconciliarse con él.

Benjamin salió del número 25 de la calle Bayan-ng en dirección a la carretera, donde cogió otra bicicleta-taxi y más tarde otro autobús, de vuelta a Baguío y a la pensión que le había señalado el agente de su condicional. Por la ventanilla del vehículo, vio un avión DC-3 que volaba en dirección al aeropuerto de Loakan. No pudo evitar soñar de nuevo con el pasado, aquella época gloriosa en la que el subteniente Benjamin Faure iba a pilotar un P-47-D y se sentía invencible.

La mejor época de su vida, y necesitaba saber por qué le había sido arrebatada.

CAPÍTULO 6

Los Dimatulak



El cuarto día del Campeonato Mundial de Ajedrez, el Pines Hotel lucía impresionante, con su arquitectura que combinaba elementos de diseño filipino y toques coloniales. Rodeado de exuberantes jardines y paisajes montañosos, el hotel ofrecía unas vistas panorámicas espectaculares de las colinas y la vegetación circundante.

El interior estaba elegantemente decorado, con un amplio vestíbulo que daba la bienvenida a los visitantes y huéspedes. Las habitaciones y suites del Pines Hotel eran espaciosas y cómodas, equipadas con camas confortables, baños privados, televisores, teléfonos y la mejor tecnología disponible en 1978. Todo esto se proporcionaba para los cientos de periodistas, políticos, ajedrecistas y curiosos interesados en el evento.

El Pines contaba con otras instalaciones, como un restaurante gourmet, un bar, una piscina y un gimnasio. Sin embargo, lo más destacado en aquel momento era su auditorio, el lugar exacto donde se desarrollaba el Campeonato Mundial de Ajedrez.

El auditorio era un espacio amplio y elegante, diseñado para albergar eventos de gran envergadura. Contaba con un gran escenario central, donde se ubicaba la mesa de ajedrez en la que Karpov y Korchnoi se enfrentaban. En uno de los laterales (a la espalda de donde se sentaba Korchnoi), se erguía una amplia grada con cerca de mil butacas escalonadas para el público. Los asientos, cómodos, acolchados y de color crema, resaltaban sobre el rojo sangre de la moqueta.

Todo estaba listo para un gran espectáculo, pero los primeros tres días del evento no habían sido precisamente “espectaculares”.

A causa de ello, cuando Otto Weilern llegó al auditorio, descubrió que el aforo había disminuido. Los expertos habían puntuado muy bajo la primera partida. Aunque la organización rebajó el precio de las entradas, los seguidores no picaron el anzuelo. Para que la sala no pareciese vacía, las autoridades trajeron a soldados de paisano y los colocaron en lugares estratégicos.

Al lado del Observador, una vez más, la mujer del sombrero con pluma de avestruz desgranaba pretendidos conocimientos sobre ajedrez. Esta vez, por suerte, no era Otto el blanco principal de su verborrea. Lo era su esposo, un hombre muy delgado de traje raído que ocupaba el asiento a su derecha. Cristina y Ramón Dimatulak, que así se llamaban, se presentaron al Observador, quien fue lacónico en sus respuestas y en su cortesía. Ambos hablaban en un inglés con fuerte acento filipino.

—Karpov siempre procura hacer tablas cuando lleva las negras —explicó acto seguido la mujer—. Ese es su estilo. Consigue la mayor

parte de sus puntos con las blancas. Le gusta mover primero y llevar la voz cantante. Si no es así, se mantiene a la defensiva —concluyó la mujer.

—Ya veo —repuso el señor Dimatulak.

—Lo único que a mi juicio le da algo de ventaja al viejo maestro —dijo ella entonces—, es la fórmula elegida por los jueces en este campeonato: el primero en alcanzar seis victorias sin límite de partidas. Es bien sabido que Karpov, una vez conseguida aunque sea una mínima ventaja, ha optado en más de una ocasión por someter a su rival a empates infinitos hasta llegar al máximo de encuentros. Pero aquí no hay máximo. El que llegue a seis victorias gana y punto.

Desde su asiento en el auditorio del Pines Hotel de Baguío, el Observador mantenía su mirada fija en el parapsicólogo Zukhar. El hombre parecía un personaje salido de una novela de espías, rodeado de agentes de la KGB cuyos rostros eran tan impenetrables como una pared de acero. Zukhar se mantenía en silencio, sosteniendo una botella de agua con gas de la que bebía con una frecuencia que rozaba lo obsesivo. Su mirada, sin embargo, nunca se apartaba del tablero de ajedrez donde Korchnoi y Karpov medían sus fuerzas.

El Observador no podía acercarse más. El círculo de agentes de la KGB alrededor de Zukhar era como una muralla, un recordatorio constante de que estaban en territorio hostil. Y mientras observaba, no pudo evitar preguntarse: ¿Eran reales sus poderes? ¿Era capaz Zukhar de influir en la mente de Korchnoi? ¿O era todo una farsa elaborada para sembrar la duda y la incertidumbre en su adversario?

—¿Y usted a qué se dedica? —dijo entonces la señora Dimatulak.

Otto giró la cabeza. La miró brevemente y trató de ver más allá del sombrero coronado con una pluma de avestruz. Cristina Dimatulak era una mujer de piel morena y rasgos delicados, sus ojos negros relucían de energía y arrogancia.

—Me dedico a los negocios —respondió Otto.

—¿Qué negocios? —insistió ella.

—Lo que surja. Estoy abierto a cualquier tipo de oferta.

—Nosotros también somos como usted —intervino el señor Dimatulak.

Ramón no se parecía a su esposa, era la personificación de la serenidad y la contención. De estatura media y construcción robusta, su piel bronceada y sus rasgos marcados le daban un aire de dignidad. Su cabello negro y liso estaba siempre peinado hacia atrás, acentuando su frente amplia y su mirada tranquilizadora.

—¿También se dedican a los negocios? —preguntó Otto.

—No exactamente —respondió Ramón—. Pero estamos abiertos a cualquier tipo de oferta.

—Ah, es bueno saberlo —comentó Otto, aunque en realidad su

atención estaba en otra parte.

Lo cierto era que no estaba interesado en aquella conversación. Con el rabillo del ojo, seguía observando a Korchnoi, que parecía cada vez más inquieto. Sus movimientos se volvían erráticos, sus decisiones en el tablero, dudosas. Otto vio cómo el gran maestro fruncía el ceño, cómo sus dedos temblaban ligeramente al mover las piezas. Había algo, algún tipo de presión invisible, que estaba afectando a Korchnoi.

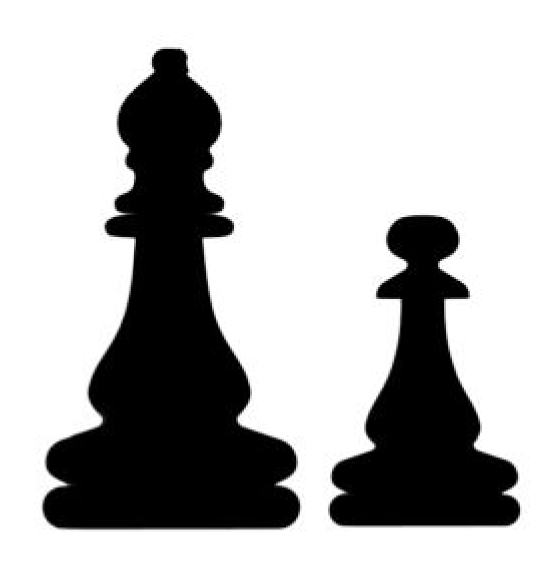
Otto se encontraba en un mar de dudas. La lógica le decía que los poderes mentales de Zukhar eran una farsa, un truco para desestabilizar al oponente. Pero la realidad que observaba le decía otra cosa. Algo estaba sucediendo en ese auditorio, algo que no podía explicar, y eso le inquietaba. Su mirada volvió a Zukhar, al hombre que bebía agua con gas como si de ello dependiera su vida, y sintió un escalofrío. ¿Y si sus poderes eran reales? ¿Y si estaba presenciando algo más que una simple partida de ajedrez?

—¿A qué se refiere exactamente con que también están abiertos a cualquier tipo de oferta? —preguntó Otto que, de pronto, había reparado en las extrañas palabras del filipino.

Al no obtener respuesta, volvió su mirada hacia los asientos de los Dimatulak y se percató de que estaban vacíos. La pareja se había marchado de pronto, sin despedirse. Le pareció extraño, pero el Observador se encogió de hombros y volvió a sus tareas de vigilancia.

CAPÍTULO 7

Ser un maestro del ajedrez no significa ser el mejor



Días después, mediada la tercera partida (tras firmarse de nuevo tablas en la segunda) un asistente llevó un yogur a Karpov, lo que provocó las risas de la audiencia. Muchos lo encontraron algo infantil. Pero el aspirante se quejó a los jueces. Tal vez el yogur era una clave. Los expertos ajedrecistas que trabajaban en la sombra para Karpov podían tener un código. Un yogur significaba "fuerza las tablas", un plátano que tenía que ir a por el punto porque las posiciones de su rival eran más débiles de lo que parecían. La partida se detuvo, se oyeron gritos por parte de ambos bandos y casi se llegó a las manos.

Finalmente, los jueces optaron por redactar un reglamento de comidas. Antes de la partida, los jugadores debían decidir qué comerían y en qué momento. Todo para evitar que plátanos o yogures fueran interpretados como claves secretas.

En los periódicos, aquel asunto tomó tintes caricaturescos bajo el nombre de la Gran Controversia del Yogur. También hicieron hincapié en que Korchnoi utilizó por primera vez en toda su carrera la defensa Nimzo-India, asunto que sin duda habría provocado los aspavientos de la mujer del sombrero con pluma de avestruz y de su pálido acompañante y perrito faldero. Pero Otto estaba de suerte. Los Dimatulak no habían vuelto a hacer acto de presencia y ahora el Observador no tenía distracciones. Así que "observaba" ofuscado hasta la alucinación. Solo tenía espacio en su mente para la contemplación de Zukhar bebiendo de su vaso de agua con gas y, a través de ambos, de la mente de Korchnoi.

Korchnoi, pensó Otto. *Korchnoi es la clave.*

Y su mente intentó asir aquella pieza del rompecabezas. La pieza viviente que era el viejo maestro.

El Observador Weilern viajó con la imaginación hasta la Rusia estalinista durante los años del asedio de Leningrado por parte de las tropas nazis. Vio a un joven de doce años llamado Víktor Korchnoi que luchaba por no morirse de hambre. Sus vecinos sucumbieron en un entorno dominado por el canibalismo, las cartillas de racionamiento y los bombardeos; también fallecieron su tío, su abuela y su hermano. Solo el ajedrez era capaz de hacerle olvidar la guerra. En 1942, en el hospital donde había sido internado a causa de una distrofia muscular provocada por la hambruna, sus únicas compañeras fueron las sesenta y cuatro casillas de su tablero. Una vía de escape bien fértil porque, terminada la guerra, fue admitido en la sección de ajedrez del Palacio de los Jóvenes Pioneros, una especie de centro de alto rendimiento para aspirantes a genios. A los veintidós años, Víktor Korchnoi ya había conseguido ser segundo en el campeonato nacional de la URRS. Comenzaron los triunfos en diferentes torneos por todo el

mundo y alcanzó el honor de gran maestro. Pero lo más importante para él fue su matrimonio con Bella, una hermosa muchacha de origen armenio a la que conoció mientras se preparaba para el torneo de Sverdlosk en un balneario del Mar Negro.

—El ajedrez me lo ha dado todo —le dijo una noche a su nueva esposa—. Me ha dado una carrera y me ha permitido conocerte. Soy un hombre afortunado.

Korchnoi seguía dudando en el mundo real, su mano velluda se movía pero no terminaba de rematar a Karpov. La mirada del parapsicólogo Zukhar estaba fija en la nuca del aspirante. Parecía dudar, como si en su cabeza la voz del parapsicólogo susurrara una y otra vez:

“Acepta las tablas, Víktor. Acepta las tablas. No puedes ganar".

El Observador estuvo tentado de levantarse y gritarle a Zukhar que se callase, pero sabía que un montón de fornidos agentes de la KGB se le echarían encima. Además, todos pensarían que estaba loco porque Zukhar no había abierto la boca en toda la partida. Pero la voz seca, imperativa, del mentalista resonaba también en la cabeza de Otto. No dejó de hacerlo mientras asistía al repaso del resto de la vida de Korchnoi y le veía año a año crecer como jugador hasta ser considerado junto a Spassky el nuevo valor del ajedrez soviético.

Luchó sucesivamente en el torneo de candidatos para ganar una plaza en la final del campeonato del mundo. Lo hizo en tres ocasiones con buenos resultados pero sin alcanzar el éxito.

Cierto día jugó una partida de entrenamiento con un joven que estaba comenzando a despuntar. Su nombre: Anatoli Karpov. "Voy a ser campeón del mundo", le dijo el muchacho, "Lo seré porque nací para ello." Víktor contempló al joven y le lanzó una sonrisa amistosa tras un rápido estudio de sus movimientos en el tablero: "Puede que lo seas y puede que no. Pero lo que está claro es que sí… has nacido para este juego."

Karpov era ya entonces un sujeto extraordinario, pero Korchnoi sabía que ser un maestro del ajedrez no significaba siempre ser el mejor, ni siquiera el querer serlo. Siempre surgirán nuevas hornadas de jóvenes extraordinarios. "Como ese muchacho", pensaba, "ese al que entrena mi amigo Sakharov y que acaba de ganar dos veces seguidas el campeonato nacional juvenil; ese tal Garri Kímovich no sé qué.". No recordaba su apellido.

Aunque Karpov llegase realmente a ser campeón del mundo, alguien vendría después a destronarlo. Lo importante era que el juego fuese tu compañero de viaje, no tu prisionero ni tampoco tu carcelero.

En el torneo de candidatos de ese año, sin embargo, el ajedrez se volvió una cárcel para Korchnoi. Precisamente sucedió frente a Karpov. Era un año decisivo porque Spassky, el gran maestro ruso y

actual campeón del mundo, había perdido con Fischer. Aquello había sido una humillación para los soviéticos. El ajedrez, la forma suprema de inteligencia que había dado tantos campeones a la patria y en la que se consideraban los reyes y dominadores, ahora estaba en manos de un estadounidense excéntrico y medio loco. Alguien en las altas esferas del Politburó decidió que era el momento de terminar con el dominio de los viejos maestros y hacer una limpieza. Se necesitaba sangre nueva, no un gran erudito del ajedrez como Víktor Korchnoi, que era el lógico sucesor de Spassky al frente de la delegación rusa. Debían bucear como los americanos en la genialidad y no en la veteranía; era el momento de los Karpov y no de los Korchnoi. También influyó, por supuesto, la irrupción de ese jovencito de los Urales que era el ejemplo perfecto para la propaganda rusa: de clase obrera, un hijo del pueblo que había llegado a lo más alto gracias solo a su esfuerzo; alguien como Gagarin, por ejemplo, hijo de unos trabajadores de una granja colectiva, como millones y millones de sus conciudadanos. Por tanto, alguien en el que se veían reflejados.

Anatoli llegó tarde a varias de las partidas y se mostró aún inexperto en las jugadas decisivas, pero Korchnoi no estaba en su mejor momento. El joven maestro se impuso al veterano de forma muy ajustada. Entonces Víktor cometió el error de criticar a Karpov y a las autoridades soviéticas ante la prensa. Se atrevió a poner en duda su decisión de dar todos los medios, ayuda económica y el consejo de los más grandes maestros y eruditos rusos del ajedrez, a un joven de los Urales que no tenía su experiencia ni su currículum. Nadie critica al Partido Comunista en la URSS sin caer en la más profunda de las simas. Nadie critica al nuevo héroe del pueblo y símbolo de la reacción soviética contra los estadounidenses. Nadie salvo un insensato. Así que “ese desquiciado de Korchnoi” fue apartado del equipo y se le prohibió participar en ningún torneo ajedrecístico durante al menos un año. Su sueldo fue recortado, no se le permitió publicar artículos en las revistas de ajedrez, tampoco aparecer en la radio o la televisión. No podía recibir correo y su apartamento era registrado todos los días. Había quien pensaba que era el fin de Víktor.

Pero como el ave Fénix, resurgió de una forma que nadie había previsto. Cuando meses después recibió por fin permiso para un torneo en Holanda, escapó a Occidente. ¿Quién iba a imaginar que se atreviese teniendo una mujer y un hijo en la Unión Soviética? Por eso le habían permitido acudir a aquel torneo. Pero Korchnoi sorprendió a todo el mundo y, acaso acertó, como buen ajedrecista, anticipándose a los movimientos de las autoridades rusas. Era demasiado famoso para que una acción directa contra su mujer o su hijo pequeño no se convirtiese en un escándalo internacional. Así que a su familia no le sucedió nada. Sencillamente, no le dejaban reunirse con él. Ahora era

un apóstata de la patria soviética. Incluso los grandes maestros del ajedrez de su país le dieron la espalda y firmaron una carta tachándole de borracho, de sexualmente inestable y de traidor. Pero Korchnoi era un hombre que podía vivir de la impotencia, de la rabia, alimentándose de ellas como de un maná milagroso.

Así fue como el ave Fénix realmente resurgió. En los años siguientes jugó su mejor ajedrez, lo que le había llevado hasta la final del campeonato del mundo. Pero nadie confiaba en que pudiera vencer a Karpov. Aquel joven era demasiado brillante, demasiado inteligente. Además, Korchnoi había llegado hasta allí forzando al límite su maquinaria, su intelecto y sus últimas fuerzas.

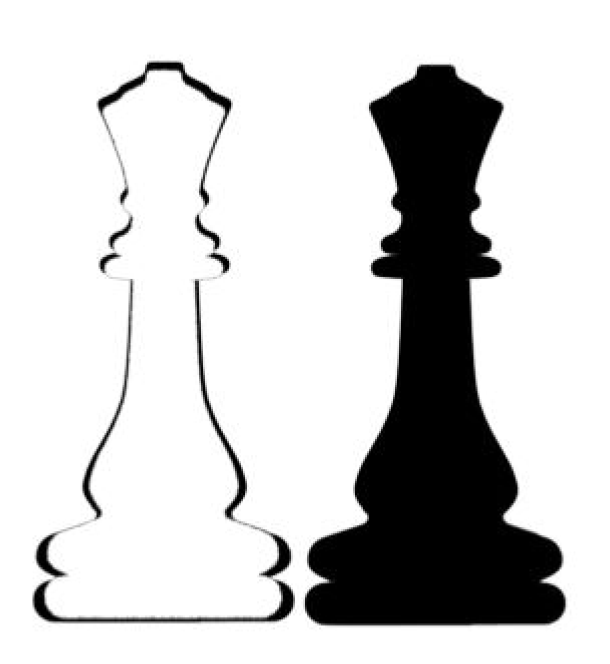
Q-R4, Q-K3. ¡Tablas!

En el presente, Víktor Korchnoi había renunciado a la victoria y se acordó un nuevo empate.

Otto se levantó de su asiento mareado; todo lo que había visto y sentido le sobrepasaba. Chocó sin querer con la ayudante o asistente de Zukhar, esa jovencita que acompañaba a la delegación soviética. Casi vomita delante de los gorilas de la KGB. Se repuso y salió del recinto tambaleándose como un borracho, maldiciendo el nombre del parapsicólogo.

CAPÍTULO 8

Reencuentro



Otto salió del auditorio con pasos desequilibrados, haciendo eses como si estuviera siendo zarandeado por una mano invisible. Los supuestos poderes de Zukhar le habían afectado, o quizá era simplemente el resultado de observarle con tal intensidad. No estaba seguro. El vestíbulo del Pines Hotel parecía girar a su alrededor, los grandes ventanales que permitían la entrada de luz natural parecían vibrar en su campo de visión.

La tez del alemán se había tornado pálida y marcas de cansancio se adivinaban bajo sus párpados.

Alzó la mirada y se encontró con los ojos de un hombre que le observaba boquiabierto. Era un anciano de aspecto decrépito. Su rostro arrugado y curtido, marcado por las huellas indiscutibles del tiempo y de la dura vida en la cárcel, parecía una extraña mezcla de sorpresa y reconocimiento al ver a su viejo amigo. Sus ojos, empañados por la edad, sin embargo, brillaban con un destello de inteligencia y curiosidad. Su cuerpo encorvado, flaco y frágil, estaba vestido con ropa sencilla y gastada.

El Observador se detuvo, sus pensamientos acerca de Zukhar y sus presuntos poderes se desvanecieron. En su lugar, una única pregunta inundó su mente: ¿Quién es este hombre? Le tomó un instante reconocer a su antiguo compañero de celda. Observó a aquel hombre largamente y un recuerdo lejano emergió en su mente. Pero no lograba anclarlo en las arenas movedizas de su memoria. Todavía le dolía la cabeza debido a la experiencia vivida en el auditorio, no era capaz de asociar aquel rostro con un nombre.

Pero de repente, algo cambió; quizás la situación que había enfrentado había acelerado su mente hasta tal punto que pudo retroceder a través del laberinto de los años y del tiempo. Vio las arrugas y el rostro cansado de su viejo amigo, y la ropa vieja que la beneficencia le había proporcionado a Benjamin al salir de la prisión. Puso todo en una balanza y el peso no parecía corresponderse con nadie que conociera. Pero de alguna manera inexplicable, al igual que había contemplado por un momento el pasado del gigante ruso del ajedrez, el rostro del desconocido se fue aclarando, las arrugas desaparecieron y aquellos ojos negros, airados y profundos, le revelaron la verdad.

—¿Es usted… eres el subteniente Faure? —dijo Otto en un perfecto francés.

Benjamin se sorprendió. El hombre que treinta años atrás no sabía decir una palabra en su idioma ahora lo hablaba perfectamente. Pero algo le sorprendió aún más, si cabe.: escuchar de boca de otra persona su rango: “subteniente Faure”. Era como si alguien todavía

reconociese al ser que realmente habitaba en su interior. No el preso Faure, sino el subteniente de las fuerzas aéreas filipinas.

Aunque se le había despojado de aquel rango de manera deshonrosa, él seguía siendo un oficial aviador en su corazón. Ahora había dos personas en el universo que conocían su verdadera esencia. Había hecho bien en acudir a aquel lugar y forzar el reencuentro con el alemán. El destino de ambos estaba ligado.

—Pensaba que no me reconocerías, Otto.

—Por un momento, yo también lo he creído. Pero algo en ti, en tu gesto, tal vez los ojos… Sí, han sido los ojos. Lo que he reconocido ha sido tu mirada. ¿Es curioso, verdad?

Tal vez no lo fuera. La carcasa que recubría su cerebro había cambiado, pero en el interior seguía existiendo el subteniente Faure. Tal vez eso era lo que había visto Otto a través de sus ojos. Había visto la verdad y le ayudaría a encontrar la verdad. Cómo había perdido esa condición. Cómo y por qué le habían arrebatado su vida. No importaba que el propio Benjamin fuese el único culpable. Si era así, quería saber qué pasó, en qué momento dejó de ser un aviador orgulloso de su misión y se convirtió en un asesino.

—Me ha sorprendido lo bien que hablas mi idioma —dijo entonces el subteniente Faure.

Habían abandonado el vestíbulo. Ahora estaban en la piscina, sentados en unas sillas de mimbre, contemplando el ir y venir de medios de comunicación y expertos en ajedrez de todo el mundo.

—He vivido en varios lugares después del fin de la guerra mundial. También en Francia, en Nimes. Aunque recientemente me trasladé a Madrid.

Benjamin asintió. Durante unos minutos, la conversación giró en torno al desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Discutieron sobre las tácticas de los aliados, las batallas clave y las consecuencias políticas, pero era evidente que ambos estaban simplemente matando el tiempo. El verdadero propósito de Benjamin no tenía nada que ver con esos eventos históricos lejanos.

Con habilidad, desvió la conversación hacia la campaña de Filipinas de 1944 y 1945. Los japoneses habían ocupado las islas durante más de dos años cuando los aliados desembarcaron en Leyte, dispuestos a avanzar y recuperar cada pedazo de tierra ocupado por las fuerzas niponas, en un camino que les llevaría hasta el corazón del Imperio del Sol Naciente. Habló de la batalla del Golfo de Leyte, el desastre naval que desequilibró la balanza en favor de los aliados. La Armada Imperial Japonesa nunca se recuperaría de aquella derrota, a tal punto que jamás volvió a librar una gran batalla. Sus grandes barcos, el orgullo de la flota, se habían perdido en el golfo.

A partir de ahí, la reconquista de Filipinas comenzó en serio.

Benjamin describió la lucha, intensa y despiadada, que se libró isla a isla, palmo a palmo. Habló del general estadounidense Douglas MacArthur, una figura imponente con su emblemática pipa, y de los marines, cuya valentía y determinación eran conocidas en todo el mundo.

No se olvidó de los australianos, firmes aliados en la lucha contra el Eje, y finalmente mencionó al escuadrón filipino. Recordó con orgullo su llegada a la base Clark, el montaje de las tiendas de campaña que servirían de alojamiento para los pilotos, el izado de la bandera que ondeaba con determinación ante el viento, y los nombres que habían dado a las calles que se formaban entre tienda y tienda, creando un sentido de comunidad y camaradería en medio de la incertidumbre de la guerra. En la voz del subteniente, los recuerdos del pasado cobraban vida, pintando un vívido retrato de esos días turbulentos.

—Yo era feliz en aquel entonces, creía que un destino grandioso me aguardaba —dijo Benjamin, una mezcla de orgullo y nostalgia entrelazada en su voz—. Pero entonces lo perdí todo. La memoria de cómo sucedió es un borrón, una laguna insoportable. No recordar la verdad me carcome por dentro. Necesito llenar ese vacío, necesito desenterrar el pasado.

Otto lo observó, intrigado.

—¿Cómo planeas hacerlo? —preguntó—. Me contaste que estuviste en prisión por asesinato, pero no quisiste dar más detalles. Quizás si hubieras dicho más, no te habría entendido, dada mi limitación con tu idioma en aquel entonces.

Otto esbozó una sonrisa, pero Benjamin no correspondió. El alemán carraspeó, buscando continuar con la conversación.

—¿Has estado en prisión todo este tiempo? —preguntó.

Benjamin asintió.

—¿Cuándo saliste? —inquirió Otto.

—Ayer.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Otto.

—¿Y lo primero que haces es venir a buscarme?

—En realidad, es lo segundo —corrigió Benjamin—. Primero fui a visitar la casa donde se cometieron los crímenes de los que me acusan. Necesito tu ayuda para desentrañar el pasado, Otto. No sé cómo, ni por qué, pero algo me dice que formas parte de mi redención. Me lo debes.

Las palabras del subteniente Faure colgaban en el aire, una petición y una deuda entrelazadas en la misma sentencia. Otto se quedó mirándolo, sopesando las palabras de su antiguo compañero de celda. La historia que Benjamin llevaba consigo era un enigma, uno que, al parecer, Otto estaba destinado a resolver.

Benjamin extendió la sección de deportes del Nuevo Diario de Manila hacia Otto. Con un dedo huesudo y tembloroso, señaló una foto que mostraba un plano general del recinto del campeonato. En ella se podía ver a Otto, su imagen capturada en medio de la multitud. Pero el Observador distinguió otras figuras también: Korchnoi, cuya concentración parecía inquebrantable mientras movía un peón de alfil, y Zukhar, a quien su jovencísima ayudante le ofrecía una botella de agua con gas. Las sonrisas de ambos contrastaban con la seriedad de Korchnoi.

—No es solo una coincidencia, Otto. Es el destino —insistió Benjamin—. Necesito que me ayudes.

Un silencio cayó entre ellos, solo roto por el distante murmullo de los visitantes del hotel. Otto continuó mirando la foto, su atención fija en la sonrisa de Zukhar mientras recibía la bebida de la jovencita. Un aire de melancolía envolvía la escena.

Por su parte, Benjamin permitió que su mente vagara de nuevo a su amor perdido, el avión que nunca llegó a pilotar, el P-47D. Se imaginó montado en uno de esos maravillosos aparatos, surcando los cielos con la libertad de un pájaro. Pero había un obstáculo en su camino hacia esa libertad soñada, un obstáculo oscuro y desconocido que se presentaba en la forma de un agujero en su memoria. Necesitaba desentrañar el misterio de su pasado para poder volar libremente una vez más. Y para eso, necesitaba a su amigo alemán.

—Ahora estoy en la calle, pero no soy libre. He pagado por un crimen que no recuerdo haber cometido, y algo dentro de mí me dice que nunca lo cometí. Necesito tu ayuda para volver a ser el hombre que fui —repetía Benjamin, su voz cargada de desesperación.

Otto, con la mirada todavía centrada en la fotografía del periódico, parecía perdido en sus propios pensamientos. Tras un momento, sus ojos se levantaron para encontrarse con los de su amigo.

—Yo tampoco creo en las casualidades, Benjamin —dijo en tono reflexivo—. Pero lo que me estás pidiendo es demasiado. Apenas te recuerdo, y todo esto que me cuentas... simplemente no me concierne.

Benjamin abrió la boca para protestar, pero Otto alzó una mano en señal de que no quería más discusiones.

—No, no hablemos más de esto. Tengo cosas que hacer. Solo te prometo que lo pensaré. Y creo que eso es más que suficiente por ahora —concluyó Otto, su tono final dejando claro que la conversación había llegado a su fin.

Benjamin, aunque visiblemente desilusionado, asintió con la cabeza, aceptando la promesa de Otto. Para él, era un comienzo, un rayo de esperanza en su búsqueda de la verdad.

—Es el destino —insistió una vez más Benjamin cuando su amigo ya se alejaba.

Pero Otto Weilern no creía en el destino. No al menos en la manera en que la mayoría lo entendía: una fuerza misteriosa e inmutable que guiaba los hilos de la vida. Otto se veía a sí mismo como un marinero, el Observador que se sube a un mástil y descubre un mar de posibilidades, y posee la capacidad de cambiar el curso con cada decisión que toma y cada información que transmite al capitán del barco.

Creía que los hombres se labraban su propio destino, golpe a golpe, decisión tras decisión. Otto veía la belleza en esta danza de elecciones y consecuencias, en el flujo y reflujo de la vida. Cada paso que daba, cada palabra que decía, cada pensamiento que tenía, eran pinceladas en el lienzo del tiempo en el que le había tocado existir.

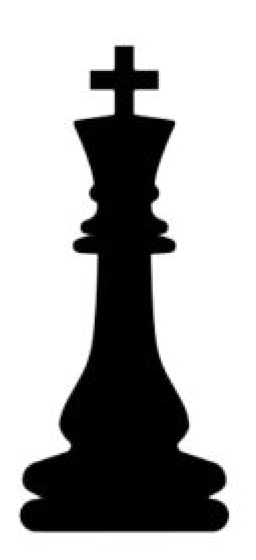
Así, aunque Benjamin creyera que su encuentro estaba predestinado, Otto no lo veía de esa manera. No era el destino lo que había reunido a los dos hombres después de tantos años; era simplemente el resultado de una serie de decisiones y eventos que se habían desplegado a lo largo de sus vidas. Y aunque Otto no tenía ninguna responsabilidad sobre el pasado de Benjamin, sabía que tenía el poder de influir en su futuro. Y sabía también que aquel hombre, cuando pudo con sus acciones influir en el futuro de Otto, en la época que coincidieron en la prisión, le echó una mano.

Por ello, a pesar de su inicial renuencia, Otto decidió que tal vez (probablemente) ayudaría a Benjamin. No porque creyera que estaba destinado a hacerlo, sino porque, subido a su mástil imaginario, era de nuevo capaz de observar, predecir y cambiar el rumbo de las cosas.

Y le encantaba cambiar el rumbo de las cosas.

CAPÍTULO 9

Una caja de cerillas



Otto Weilern no prometió explícitamente ayudar a su antiguo camarada, pero tampoco se negó de manera definitiva. Esta indefinición animó a Benjamin a frecuentar con regularidad el Pines Hotel donde se celebraba el campeonato del mundo. Solía charlar con el Observador de forma relajada, como si aquella extraña petición no estuviese suspendida entre ellos, esperando ser aceptada… o rechazada.

El Observador estaba ocupado, eso lo entendía el subteniente Faure, aunque no comprendía la naturaleza de su labor y tampoco indagaba. Sabía que Otto solía enredarse en asuntos oscuros y complejos. Cuanto menos supiera, mejor para él.

Dado que Benjamin no poseía una entrada para presenciar el campeonato (un hecho que le hubiera encantado, siendo un entusiasta del ajedrez), esperaba durante horas en las inmediaciones del evento, mostrando una paciencia y una resistencia al desaliento infinitas. Luego, se reunía con Otto en el bar del hotel para tomar una copa. Hablaban de todo y de nada en particular, pero nunca de los asesinatos. Siempre era Otto quien pagaba.

Un día, mientras compartían unas cervezas, la conversación se desvió hacia el ajedrez.

—Es un juego fascinante, ¿no te parece? —comenzó Otto, mientras jugueteaba con el borde de su vaso.

Benjamin asintió, con una expresión pensativa en su rostro.

—Es como la vida. Cada movimiento que haces tiene consecuencias, y hay que pensar antes de actuar. No puedes simplemente mover las piezas al azar y esperar ganar.

Otto sonrió ante aquella observación.

—Es cierto, hay una cierta belleza en la estrategia y la anticipación. Cada jugada es como una decisión en la vida; tienes que considerar las implicaciones a largo plazo.

—Definitivamente —respondió Benjamin, su mirada se perdía en el vaso de whisky que sostenía entre sus manos—. Y como en la vida, cada jugador tiene su propio estilo. Observa la última partida del campeonato, por ejemplo. Ayer la vi reproducida en los periódicos. El juego de Korchnoi me ha recordado al estilo de Petrosian. Algo poco habitual en él.

Otto lo miró sorprendido. Sabía que Benjamin jugaba al ajedrez, pero no se había percatado de cuánto conocía realmente del juego. Tigran Petrosian, el ex campeón del mundo, era conocido por su estilo defensivo, cauteloso y metódico. Fue un jugador que rara vez se arriesgaba, pero que era increíblemente difícil de vencer.

—Petrosian tenía la habilidad de prever el peligro mucho antes de que fuera evidente —añadió Benjamin, su mirada se volvió más intensa—. Era un maestro en el arte de la defensa, siempre estaba preparado para el ataque del adversario. Esa es la belleza del ajedrez, cada partida es una historia única, llena de giros y vueltas inesperadas.

Otto asintió, admirando la pasión con la que Benjamin hablaba del ajedrez. Cada palabra, cada comparación, dejaba claro que Benjamin entendía el ajedrez no solo como un juego, sino como un arte en sí mismo.

—Me gusta hablar contigo entre partida y partida —reconoció espontáneamente el Observador—. Me relaja y me sirve para estar más concentrado en mi trabajo.

—Gracias. No tengo nada mejor que hacer —confesó su interlocutor.

Y así, en esas charlas distendidas, la amistad entre Otto y Benjamin se fue consolidando, aún con la sombra de la petición no resuelta del subteniente planeando sobre ellos.

Dentro del auditorio, la figura del parapsicólogo era un enigma que consumía la mayor parte de la atención de Otto. Se esforzaba por desentrañar cómo era posible que el ruso lograra establecer una conexión e influir en la mente de otra persona. Se trataba de un fenómeno asombroso, una proeza que parecía desafiar la comprensión humana.

Al concluir la séptima partida (tras cuatro empates consecutivos), Korchnoi y su equipo expresaron su malestar ante los árbitros. Estaban convencidos de que Zukhar estaba recurriendo a tácticas desleales para influir en el curso del juego. Acusaron al parapsicólogo de manipular psíquicamente a su contrincante, de entrar en su mente y alterar su capacidad para jugar eficazmente.

Los árbitros, ante la gravedad de las acusaciones, se vieron obligados a tomar medidas. Sin embargo, estaban en un territorio desconocido. ¿Cómo podrían comprobar si tales afirmaciones eran ciertas? ¿Cómo se podía demostrar que Zukhar estaba utilizando poderes psíquicos para influir en el juego?

A pesar de los dilemas éticos y las dificultades prácticas, decidieron llevar a cabo una investigación. La tensión en el auditorio aumentó, y todos los ojos estaban puestos en Zukhar, el misterioso parapsicólogo ruso que había conseguido atraer la atención de todos en el Campeonato del Mundo de Ajedrez.

—Ese hombre está utilizando sus habilidades mentales para distraerme y disminuir mi concentración —repitió Korchnoi a una audiencia de árbitros y supervisores atónitos—. Constantemente, me encuentro reviviendo mi pasado, como si estuviera viendo una

película de mi vida, incapaz de concentrarme en la partida —añadió con voz iracunda, señalando a un hombre de gesto serio en la cuarta fila.

Pero aquello, aunque hubiese una opción remota de que fuese verdad, fue finalmente demasiado para los jueces.

—Caballero —dijo un árbitro—, una cosa es la Gran Controversia del Yogur y otra muy distinta es pedir que un miembro de la delegación soviética abandone las gradas debido a sus supuestos poderes psíquicos. Su solicitud es rechazada. Sin embargo, dictamino que el parapsicólogo y sus compañeros de la KGB deben moverse tres filas hacia atrás con el resto de la delegación soviética. ¿Está de acuerdo, señor Korchnoi?

—Acepto ese acuerdo por el bien del campeonato —respondió el viejo maestro con evidente disgusto.

—Las gafas de espejo del señor Korchnoi me molestan y me deslumbran —intervino entonces Karpov—. Como compensación por este molesto reajuste, quiero que se las quite.

Los rusos se habían quejado de que las gafas le deslumbraban, pero la verdadera intención era ver directamente los ojos de Korchnoi, buscar en ellos cualquier indicio de derrota, el agotamiento o la soledad del exilio.

—También acepto eso —dijo Korchnoi, quitándose las gafas—. Pero que Zukhar se vaya lejos ahora mismo.

La joven asistente de Zukhar, una mujer esbelta con el cabello recogido en un moño austero, se levantó con elegancia y se unió al resto del séquito de la KGB en su retirada hacia las filas posteriores. A medida que avanzaba, Otto percibió por un instante un objeto pequeño y cuadrado en su mano. Al principio, pensó que podría ser maquillaje, pero al observar con más detenimiento, se dio cuenta de que parecía una caja de cerillas que llevaba escondida en la palma.

Intrigado, Otto se quedó observando los gestos de la muchacha. A pesar de la distancia, notó que ella parecía golpear rítmicamente la caja con el pulgar, en un movimiento apenas perceptible. Sus ojos, fijos e intensos, estaban dirigidos hacia el estrado donde Korchnoi, sin sus gafas de espejo, batallaba de nuevo contra Karpov.

La caja de cerillas, el ritmo constante de su dedo índice, la intensidad de su mirada... Otto no podía evitar sentir que había algo más en esos gestos, algo que iba más allá de un simple tic nervioso o una manía.

Mientras sus pensamientos revoloteaban, la asistente continuó con su ritual, golpeando la caja en un ritmo constante, su mirada fija en el tablero de ajedrez. Otto se prometió a sí mismo mantener un ojo en ella y en su misteriosa caja de cerillas.

Reflexionó sobre cómo el arte de observar, más que una habilidad,

es un ritual de paciencia y discernimiento. Es el compromiso de ver más allá de lo obvio, de no dejar que los detalles más sutiles se desvanezcan en el ruido de fondo.

De esta forma, Otto se convirtió en el observador silencioso, su mirada fija en la asistente y su caja de cerillas. Mientras el campeonato de ajedrez continuaba, él esperaba, pacientemente, para descubrir lo que escondía aquel enigma.

Porque sabía que en el arte de observar, incluso el más pequeño de los detalles podía ser la llave que abriera la puerta a la verdad.

CAPÍTULO 10

Manipulación mental



La medianoche del tres de agosto, Otto se dirigió una vez más hacia los teléfonos públicos ubicados en el vestíbulo del hotel. Había marcado ese número con tal frecuencia en los últimos días que ya lo había memorizado. Esa noche, sin embargo, no se encontró con Benjamin esperándolo como solía hacer. El antiguo subteniente había pasado la tarde entera buscando un empleo, una condición indispensable para mantener su libertad condicional.

Otto introdujo una moneda en la ranura del teléfono y marcó los dígitos familiares. Mientras esperaba que alguien contestara al otro lado, echó un vistazo al vestíbulo. A esa hora, estaba casi vacío, a excepción de un par de empleados del hotel y unos pocos huéspedes noctámbulos.

Aquel día había sido largo y agotador. El campeonato de ajedrez era muy reñido y la tensión era palpable.

Mientras la línea telefónica zumbaba en su oído, Otto pensó en Benjamin, que en ese mismo momento podría estar en cualquier lugar de la ciudad, presentándose a entrevistas de trabajo y tratando de reconstruir su vida. Pero alejó aquel pensamiento. Él tenía sus propios problemas.

—¿Sí? —dijo entonces una voz distante.

—Creo que es la asistente de Zukhar. Tiene un dispositivo. Algún invento ruso que apunta a Korchnoi. Impulsos eléctricos, ondas, algo que logra distraerlo —anunció Otto, tras una breve pausa—. Estoy casi seguro de ello. No puede ser otra cosa.

Una risa se escuchó desde el otro lado de la línea.

—Estar "casi seguro" es prácticamente lo mismo que no estar seguro. ¿De qué tipo de aparato hablamos?

—Parece una caja de cerillas. Pero es algo más.

—Los rusos han usado más de una vez paquetes de cigarrillos para esconder microchips e incluso mini pistolas. Cosas propias del mundo del espionaje. Creo que me entiendes. ¿Pero un dispositivo que emite ondas hacia un jugador de ajedrez en algo tan pequeño como una caja de cerillas? Permíteme que lo dude.

—Pese a todo, es la única explicación. Supongo que no crees que Zukhar tiene poderes mentales y puede influir en la mente a distancia.

Otto mentía, al menos en parte. Había sentido el poder de Zukhar, la presión que ejercía sobre Korchnoi desde su asiento. ¿O era todo sugestión? ¿Acaso el Observador estaba tan inmerso en su papel que acababa siendo parte de lo observado?

—Digamos que en la Agencia preferimos no creerlo —dijo la voz al otro lado de la línea—. De todas formas, consigue esa caja de cerillas mágica y la analizaremos.

Sosteniendo el auricular aún en su mano, Otto observó el paso lento y cabizbajo de Korchnoi, que parecía cargar el peso de la partida en sus hombros. Estaba flanqueado por su equipo de asistentes, una escuadra de brillantes mentes ajedrecísticas: Keene, Leeuwerik, Murei y Stean. Los cuatro se movían alrededor de Korchnoi como planetas orbitando un sol desvanecido, discutiendo estrategias, movimientos pasados y futuros.

—El juego de Karpov es como un enigma —escuchó decir a uno de sus asistentes, su voz llena de frustración y admiración a partes iguales—. Cada movimiento es una pieza de un rompecabezas incesantemente variable. Y cuando crees que has descifrado su estrategia, cambia completamente el patrón, lanzándote a una nueva espiral de incertidumbre.

Más allá, como un tapiz nocturno bajo la pálida luz de la luna de agosto, se extendía la ciudad de Baguío. Las casas, bañadas en un brillo espectral, parecían translúcidas, como si fueran poco más que las sombras de sí mismas. Parecían piezas en un tablero de ajedrez a escala gigantesca, quietas y silenciosas después de una partida agotadora.

Otto decidió que necesitaba aire fresco y se aventuró fuera del Pines Hotel. El edificio, con su fachada blanca resplandeciente y altas columnas romanas, se alzaba majestuosamente contra la oscuridad de la noche. Mientras caminaba por los alrededores, sus pensamientos se centraban en la caja de cerillas. ¿Qué tipo de dispositivo podría haber ocultado la ayudante de Zukhar en algo tan simple y común? Los soviéticos eran conocidos por su innovación tecnológica, pero ¿estaban tan avanzados como para construir un dispositivo del tamaño de una caja de cerillas? ¿Podría ser algún tipo de transmisor de radio, o tal vez un dispositivo de interferencia?

Al día siguiente, estuvo al acecho durante horas, oculto en las sombras y observando el ir y venir de la delegación rusa. No quería precipitarse y alertar a Zukhar o a los gorilas de la KGB. Finalmente, vio salir sola a la asistente de Zukhar de una de las habitaciones de la delegación. Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho y la determinación en su mirada, se dirigió hacia ella para abordarla.

—¿Me da fuego? —preguntó Otto, al encontrarse a la joven “casualmente” por el pasillo.

—No me quedan cerillas. Perdone —respondió ella, su voz llena de una calidez que contrastaba con su acento áspero, claramente de los Urales, igual que el de Karpov.

—Gracias de todas formas —repuso Otto, antes de tropezar "accidentalmente", su cuerpo chocando contra el de ella y ambos cayendo en un enredo de extremidades al enlosado.

Rápidamente, Otto se puso de pie, ofreciendo su mano para

ayudar a la joven a levantarse. Su rostro estaba rojo de vergüenza o, al menos, eso era lo que aparentaba.

—Perdón, perdón —repetía Otto, su voz llena de falsa preocupación—. Soy tan patoso.

—No pasa nada —respondió ella, suavizando su acento y su actitud.

—Me llamo Otto. Permítame que me disculpe de nuevo —insistió, manteniendo su mirada fija en la de ella, buscando algún indicio de sospecha.

—Yo me llamo Irina. Y no se preocupe. Ha sido un accidente —respondió ella, sus ojos escudriñando el rostro de Otto, tratando de descifrar si su tropezón había sido realmente un accidente o algo más.

Poco después el Observador se marchó con la caja de cerillas que acababa de sustraer. Se alejó en la noche, sintiendo su peso inusualmente ligero. Parecía vacía, pero él sabía que no podía ser así. Algo tenía que haber en su interior, algo que explicara las anomalías que había estado observando. Pero ante sus ojos solo había una caja rectangular de cartón duro, aproximadamente del tamaño de la mitad de la palma de su mano, teñida con un tono marrón claro que imitaba la madera. No había letras ni inscripciones de ningún tipo, lo que reforzaba su aspecto utilitario y sobrio. La tapa se deslizaba hacia afuera pero dentro no había (en apariencia) cerillas ni artilugio alguno.

De inmediato, Otto buscó un teléfono en la calle y marcó un número familiar.

—Lo tengo —anunció simplemente, su voz apenas un susurro antes de colgar.

No pasaron más de unos minutos cuando un Mercedes negro se detuvo frente a él. La luz de la luna se reflejaba en su carrocería pulida, y la figura que se encontraba al volante era inconfundible: el señor Dimatulak.

Ramón vestía aquella jornada, aparte de un traje oscuro, una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo está haciendo muy bien. Nuestro jefe en la Agencia está muy contento. —Su sonrisa se ensanchó—. Solo espero que no se equivoque con el aparato que lanza rayos. No nos gustan las equivocaciones. Ah, otra cosa.

El rostro de Ramón Dimatulak, aunque amable, tenía un aura amenazadora, parecía retar a Otto mientras su sonrisa insinuaba una burla juguetona.

—Dígame —pidió el Observador, su voz llena de cautela.

—Apueste por Karpov. Mi esposa está convencida de que va a ganar.

Otto frunció el ceño, ligeramente sorprendido por la afirmación.

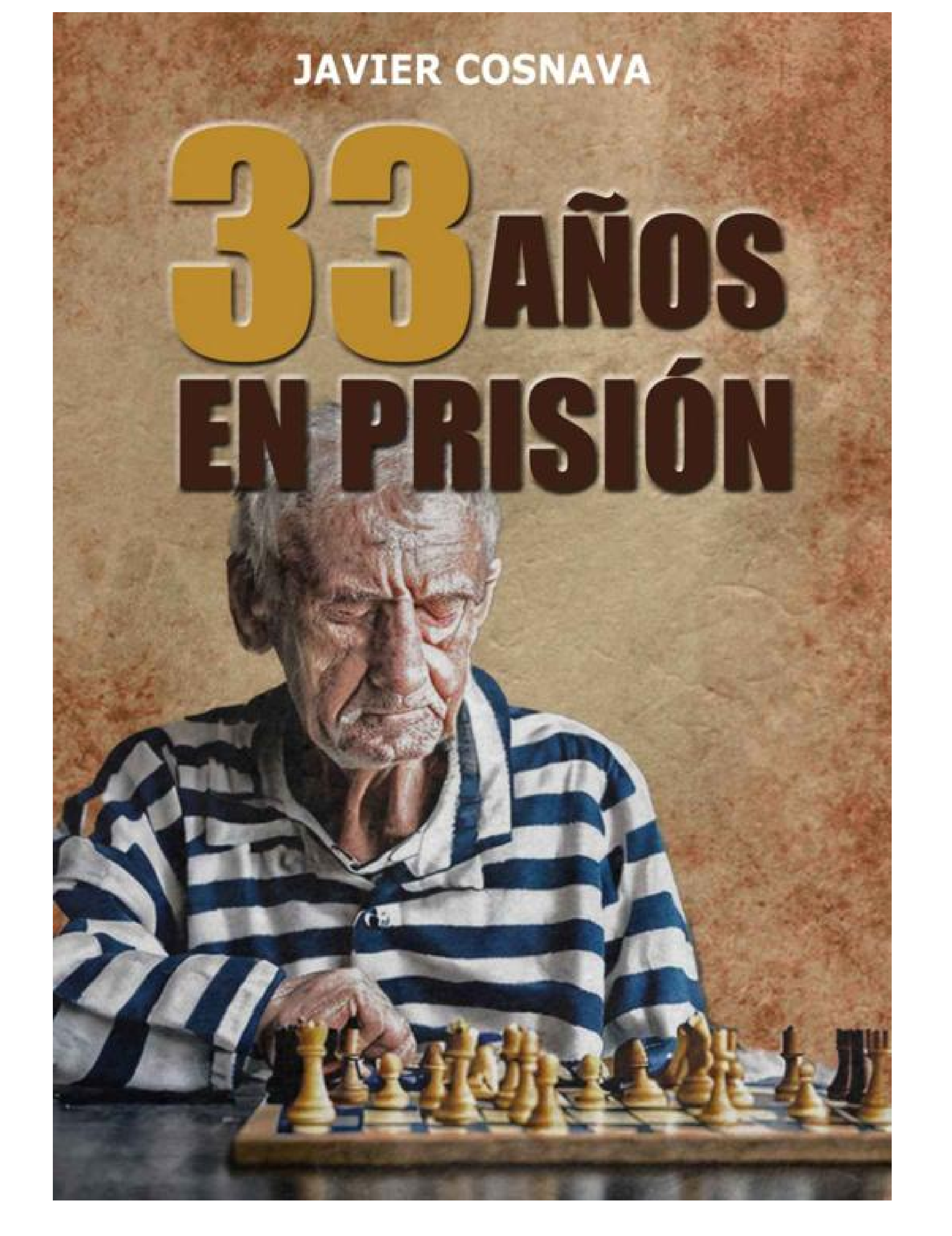
—¿De verdad?

El señor Dimatulak asintió con solemnidad, la diversión desapareciendo momentáneamente de su semblante.

—Oh, no tiene la menor duda al respecto —aseguró. Su sonrisa reapareció, más amplia y maliciosa—. También está convencida de que usted va a perder, que no encontrará nada, que es usted un fraude. Y Cristina rara vez se equivoca.

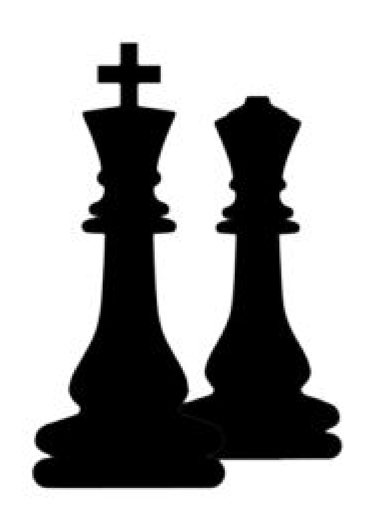
TERCERA PARTE

Comienza la investigación


JAVIER COSNAVA
33 AÑOS
EN PRISIÓN

CAPÍTULO 11

La única superviviente



Aquella mañana, en un descanso entre partida y partida, Otto salió al encuentro de su recién recobrado amigo de encarcelamiento. Benjamin le esperaba, como hacía a menudo, en el vestíbulo del Pines hotel, o en la calle, porque no tenía dinero para esperarle tomando una copa en el bar. El Observador no se sentía en deuda hacia aquel hombre (o eso se decía a sí mismo), tampoco sentía pena por él. Pero le seguían encantando los misterios y no perdía nada averiguando qué sucedió en realidad el día que la vida del subteniente Faure se truncó.

Con un ademán casual, Otto guió a Benjamin fuera del hotel. El sol brillaba con intensidad en el cielo. El clima de Baguío era fresco y agradable, un contraste con el calor sofocante de Manila. Caminaron en silencio por un rato, alejándose del bullicio del hotel y adentrándose en las tranquilas calles residenciales cercanas.

Una vez se encontraron en una avenida tranquila y desierta, Otto rompió el silencio. Su tono era casual, pero sus ojos reflejaban una intensidad que Benjamin no había visto antes.

—Vamos, amigo —dijo, sin dar más explicación.

Benjamin, a pesar de su desconcierto, asintió y siguió a Otto. No sabía a dónde se dirigían ni qué quería su misterioso amigo, pero había aprendido que, a veces, lo mejor era simplemente seguir el correr de las aguas y ver a dónde te llevaba. Y, después de todo, Otto era un enigma que aún no había descifrado del todo, y la curiosidad de Benjamin le impulsaba a descubrir más.

A medida que se acercaban a Manila, el tráfico se hacía cada vez más denso y el ruido de la ciudad se hacía más fuerte. El Chevrolet negro que Otto había alquilado se movía con dificultad entre los otros vehículos, y el olor del humo del escape se mezclaba con el del aire salado del mar cercano.

Manila era una ciudad de contrastes, donde la riqueza y la pobreza coexistían. Edificios de cristal y acero se alzaban junto a barriadas de chozas de madera y chapa. La gente llenaba las calles, moviéndose en un caos aparentemente organizado.

Finalmente, llegaron a su destino: un bar en una de las zonas más pobres de la ciudad. El lugar estaba lleno de humo de tabaco y la música de una vieja jukebox luchaba por hacerse oír por encima del murmullo de las conversaciones.

En una de las mesas del fondo, un hombre los esperaba. Llevaba un uniforme de policía, aunque algo desgastado y sucio. Su rostro estaba marcado por años de trabajo duro y estrés, y sus ojos reflejaban una mezcla de cansancio y desilusión.

—James Uriarte —se presentó, extendiendo una mano áspera y callosa. Otto le devolvió el apretón, presentándose a sí mismo y a Benjamin.

El policía los miró a ambos, y luego asintió hacia las sillas vacías frente a él.

—Yo soy mestizo —declaró el policía, a modo de presentación, mientras se señalaba el pecho.

Se encontraban en el barrio de Intramuros, el lugar donde habían vivido los españoles en tiempos de la colonización. Aunque el castellano como lengua prácticamente se había perdido, los filipinos todavía se enorgullecían de sus ancestros españoles y utilizaban la palabra "mestizo" para describirse, mostrándose muy orgullosos de sus raíces peninsulares.

—Yo soy alemán —respondió Otto Weilern, mirando a su interlocutor con indiferencia y entregándole un sobre grueso lleno de billetes.

—Entonces estás muy lejos de casa —comentó Uriarte, tomando el sobre.

El bar de Intramuros estaba lleno de sombras y olores intensos, una mezcla penetrante de tabaco y alcohol barato. Era un barrio antiguo, lleno de edificios de piedra y calles estrechas que hablaban de una historia rica y ancestral. Las voces de los clientes en el bar creaban un zumbido constante, proporcionando un telón de fondo perfecto para la conversación que estaban teniendo.

Otto observó a Uriarte con ojos escrutadores. A pesar de la apariencia desaliñada del policía y del entorno decadente, había algo en Uriarte que sugería que no era un hombre al que se pudiera tomar a la ligera. Sus ojos eran agudos y brillantes, y había una tensión en su postura que sugería una alerta constante.

—¿Y qué te trae a ti, un alemán, a este bar en Manila? —preguntó Uriarte, apoyando los codos en la mesa y mirando directamente a Otto.

—Estoy buscando respuestas —respondió Otto, su mirada igualmente intensa—. Y creo que tú puedes dármelas. Ya lo hablamos por teléfono. ¿No es cierto?

Las palabras resonaron en el aire y, por un momento, el ruido del bar pareció disminuir. Luego, Uriarte asintió lentamente.

—Vamos a ver qué puedo hacer —dijo, su voz ronca resonando con determinación.

James abrió el sobre, contó rápidamente los billetes y asintió con una sonrisa satisfecha. Posteriormente, depositó sobre la mesa un informe policial desgastado por el tiempo, que databa de treinta y tres años atrás. Se trataba de los asesinatos de Emilio Durán, su esposa Jennifer y la menor de sus hijas, Virginia.

—Cuando me levante, me olvidaré de estos papeles aquí —dijo James, su sonrisa se ensanchó aún más, revelando una hilera de dientes blancos y perfectamente alineados—. Soy un tipo un tanto

olvidadizo.

—Ya veo —respondió Otto, sus ojos fijos en el informe policial.

—El señor Dimatulak me ha dicho que eres de fiar —continuó James, su mirada se endureció un poco—. Espero que no esté equivocado y que nunca se llegue a saber lo que aquí ha sucedido.

—Aquí no ha sucedido nada —respondió Otto con calma—. Solo tres amigos que se toman un ron en un bar. En eso no hay ningún misterio.

Pero, a pesar de sus palabras, Otto sentía que estaba a punto de descubrir un misterio. Un misterio que llevaba oculto más de tres décadas y que estaba a punto de salir a la luz.

—Completamente de acuerdo en lo que dices, alemán.

James apuró su copa de un solo trago y estaba a punto de levantarse cuando Benjamin, que había permanecido silencioso durante toda la conversación, habló con una voz llena de urgencia:

—¿Hubo algún otro sospechoso en los asesinatos? Aparte del condenado, claro está.

James alzó una ceja, su mirada se desvió hacia Benjamin. No le había reconocido. Las fotos de treinta y tres años atrás no se le parecían.

—¿Y usted es...?

—Mi ayudante —intervino Otto rápidamente, cortando cualquier posible sospecha.

—Ya veo —repitió James, su mirada se posó de nuevo en Benjamin antes de volverse hacia a Otto. Pareció considerarlo un momento y finalmente se encogió de hombros—. El inspector que llevaba el caso, ya fallecido, tenía ciertas sospechas acerca de la hija mayor. Su nombre era Carla Durán. Mintió acerca de la hora en la que llegó de la escuela ese día. A pesar de que estaba castigada, pudo haber llegado a casa mucho antes de los asesinatos. Pero solo tenía trece años, y era delgada, muy bajita. Nadie tomó aquellas sospechas demasiado en serio, especialmente cuando teníamos a un sospechoso cubierto de sangre detenido en la misma escena del crimen.

Otto y Benjamin intercambiaron una mirada. La información era inesperada, pero no menos intrigante. El misterio parecía enredarse aún más.

James dejó escapar una risa ahogada mientras miraba a los dos hombres frente a él. Y añadió:

—Sospechar de una niña de trece años, suena absurdo, ¿no es cierto? ¿Qué motivación podía tener para matar a sus padres y a su hermanita? —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero a veces, los casos no son tan sencillos como parecen.

Benjamin se inclinó hacia adelante, su voz era apenas un susurro.

—¿Por qué mintió la niña?

James se encogió de hombros.

—Quién sabe. Los niños y los adolescentes mienten por todo tipo de razones. Tal vez fue la emoción del momento, tal vez estaba asustada. Nunca se investigó a fondo. El inspector insistió en ello, pero, ¿quién iba a creerse que una pequeña de un metro y treinta centímetros pudiera ser capaz de tanta brutalidad? ¿O de asesinar a dos adultos sin que estos opusiesen resistencia?

Otto se cruzó de brazos, su expresión se endureció.

—Supongo que es más fácil para todos creer que fue el subteniente Faure, ¿verdad?

James guardó silencio por un momento antes de responder.

—Sí, supongo que sí. Pero no soy yo quien decide quién es culpable y quién no.

Benjamin se recostó en su silla, su rostro adquirió una expresión sombría. Su mirada se perdió en la oscuridad del bar. La conversación se desvaneció, dejando a los tres hombres sumidos en sus propios pensamientos. La verdad de lo que sucedió hace treinta y tres años todavía era un enigma sin resolver.

Cuando el policía, poco después, anunció que se marchaba, Otto y Benjamin se quedaron solos en el ruidoso bar, con el informe policial extendido sobre la mesa. Aunque el humo de los cigarrillos empañaba el aire y las luces parpadeantes de neón apenas iluminaban el local, se sumergieron en la lectura de los detalles del caso.

En las páginas amarillentas, la tragedia de la familia Durán cobró vida. Evidencias, testimonios, fotos en blanco y negro de la escena del crimen. Cada página era un pedazo de un puzzle desordenado que aún necesitaba ensamblarse. Pero no había pruebas concluyentes. Ningún rastro, ninguna huella digital, nada que vinculara a Carla Durán directamente con el crimen. Pese a todo, el que mintiera acerca de la hora de llegada a casa era una sombra perturbadora en el perfil de la pequeña.

—Carla Durán pudo haber visto algo o incluso hecho algo… —murmuró Otto, su voz apenas audible sobre el ruido de fondo.

—O quizás sabía quién lo hizo y por qué —agregó Benjamin, su voz ronca y tensa.

Otto levantó la vista del informe y miró al subteniente Faure. Había un brillo en sus ojos que Otto no había visto antes, una mezcla de esperanza y temor.

—Tenemos que encontrar a Carla Durán —afirmó Otto, mientras guardaba el informe en un maletín—. Ella es la única que puede responder a nuestras preguntas.

El camino hacia la verdad se volvía cada vez más claro, aunque no menos tortuoso. Tenían que encontrar a Carla Durán, enfrentarse a un pasado oscuro y, tal vez, descubrir una verdad que cambiaría para

siempre la vida de Benjamin.

—¿Qué recuerdas de los Durán? —preguntó Otto cuando cerró su maletín.

—No mucho más de lo que has leído —respondió Benjamin—. Emilio, su mujer y sus hijas se expresaban en una mezcla de tagalo e inglés. Nunca supe lo que hablaban entre ellos porque por entonces acababa de llegar de Francia y, aunque mi padre era filipino, yo no conocía el tagalo más allá de tres o cuatro frases. Había decidido establecer mi residencia aquí y estaba aprendiendo el idioma cuando me alisté. Así que no entendía gran parte de lo que hablaban. O muy poco. Pero percibí tensiones en la familia. La mujer no le trataba con respeto y la hija menor le gritó en más de una ocasión. En ese momento no presté atención a estos hechos, pensé que no eran de mi incumbencia y sigo pensando que no lo eran. Le he dado vueltas en la cabeza a todo esto miles de veces y si vi algo que pueda ser una pista útil, no lo recuerdo.

—La familia Durán... —murmuró Otto, acariciando el borde de su vaso vacío—. Según el informe, Emilio Durán era un hombre respetado en la comunidad.

Benjamin asintió, frunciendo el ceño como si estuviera tratando de recordar detalles hace mucho tiempo olvidados.

—Emilio tenía un aire de dignidad y sus vecinos hablaban bien de él. Siempre me trató con cortesía, aunque nunca llegamos a ser íntimos. Pero su esposa, Jennifer, y su hija más pequeña, Virginia, parecían tener una animosidad hacia él que no lograba entender. Ya te lo he dicho antes.

Benjamin hizo una pausa, su mirada perdida en algún lugar lejano.

—Carla era diferente —continuó después de un rato—. Era más silenciosa, más reservada. No parecía tener la misma animosidad hacia su padre. Siempre me pregunté si era por su edad o si realmente tenía una relación más cercana con Emilio.

Otto asintió lentamente, procesando la información. La dinámica familiar de los Durán se estaba volviendo cada vez más intrigante.

—Si es cierto que Carla llegó a casa mucho antes de lo que dijo, es posible que haya visto algo o que sepa más de lo que reveló en su momento. La pregunta es, ¿por qué mintió sobre su hora de llegada? ¿Tenía algo que ocultar o estaba tratando de proteger a alguien?

Benjamin se encogió de hombros, sus ojos llenos de pesar y confusión.

—No lo sé, Otto. Solo espero que podamos encontrarla y que esté dispuesta a hablar con nosotros.

El aire en el bar se volvió más pesado, lleno de preguntas sin respuesta y secretos enterrados durante décadas. Pero había una

determinación nueva en los ojos de ambos hombres. La búsqueda de la verdad estaba lejos de terminar, y sabían que solo avanzando podrían encontrar las respuestas que buscaban.

—¿Podrías hablarme más de Carla?

Benjamin respiró hondo, sus ojos se perdieron en la distancia.

—Llegaba de la escuela a la hora en que yo debía marcharme a la base por el toque de queda. Muchas veces llegaba después de que yo me hubiera ido. Apenas la vi unas pocas veces. Era una niña, casi una adolescente, y yo estaba concentrado jugando al ajedrez con mi amigo. Ni siquiera en 1945 habría sabido reconocerla entre un grupo de jóvenes de su edad.

Otto se levantó y pagó las consumiciones. De vuelta al coche, le dijo a Benjamin con rostro serio:

—Ya una vez me tuve que enfrentar no solo a uno, sino a un grupo de varios niños asesinos. No es algo imposible. En una investigación, todo el mundo es sospechoso.

Mientras el Observador conducía de vuelta a Baguío, Benjamin reflexionaba sobre la posibilidad de que una niña fuera quien le había condenado a una vida de olvido, a perder su carrera como aviador, a perder a su familia y su propia condición de ser humano. Una niña capaz de aplastar la cabeza de su padre con un martillo y luego apuñalar a su madre y a su hermana menor hasta la muerte, acabando con toda su familia. Parecía algo increíble.

El silencio en el coche se volvió denso, casi palpable. Las palabras de Otto, "en una investigación todo el mundo es sospechoso", resonaban en su cabeza. Había una lógica fría y brutal en aquel aserto. Benjamin miró por la ventana, los hermosos paisajes de la isla de Luzón pasando rápidamente a su lado.

Se encontró recordando los detalles fugaces de su tiempo en la casa de los Durán. Las miradas esquivas, los silencios cargados, la tensión que a veces flotaba en el aire. ¿Había visto algo, un indicio, un gesto, una mirada, que pudiera haber sugerido que Carla Durán era capaz de un acto tan monstruoso? ¿Había algún signo que había pasado por alto, ignorado o simplemente olvidado?

Pero los recuerdos eran borrosos y distantes, como fotografías descoloridas. No pudo recordar nada que le pareciera sospechoso, nada que apuntara a Carla Durán como a una asesina. Tal vez estaba buscando en el lugar equivocado, tal vez estaba dejándose llevar por las palabras de Otto. O tal vez, como decía el Observador, todo el mundo era sospechoso, y simplemente no había sabido verlo.

La carretera ante ellos se desdibujaba en la oscuridad mientras la noche caía, y Benjamin se hundió en sus pensamientos, atormentado por mil preguntas sin respuesta. Solo el tiempo, y la investigación que llevarían a cabo, podrían decir si su condena había sido obra de una

niña de trece años. Y esa era una perspectiva que le helaba la sangre.

Mientras la negrura se apoderaba del paisaje filipino. Benjamin se hundió más profundamente en el asiento, su mirada perdida en las sombras que se cernían fuera del coche. El mundo exterior se desvaneció hasta convertirse en una mera sugerencia, una presencia borrosa en la periferia de su conciencia.

Como siempre que la realidad le superaba, rompió a soñar. Su mente se desplazó de la carretera oscura y serpenteante a la luz del día y al ruido ensordecedor de los motores de avión. Se vio a sí mismo de nuevo en la base Clark, uniéndose a su escuadrón como miembro de pleno derecho. Se imaginó combatiendo en misiones de apoyo a tierra, o capturando a soldados japoneses pistola en mano. Soñó con bombardear en picado el puerto de Karenko y con escoltar convoyes aliados en el Mar del Norte de las Filipinas.

Aquellas eran algunas de las misiones que sus compañeros pudieron realizar, misiones que él, desde el olvido de su celda, había sido condenado a soñar tan solo. Añoraba el chillido del viento contra la cabina y la adrenalina que inundaba su cuerpo cada vez que despegaba. Añoraba la camaradería de sus compañeros de escuadrón, las risas compartidas y los temores confesados en las horas oscuras antes del amanecer.

Benjamin, cegado por la fantasía, se quedó dormido y su respiración se volvió rítmica y profunda.

Otto, al volante de su Chevrolet, se volvió un par de veces para contemplar a su compañero. Pudo ver los párpados cerrados de Benjamin, las arrugas de preocupación que habían desaparecido en la relajación del sueño. Y entonces el subteniente Faure habló, sus palabras un murmullo apenas audible.

—Pinte los números, capitán, pinte mis dos números debajo de la insignia. Por favor. Necesito pilotar uno de esos P-47D Thunderbolt.

Era una súplica, un eco de un deseo antiguo y profundo que aún persistía en las profundidades de la mente de Benjamin. Otto chasqueó la lengua, sorprendido ante la intensidad del sueño de su amigo. Ojalá le quedase en el alma un atisbo de humanidad para sentir lástima por aquel hombre. Pero él, al contrario que su amigo, no vivía en el pasado.

Había dejado atrás al Otto Weilern que había sido. Ese hombre había muerto, quemado hasta convertirse en cenizas bajo el peso del arrepentimiento y la culpa. Y el hombre que había renacido de esas cenizas, el Observador, no se dejaba llevar por las emociones. Había aprendido a encerrarlas, a encadenarlas en un rincón oscuro de su mente.

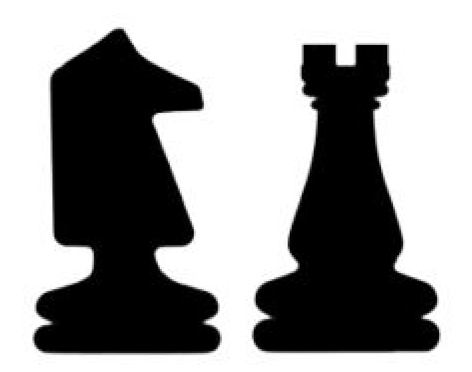
Miró de nuevo a Benjamin, quien dormía pacíficamente a su lado, y de repente, el coche frenó en seco. El subteniente abrió los ojos

sobresaltado y descubrió que estaban en el aparcamiento del Pines Hotel.

—Hemos llegado —le informó el Observador—. Tengo trabajo que hacer. Continuaremos con esta investigación otro día.

CAPÍTULO 12

El mejor se enfrenta a un genio



—¿Ha apostado por Karpov? —preguntó el señor Dimatulak tan pronto como Otto entró en el recinto del campeonato.

—No, de momento no.

—Pues debería hacerlo, Observador. Mi señora rara vez se equivoca, ya se lo dije. Sobre todo con las personas. Ella sabe juzgar a todo el mundo. Intuye cosas. Tal vez tenga poderes como ese parapsicólogo ruso —añadió, soltando una carcajada.

Otto sonrió educadamente, aunque no compartía el entusiasmo del señor Dimatulak por las habilidades de su esposa.

—Bueno, la intuición es una herramienta útil, pero prefiero basar mis decisiones en hechos concretos. Aunque, claro, siempre está esa chispa de incertidumbre que hace la vida interesante —respondió.

Dimatulak se echó a reír, dándole una palmada amistosa en el hombro.

—¡Muy bien dicho, Observador! Nunca se sabe, la vida puede sorprenderte. Solo piense en el joven Fischer. ¿Quién habría pensado que llegaría tan lejos un americano medio loco?

—Es cierto —admitió Otto, pensativo—. El talento y la dedicación pueden llegar a superar cualquier impedimento.

Ambos hombres continuaron su conversación, intercambiando anécdotas y reflexiones. Otto le dio las gracias a su interlocutor por el contacto con James Uriarte, el policía que tenían a sueldo. Mientras hablaban un zumbido expectante rodeaba el recinto del campeonato de ajedrez.

—Karpov —insistió entonces Ramón Dimatulak, volviendo al tema central de su conversación—. Ese es el hombre. No lo olvide. Y tampoco debe olvidar que a nuestros jefes no les gustará que fracase. Todo esto hubiera funcionado mejor si hubieran entregado el caso a agentes locales, no a una vieja gloria como usted.

Así que era eso. A los Dimatulak la CIA les había encargado vigilarle en lugar de solucionar el asunto ellos mismos. Aquella decisión había herido su orgullo.

—No se preocupe, amigo mío. Todo saldrá bien —intentó tranquilizarle Otto.

El alemán miró a su interlocutor. Sus ojos oscuros, siempre observando y analizando, rara vez se enturbiaban con la ira o la frustración. A diferencia de su esposa, Ramón hablaba poco. Prefería escuchar y observar, reservando sus palabras para cuando realmente importaba. Y parecía que aquella era una de esas raras ocasiones en las que Ramón Dimatulak pensaba que hablar era necesario.

—Lo dudo. Karpov vencerá y usted quedará en evidencia. Tiempo

al tiempo —pronosticó con convicción, dando el asunto por zanjado.

Las siguientes partidas parecieron darle la razón. Después de varios empates, Korchnoi perdió la decimotercera, la decimocuarta y la decimoséptima partidas, logrando un punto solo en la undécima. El marcador reflejaba cuatro puntos a uno y Zukhar, desde la séptima fila, continuaba frotándose las sienes y observando la nuca del aspirante. El viejo maestro a veces se giraba y miraba a su adversario en la sombra con enojo. Incluso llegó a contratar a un “contraparapsicólogo” para que se enfrentasen los poderes mentales de ambos, un tal doctor Vladimir Bergina.

Como si todo esto no fuera suficiente, Korchnoi y Karpov comenzaron a insultarse cuando este último, al concluir un movimiento, desplazó su silla produciendo un ruido que perturbó la concentración del veterano maestro.

Sin embargo, a pesar de la tensión en el ambiente y las adversidades que parecían acumularse contra Korchnoi, este no se rendía. Continuaba enfrentándose a Karpov con una determinación férrea, sin dar muestras de querer abandonar. Los espectadores asistían, fascinados, a este duelo de titanes en el que cada jugada se convertía en un auténtico combate mental. Pero Otto, desde su posición privilegiada, podía ver más allá. No solo veía un enfrentamiento entre dos grandes maestros del ajedrez, sino también una lucha contra las adversidades, contra los prejuicios y contra la propia debilidad. Y, en esa lucha, Otto veía reflejado su propio combate contra sí mismo.

—Eres basura —dijo Korchnoi.

—Traidor —replicó Karpov.

—Paranoico vendido al Kremlin, desmontaste mi silla, una preciosa Stollgiroflex verde oscuro, y la pasaste por rayos X buscando dispositivos ocultos. Eres igual que esos idiotas de la KGB que ven conspiraciones en todas partes.

—Y tú ves mentalistas que influyen en tu juego con su poder mágico. Eres patético.

Los jueces tuvieron que intervenir de nuevo para evitar que aquel evento empezara a parecer más un circo que un deporte.

—Por favor, señores. Un poco de educación. Estamos en un campeonato del mundo. Antes de que comenzara la primera partida, la silla personal de Korchnoi, una Stollgiroflex verde oscuro, había sido desmontada a petición de Karpov y examinada con rayos X en busca de dispositivos ocultos. El genio de los Urales había quedado en ridículo ante la opinión pública, algo que le había enfadado enormemente; por lo que ahora se entregaba a juegos tan pueriles como responder a los insultos de su adversario.

Una noche, cuando Otto vio a Korchnoi bajar del escenario

camino de su hotel, distinguió en sus ojos una ira profunda y extraña, casi mística. Desde el principio, los rusos, sus antiguos camaradas, le habían menospreciado hasta el punto de no permitir que colocara en la mesa la bandera de Suiza, donde ahora residía. Todavía no tenía la nacionalidad y técnicamente era un refugiado y un apátrida. Así que jugó sin bandera. A esas alturas del enfrentamiento, perdía el campeonato cuatro a uno y se sentía solo y desamparado.

En momentos como aquel estudiaba los libros y partidas de Emanuel Lasker, el maestro de ajedrez decimonónico que había inspirado su forma de jugar, repleta de pragmatismo, instinto y decisiones complejas tomadas desde la erudición. Por su parte, Karpov era un mecanismo vivo de relojería, percibía cuándo su mente necesitaba un descanso y podía proyectar cuatro o cinco partidas tranquilas en las que defenderse y forzar un empate. Korchnoi asumía riesgos, podía conseguir una victoria inesperada o cometer un error que le llevara a la derrota. Fue el último ajedrecista que jugaba todas sus partidas para ganar, esforzándose al máximo en cada una de ellas. Karpov era una computadora antes de que las computadoras se hicieran reales para el ciudadano medio. No cometía errores graves y sabía que se enfrentaba al último maestro clásico, alguien lo bastante heterodoxo como para no parecerlo. Pero, en el fondo, Víktor Korchnoi era la reencarnación de Lasker, solo que un poco más chiflado y extremadamente individualista. Sus dos años en Occidente, bien es verdad, habían pulido su estilo; Korchnoi consiguió racionalizar sus movimientos y cometía muchos menos errores graves. Al salir de la Unión Soviética se había quitado una espina que le impedía terminar su evolución. Víktor Korchnoi era el mejor ajedrecista vivo. Anatoli Karpov era un genio, el primer computador vivo. Por ello, en Filipinas asistía el mundo del ajedrez a un enfrentamiento que marcaba el fin de una era, no solo a nivel político con la próxima desaparición de la Guerra Fría y el telón de acero, también en lo deportivo se vivía un punto y aparte en la historia del ajedrez, el comienzo de la era moderna. Y su primer apóstol sería Karpov. Lo que encolerizaba todavía más al pobre Korchnoi.

Todo esto bullía en la cabeza del viejo maestro cuando volvió a tomar asiento en su lado sin bandera, el día dos de septiembre. Todo el mundo sabía que solo en una ocasión (Steinitz en 1886) un maestro había ganado el campeonato del mundo estando tres partidas abajo. Los soviéticos, con el embajador ruso en Filipinas a la cabeza, sonrieron satisfechos al descubrir el dolor en la mirada del exiliado.

Pero Otto Weilern no se sentía en absoluto feliz. Aquellos ojos le recordaban la mirada perdida del subteniente Faure. La misma soledad, la misma pérdida de la patria, el mismo vacío. Pero había algo más, algo que le resultaba aún más familiar y desolador. Había

una chispa de rebeldía en esos ojos, la misma chispa que había visto en tantos que habían luchado y perdido ante la implacable maquinaria de la guerra y la política. Era la chispa de quienes, a pesar de todo, se negaban a rendirse, a aceptar su destino.

La mirada de Korchnoi era la de un hombre que, a pesar de estar en desventaja, no estaba derrotado. Esa mirada le recordaba su propia resistencia durante la guerra mundial, su negativa a aceptar el destino que parecía inevitable. Observó a Korchnoi, con su postura erguida y su mirada desafiante, y sintió un renovado respeto por el viejo maestro. Su determinación, su resistencia, su negativa a rendirse eran un recordatorio de lo que significaba ser humano, de la capacidad de aguantar hasta el desfallecimiento a pesar de las circunstancias más adversas.

Otto Weilern observó el tablero de ajedrez desde aquella nueva perspectiva. El campeonato no era solo un juego, era una lucha por la dignidad, por el derecho a existir a pesar de las maquinaciones de los poderosos.

La señora Dimatulak se le acercó poco después en el pasillo, mientras Otto caminaba hacia su habitación en el hotel.

—El campeonato avanza y cada vez se presentan más obstáculos, señor Weilern. Cada vez hay más gente, más medios de comunicación y otros "observadores" como usted que podrían estar vigilando lo que nosotros hacemos.

Las gradas se habían llenado de gurús que intentaban crear un clima favorable a Korchnoi y hacerle olvidar la presencia del parapsicólogo y sus poderes perversos. Destacaban varias sectas religiosas vestidas con túnicas de color azafrán, colocadas en la posición del loto delante de la delegación soviética, intentando interferir con sus ondas cerebrales. Había gente por todas partes y eso no podía ser bueno para los intereses de la CIA.

—Esto un circo —reconoció Otto.

La señora Dimatulak asintió lentamente.

—Tiene razón, señor Weilern. No puedo evitar preocuparme por todo este alboroto. Nunca había visto un campeonato de ajedrez con tantas distracciones.

Otto se quedó mirándola por un momento antes de responder.

—Estoy de acuerdo, señora Dimatulak —dijo finalmente—. Pero seguimos teniendo el control de la situación. No debemos permitir que todas estas distracciones nos desvíen de nuestro objetivo.

La señora Dimatulak asintió de nuevo, aunque una extraña emoción se estaba reflejando en su rostro. ¿Ironía? ¿Hilaridad? ¿Qué era lo que le hacía gracia?

—Todo saldrá bien —le aseguró el Observador.

Cristina miró en derredor con una mirada escrutadora que

buscaba oídos indiscretos. No los halló y, mientras jugueteaba con la pluma de avestruz de su sombrero como si esta fuese una antena sintonizadora de ondas cerebrales, prosiguió:

—La caja de cerillas es simplemente una caja de cerillas. Se le han hecho pruebas de todo tipo. No contiene un lanza rayos cerebrales ni ningún otro dispositivo. Ni siquiera cerillas. Estaba vacía y usted se ha equivocado. Mi compañero ya le advirtió que a nuestro jefe no le gustan las equivocaciones. ¿Ha considerado la posibilidad de que Zukhar tenga realmente poderes y estemos aquí perdiendo el tiempo? Ese hombre siempre está rodeado de una nutrida escolta. No podríamos raptarlo ni aunque fuésemos tan insensatos como para intentarlo. Si realmente Zukhar es un mentalista... adiós a su dinero, amigo mío —sentenció Cristina Dimatulak—. Y por supuesto, también a su reputación de no haber fallado jamás en ningún caso.

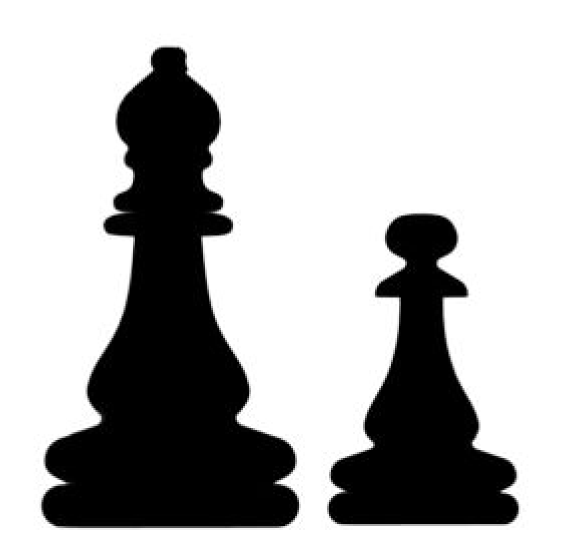
—Mi reputación no me importa.

—Eso es lo que me preocupa de usted, señor Weilern —dijo Cristina—. No sé qué le importa. No creo que nadie lo sepa. Ni siquiera usted mismo.

Y dicho esto se alejó sin darle la oportunidad a su interlocutor de pronunciar una sola palabra más. Su 'antena' oscilaba de izquierda a derecha, como un péndulo ominoso que marcara el final del tiempo que le restaba a Otto para descifrar aquel enigma.

CAPÍTULO 13

Una niña de cuarenta y seis años



El misterio en torno a Zukhar y sus supuestos poderes mentales no progresaba satisfactoriamente. Otto se encontraba preocupado y su sueño se veía afectado. Sin embargo, hacía tiempo que había descubierto una pequeña argucia mental que le permitía elevar su intelecto a altos niveles de abstracción y, a menudo, le ayudaba a resolver los casos más complejos. El truco era bastante sencillo: desviar su atención hacia un misterio diferente durante un tiempo. Cuando volvía al misterio original, lo abordaba desde una perspectiva fresca que a menudo resultaba ser la correcta.

Por lo tanto, intentó encontrar a Benjamin para centrarse en el asesinato de los Durán. Sin éxito. El antiguo subteniente de la fuerza aérea filipina había desaparecido durante varios días mientras leía y releía el informe de la policía, intentando llevar a cabo sus propias investigaciones. Sin embargo, estas eran inviables porque no disponía de dinero, lo cual le impedía moverse con libertad por la isla. Además, debía rendir cuentas a su oficial de libertad condicional y no podía ausentarse de Baguío durante demasiado tiempo. Cada noche tenía que dormir en una de las pensiones supervisadas por las autoridades.

Benjamin estaba desesperado, pero parecía calmado y tener todo bajo control. Una máscara que en cualquier momento podía romperse.

Una tarde, al regresar al Pines Hotel en busca de Otto, se encontró con una sorpresa. Otto estaba en el bar, pero no estaba solo. A su lado se hallaba James Uriarte, el policía corrupto que les estaba ayudando con el caso. Por lo visto, su amigo alemán estaba llevando a cabo sus propias pesquisas.

—Habéis encontrado a la niña, ¿no es así? —dijo Benjamin, sintiendo cómo se aceleraba su pulso.

—En efecto. Aunque ya no es una niña. Ahora debe tener cuarenta y seis años —anunció James en el momento en que el subteniente Faure se sentó a la mesa.

—Precisamente de eso estábamos hablando —informó Otto, lanzándole una mirada de soslayo. No había podido avisar a Benjamin de la visita del policía. Pero el destino quiso que el convicto estuviera presente: las Parcas seguían acomodando en un gran tablero de ajedrez cósmico los peones, alfiles, torres, caballos, reinas y reyes de aquel misterio.

James pidió una cerveza fría y permaneció en silencio hasta que el camarero se la sirvió en la mesa. Luego dijo:

—Carla Durán fue adoptada por un familiar, un primo de su padre fallecido, y su esposa en 1947. Hasta ahí, la cosa no parece tener demasiado interés. Como la pareja no tenía hijos, se convirtieron en

una familia feliz y ahí debería terminar el cuento.

—Si esto fuera un cuento y no la vida real —intervino Otto.

James sonrió y nuevamente permaneció en silencio mientras una camarera le servía una sopa de tamarindo. La sorbió ruidosamente y sin prisas, luego continuó:

—El primo de la niña, Marvin, estaba casado con una mujer llamada Charlene Balani. La mujer fue asesinada en 1950, justo cinco años después que la familia Durán. Y de la misma forma que la madre y la hermana de la niña: a machetazos.

En el informe que tenía Benjamin, se decía que, tras aplastar la cabeza del padre con un martillo, el resto de la familia había sido masacrada con un "bolo", el machete tradicional filipino que los campesinos y agricultores utilizaban para todo tipo de tareas, desde tallar madera hasta cortar caña de azúcar.

—En el segundo caso, el de Charlene Balani, se sospechó de un ladrón o un asesino desconocido. Nunca fue encontrado.

—Demasiada coincidencia —dijo Benjamin en un hilo de voz.

—Eso mismo pienso yo —respondió James.

—¿Por qué nadie ha vinculado nunca los dos casos?

—Bueno —opinó James después de sorber otra cucharada de sopa —, hablamos de dos homicidios separados por varios años. Dos familias distintas, aunque en ambas haya un miembro que se repite, un asesinato en la isla de Luzón y el otro en Mindanao, en uno de los enclaves más al sur de Filipinas. Esto no son los Estados Unidos o Europa, aquí no estamos acostumbrados a los asesinos en serie y prácticamente no hay criminalidad, excepto por el narcotráfico. Los policías filipinos somos gente sencilla que ama los placeres sencillos.

Mientras decía esto último, cogió un sobre abultado que le había dejado Otto sobre la mesa y, tras dar el último trago a su cerveza, inclinó la cabeza hacia sus dos interlocutores y se marchó. Parecía que esa era la forma habitual de actuar del policía. Daba la información, cobraba y desaparecía a la menor oportunidad.

Benjamin se quedó a solas con el Observador, reflexionando ambos sobre el caso.

—¿La policía va a investigar de nuevo estos crímenes? —preguntó Benjamin —. ¿Van a reabrir el asesinato de esa tal Charlene y más tarde el mío? ¿Podré ser un día exonerado y limpiar mi nombre?

—La respuesta a las tres preguntas es no —respondió Otto sin asomo de duda—. Si lo hicieran, pondrían en peligro la primera investigación, admitiendo que se equivocaron hace treinta y tres años al meterte en la cárcel, condenando casi de por vida a un inocente. En países como este, no tienen lugar rectificaciones que pongan en ridículo a las autoridades. No encontrarás satisfacción en los cuerpos policiales de Filipinas. Supongo que esa no era tampoco la

compensación que estabas buscando.

—Solo busco la verdad. Solo busco saber lo que pasó y poder dormir por las noches.

Otto, que seguía con sus propios problemas para conciliar el sueño, asintió lentamente y tendió una hoja de papel a su amigo.

—Carla vive en el sur de Mindanao, en la isla de Samal. Ahí tienes la dirección. Aunque es antigua, de al menos tres años. No sabemos si todavía vive allí.

Benjamin miró la caligrafía apretada del policía, que debía haber entregado la hoja a Otto antes de que él llegase. Por desgracia, la isla de Samal estaba muy lejos: casi dos mil kilómetros. Las Filipinas eran una suma de siete mil islas, algunas tan lejanas como aquella. Uno de los lugares del planeta menos aptos para viajar cuando no se tiene dinero. En avión se necesitaban cuatro horas para llegar a Samal, pero encadenando autobuses y barcos podía necesitarse más de un día. De cualquier forma, Benjamin no podía pagar ni una cosa ni la otra.

—Yo no puedo costearme un viaje hasta allí, en realidad hacia ninguna parte. ¿Cuándo iremos, Otto?

El Observador se encogió de hombros.

—Como bien sabes, aquí tengo mis propias preocupaciones. Dentro de unos días seguramente, tal vez durante una pausa larga en las partidas. Pero te prometo que iremos, yo también quiero saber qué pasó y cómo termina esta historia. Casi tengo tanta curiosidad como tú.

Aquello le bastó a Benjamin, que había esperado más de treinta años y podía esperar unos pocos días. O, al menos, podía aparentar que le bastaba, ocultar su desesperación y ponerse la máscara de hombre sereno y pacífico que siempre lucía.

—De acuerdo —dijo, sencillamente.

Y como advirtió que su interlocutor estaba distraído y no quería hablar ya de ninguno de ambos casos, ni del misterio del asesinato de los Durán ni del campeonato del mundo de ajedrez, volvió a contarle anécdotas de la época en la que era un aviador. Benjamin le habló del entrenamiento en Estados Unidos, del campo Randolph en San Antonio, Texas, del primer avión en el que voló, un AT-6, y de la transición a aviones de combate que hicieron con un viejo P-40.

Otto no entendía nada de aviones ni de sus especificaciones técnicas, pero se sonreía al advertir la pasión con la que el otrora subteniente Faure hablaba de aquellas refulgentes aves de metal, que le vinculaban al mejor momento de su vida.

Y empezó a recordar Benjamin el viaje de más de un mes desde Pittsburgh, California, hasta la bahía de Manila: días de concordia entre los pilotos, de canciones cantadas a coro y de largas partidas de cartas.

—Fui detenido la noche del dieciséis de mayo de 1945 —concluyó Benjamin—. Justo un día antes de que comenzase el entrenamiento final antes de las misiones de combate. Nunca llegué a pilotar un P47D en el cielo de estas islas. Eso es lo que más me duele. No sé si puedes entenderlo. Es como si no solo se me hubiese arrebatado mi vida sino también el que debía ser el punto culminante de la misma. Si hubiese llegado a combatir, para lo cual me había entrenado y preparado, si hubiese llegado a servir a mi país de adopción y concluir esta etapa de mi vida, tal vez no sentiría este vacío tan grande en mi alma. Pero vine aquí para nada, solo para entrar en prisión y que me lo robaran todo.

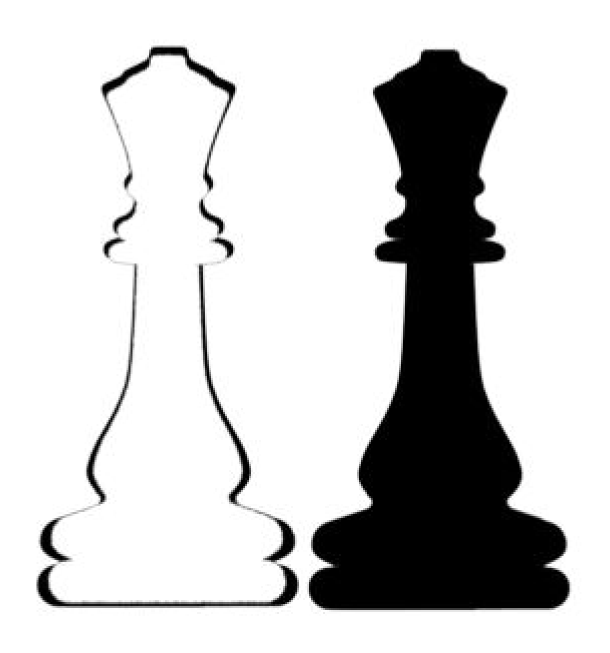
—A menos, claro, que tú seas realmente el asesino. Entonces nadie te habría robado nada.

Benjamin bajó la cabeza. Quería creer que era inocente pero lo cierto es que seguía sin recordar. Por fin las pruebas apuntaban hacia otra persona y él deseaba que una niña de trece años hubiese matado a martillazos y a machetazos a su familia, para luego hacer lo mismo con la esposa de la familia que la adoptó. Tal vez era una forma demasiado complicada y fantasiosa de no aceptar su responsabilidad.

—Si soy culpable y realmente fui yo quien arrebató las vidas de esa pobre gente, y con ese acto destruí mi destino, mi identidad y todo por lo que había luchado, también quiero saber por qué lo hice. —Los ojos de Benjamin brillaban, a punto de estallar en lágrimas—. Quiero saber qué pasó aquella tarde en la que murieron los Durán. Necesito saberlo.

CAPÍTULO 14

Hasta que se hace la última jugada



Se reanudó el campeonato del mundo de ajedrez con la decimoctava partida. Otto obsequió a Benjamin con unas entradas, lo más lejos posible de los Dimatulak. Durante los descansos, charlaron sobre los movimientos de los maestros, a pesar de que el Observador apenas tenía conocimientos sobre el juego.

—Fíjate, Otto —dijo Benjamin, señalando hacia el tablero de ajedrez en el escenario—. En esta decimoctava partida, Korchnoi ha decidido jugar la Defensa Pirc por primera vez en el torneo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Otto con una mezcla de confusión y curiosidad.

—Es una estrategia defensiva que se utiliza para desviar la preparación de Karpov. Se trata de cambiar constantemente las defensas con las negras para confundir al oponente —explicó Benjamin.

Otto asintió, comenzando a entender un poco más sobre la estrategia de juego.

—Pero parece que Karpov ha introducido varias innovaciones en su juego para contrarrestarlo —continuó Benjamin, señalando una movida en el tablero—. Korchnoi tiene una posición dudosa.

—¿Entonces está en problemas? —dijo Otto, frunciendo el ceño, preguntándose si una nueva derrota precipitaría el final de Korchnoi y, por extensión, el de su trabajo para la CIA.

—Podría parecerlo, pero creo que Korchnoi logrará salvarse tras el aplazamiento. Su juego en los finales de partida es realmente hábil —dijo Benjamin.

Los siguientes minutos estuvo señalando los movimientos ya realizados en el tablero y simulando otros que pensaba iba a realizar el veterano maestro. Otto asintió, admirado por el conocimiento del juego de su amigo, perfeccionado tras treinta y tres años de soledad en la prisión de Baguío.

—Así que aún tiene posibilidades de ganar, ¿no es así? —preguntó Otto, con una renovada esperanza en su voz.

—Como mucho, empatará. Pero creo que no perderá, que supongo que es lo que más te preocupa en este momento —concluyó Benjamin con una sonrisa, complacido al ver a su amigo lanzar un suspiro de alivio.

De hecho, después de la partida, varios maestros reconocidos elogiaron la habilidad con la que Korchnoi evitó un nuevo desastre.

Otto se sintió feliz por haber invitado al subteniente Faure al auditorio. Estaba cansado de los Dimatulak y, si tenía que escuchar un monólogo sobre ajedrez, prefería que fuera de los labios de su amigo y no de los de Cristina y su sombrero de plumas de avestruz. El

Observador pensaba:

Korchnoi, el exiliado, el apátrida, me recuerda a Benjamin. Por el contrario, el frío y cerebral Karpov me recuerda a mí mismo.

Y Zukhar, ¿a quién se parecía? ¿Cómo conseguía influir en el viejo maestro? ¿Lo hacía realmente o era todo un elaborado engaño?

Otto reflexionó sobre cuánto sabía de aquel caso durante los empates de las partidas dieciocho, diecinueve y veinte. La partida número veintiuno comenzó sin mayores sobresaltos, con todo el auditorio convencido de que presenciarían otro empate.

Desde su asiento en la fila siete, Zukhar bebía su agua con gas. Puntualmente, cada hora o cada hora y media, Irina le traía una nueva botella. Luego se sentaba a su lado y comenzaba un extraño ritual que Otto no podía dejar de observar, hechizado: la joven, una vez más, se puso a golpear la caja de cerillas en la palma de su mano con un ritmo casi hipnótico.

Había algo en la precisión del golpeteo, en la cadencia regular y constante, que lo desconcertaba. No era simplemente un sonido aleatorio, sino que parecía seguir un patrón, una secuencia que, por más que intentaba, el Observador no lograba descifrar.

La incertidumbre carcomía a Otto por dentro. Había algo en esa caja de cerillas, en ese golpeteo constante, que no encajaba, que no tenía sentido. Pero la caja estaba vacía. No había cerillas, ni artilugio alguno ideado por los rusos. La CIA lo había demostrado. Pero ahora la asistente de Zukhar estaba golpeando otra caja distinta. ¿Acaso Otto había robado la caja de cerillas que no era?

Otto se sentía desconcertado.

Mientras, en el escenario, Karpov manejaba las blancas, Korchnoi las negras. Defensa Caro-Kann. Korchnoi se lanzaba agua fría en los ojos en repetidas ocasiones para agudizar su concentración. Ese gesto peculiar y su rostro salpicado de gotas descentraron a Karpov. El ajedrez es un juego de inteligencia donde todo tiene importancia y cualquier cosa puede desconcentrar al rival. Ver a Korchnoi arrojándose agua en la cara le pareció tan absurdo al joven maestro que perdió el hilo de sus pensamientos. Karpov jugó probablemente la peor partida de todo el campeonato. En el tablero gigante donde un asistente anotaba los movimientos, todos los presentes observaron atónitos la derrota del campeón.

—Cuatro partidas a dos. Quince empates —comenzó Benjamin, mirando a Otto con una expresión pensativa—. Karpov aún necesita dos puntos para ganar.

Otto se mordió el labio inferior.

—Sí, pero Cristina y Ramón Dimatulak están convencidos de que Karpov será el ganador.

Benjamin se encogió de hombros, su mirada perdida en el tablero

gigante del campeonato.

—El ajedrez, Otto, es como la vida. Puedes tener aún todas las piezas importantes, el rey, la reina, los alfiles... pero un peón inesperado puede cambiar el curso del juego —dijo, su voz llevaba un matiz de melancolía.

Otto levantó una ceja, intrigado.

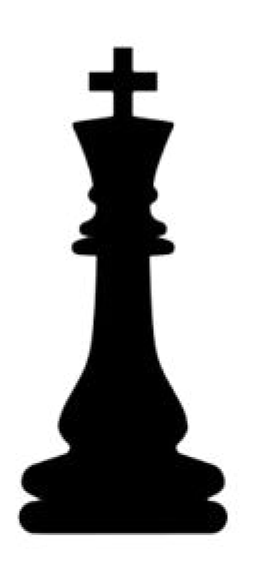
—¿Estás sugiriendo que Korchnoi puede dar la sorpresa?

Benjamin sonrió ligeramente, su mirada ahora se encontró con la de Otto.

—Lo que digo es que, al igual que en la vida, en el ajedrez nada está garantizado hasta que se hace la última jugada.

CAPÍTULO 15

Lágrimas



Los días siguientes no resultaron favorables para el joven Anatoli. El circo que rodeaba el campeonato continuaba sin cesar. Y no parecía que fuera a detenerse pronto.

Durante la partida, Otto se sentó de nuevo con los Dimatulak. Ella lucía uno de sus sombreros extravagantes (en esta ocasión de piel de castor) y ostentaba la sonrisa más cínica imaginable cuando le dijo:

—Los jueces han descubierto que varios miembros de una de las sectas pro-Korchnoi, los Ananda Marga, tienen antecedentes penales relacionados con el intento de asesinato de un embajador indio. Los gurús han sido expulsados de la sala principal.

—Ya veo —dijo Otto, observando a un grupo considerable que se alejaban mientras entonaban cánticos.

Los Ananda Marga eran una comunidad llamativa. Sus túnicas azafrán, casi amarillas, contrastaban con el sobrio ambiente del auditorio. Sus cabellos largos y desaliñados se balanceaban al ritmo de sus salmos y bendiciones. Sus rostros, marcados por profundas arrugas de meditación y ojos brillantes de fervor, denotaban una devoción casi fanática hacia su causa. Llevaban collares de cuentas, cada una supuestamente representando una virtud o un precepto de su fe. Algunos llevaban tamboriles y otros instrumentos, creando una melodía hipnótica mientras se alejaban. Había algo fascinante, aunque ligeramente perturbador, en su entusiasmo y su éxtasis continuo.

—Korchnoi sigue contra las cuerdas y sus pesquisas no dan resultado. De hecho, no parece que haga nada en absoluto. Se limita a mirar las partidas embobado, como un imbécil. Eso nos inquieta, señor Observador —insistió Cristina con un verbo arrogante que rozaba el insulto.

—Nos preocupa mucho lo que está pasando —añadió su esposo, dando un paso adelante y mirando a Otto a los ojos.

La tensión se palpaba en el aire. Otto podía sentir el desprecio de los Dimatulak hacia él, y aunque procuraba mantener la cortesía, era consciente de que su paciencia tenía límites.

—Sé que están preocupados —respondió Otto, manteniendo la mirada firme—. Pero no olviden que esto es solo un juego. Un juego que, al igual que la vida, es impredecible.

Cristina soltó una risa corta y forzada, mientras que Ramón negó con la cabeza, sin ocultar su disgusto.

—Quizás, señor Observador, si se tomara más en serio las cosas, entendería nuestra preocupación —dijo Cristina, su tono lleno de desdén.

Otto sintió una punzada de ira, pero la sofocó rápidamente. Sabía que no podía permitirse perder los estribos.

—Tal vez tengan razón —concedió, aunque sus palabras carecían de sinceridad—. Pero por ahora, les sugiero que disfruten de la partida y me dejen a mí las preocupaciones relacionadas con el campeonato del mundo.

Se separaron. Los Dimatulak con gesto de desconfianza. Otto con gesto de indiferencia.

¿Y cuál era el gesto de Karpov? Era de duda y perplejidad. Anatoli había perdido la confianza en sí mismo. Siempre llevaba una máscara imperturbable que ocultaba lo que estaba pensando. Sus propios asesores a veces se equivocaban y creían que estaba perfectamente cuando en realidad estaba a punto de venirse abajo. Nadie había previsto este giro de los acontecimientos.

Los empates se sucedieron uno tras otro, con el campeón a la defensiva. El Observador percibía el nerviosismo de la delegación rusa en la persona de Zukhar. Entre las partidas veintidós y veintiséis, Otto no dejó de pensar en Karpov. No tardó en darse cuenta de que era Zukhar quien no dejaba de pensar en Karpov. El parapsicólogo ya no se tocaba las sienes tratando de influir en Korchnoi. Miraba a Karpov, al embajador soviético en las partidas a las que asistía, a algún general o a algún alto cargo de la KGB. Intentaba infundir ánimo al joven de los Urales, estaba distraído y a veces se olvidaba de beber su agua con gas. Una mañana, Anatoli apareció con ojeras. Se desataron rumores y se escribieron ríos de tinta. Al parecer, dormía mal por las noches en su habitación del Hotel Pines. La excusa fue un avión que voló demasiado cerca del hotel y lo despertó.

—¿El tipo del aeroplano que volaba de noche sobre el hotel no habrás sido tú? —preguntó Otto a Benjamin durante un receso, esbozando una sonrisa.

—Ojalá —respondió el subteniente Faure, soltando un suspiro profundo.

—El ambiente está tenso —dijo Otto, mirando hacia el escenario —. Karpov no deja de quejarse y, cuando termine la próxima partida, los jueces van a posponer el campeonato por dos días. Entonces, tomaremos un avión a la isla de Samal y resolveremos tu caso.

Las palabras de Otto pillaron por sorpresa a Benjamin, quien, después de un momento de silencio, soltó un sollozo contenido. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Era un hombre que había llevado el peso de una culpa no probada durante más de tres décadas. Ahora, por fin, la posibilidad de una resolución parecía más cercana que nunca.

—Gracias, Otto... —dijo Benjamin entre sollozos—. No sabes cuánto significa para mí...

Otto, viendo a su amigo tan vulnerable, se sintió conmovido. Colocó su mano sobre el hombro de Benjamin en un gesto de consuelo.

—No tienes nada que agradecerme, Benjamin. Somos amigos y estoy contigo en esto. Vamos a aclarar lo que pasó de verdad.

Este momento, lleno de emoción, fortaleció aún más el vínculo entre los dos hombres. La promesa de Otto no sólo implicaba un acto de justicia, sino también un acto de lealtad y amistad. El alemán había dejado atrás su resistencia inicial ante la idea de ayudar a Benjamin. Estaba plenamente implicado en el caso.

Otto vislumbró a Irina en ese preciso momento y decidió que era la oportunidad perfecta para volver a hablar con ella. Quizás fue para evitar aquella atmósfera emotiva con su amigo. Despreciaba las manifestaciones de afecto y sentimentalismo.

—Vuelvo enseguida —anunció.

Benjamin no le preguntó a dónde iba. El Observador tenía que resolver sus propios asuntos antes de poder encargarse de los suyos. Ya estaba recibiendo demasiada ayuda, no podía pedir más.

—Gracias por todo. Voy a ir al bar a celebrar nuestro próximo viaje. He ahorrado un poco de dinero repartiendo propaganda y creo que me alcanza para un par de tragos —dijo el subteniente al ver a Otto alejándose.

El Observador avanzó rápidamente hacia la salida del recinto, dirigiéndose hacia los almacenes donde los camareros recogían las bebidas para los asistentes.

Otto, desesperado por encontrar una solución que no involucrara los poderes de Zukhar, se cuestionaba por qué seguía obsesionado con la relevancia de aquella muchacha que asistía al parapsicólogo.

—Hola —la saludó.

—Espera, te conozco —respondió Irina—. Eres el que chocó conmigo el otro día y me robó la caja de cerillas.

—Fue un error. La recogí con mis cosas. Vine a devolvértela.

—¿Has venido a devolverme una caja vacía?

Antes de que pudiera agregar algo más, Otto se abalanzó sobre ella y la tomó por los hombros.

—¡Suéltame, suéltame! —gimió la muchacha—. No diré nada si me dejas ir. Pero no me hagas daño.

—¿Zukhar tiene realmente poderes mentales? ¡Dímelo o lo lamentarás!

—No lo sé, señor. Lo juro. Solo soy su asistente. Solo eso.

—Eres mucho más que eso. ¿Estáis juntos? ¿Sois pareja?

—Ha insinuado cosas. Me he negado. Pero, ¿a ti qué te importa? Eso no debería interesarle a nadie.

—Yo decidiré lo que es importante. Cuéntame sobre la caja de

cerillas.

—Es una caja de cerillas. Nada más.

—¿Por qué la golpeas una y otra vez?

—No entiendo.

—Así, con el dedo.

Otto imitó el gesto que había visto hacer a la muchacha con el índice de la mano derecha percutiendo la palma izquierda, donde descansaba la caja de cerillas.

—¡No sé! ¡Debe ser un tic! No me daba cuenta de que lo hacía.

Irina comenzó a llorar. Otto observó la escena como si fuera un espectador, como en una película. Vio a una joven asustada respondiendo a las preguntas de un hombre perturbado.

Y el perturbado era él. Toda esa historia sobre Zukhar, sus poderes mentales o la caja de cerillas era una completa tontería. Le arrebató a la muchacha de las manos la nueva caja. Estaba vacía, como la primera. Otto la desmenuzó, la hizo pedazos. No había nada. ¡Nada! Solo era un trozo de cartón.

Los sollozos de Irina se redoblaron.

Algo se rompió en su corazón al escuchar los gimoteos de la muchacha. En su mente, resonaban ecos de un pasado que prefería olvidar: su última misión en Chile, el sonido de las balas, los gritos de desesperación y, por encima de todo, el inconfundible hedor de la muerte. Cada vida que se había apagado, cada crimen que había cometido o permitido, había añadido una piedra a la pesada carga de culpa que llevaba consigo.

Pero había algo más, un recuerdo que revoloteaba en la periferia de su conciencia, escurriéndose como arena entre sus dedos cada vez que trataba de aferrarse a él. Sabía que era importante, quizás incluso crucial, pero se le escapaba una y otra vez, dejándole frustrado y cada vez más agotado.

Poco después, Otto Weilern huía de los almacenes, la cara ardiente de vergüenza. No se dirigió al bar para encontrarse con Benjamin como habían planeado. En su lugar, regresó a su habitación en el hotel, su energía drenada por la confrontación con Irina y la fatiga emocional que le provocaba la culpa y los recuerdos reprimidos. Se echó en la cama y, por primera vez en lo que parecía una eternidad, se permitió descansar. En la tranquilidad de su habitación, se sumió en un sueño profundo y reparador.

Otto pasó un día entero encerrado en su habitación de hotel, inmerso en sus pensamientos. Miraba sin descanso la televisión, observaba la mano velluda de Korchnoi levantarse para mover el peón de dama negro, dando inicio a una nueva partida. Pero su mente estaba en otro lugar, atrapada en el recuerdo de Irina gimoteando de miedo.

"¿En qué me he convertido?" se preguntó. "Vendí mi alma una vez en Chile y ahora parece que la he vuelto a vender a la misma gente. Tal vez mi alma vale tan poco, o la he vendido y revendido tantas veces, que ni siquiera me di cuenta de que la estaba entregando de nuevo. Soy un fracaso como espía. No, soy un fracaso como persona y no valgo nada".

Entonces, como un relámpago en la oscuridad, comprendió la razón por la que había perdido los nervios, era a causa de aquel recuerdo que revoloteaba en la periferia de su conciencia. Irina le recordaba a una mujer que había visto torturar en Santiago de Chile. La habían violado, le habían puesto una bolsa de plástico en la cabeza y la habían asfixiado con deliberada lentitud. Otto no participó en aquellos eventos pero fueron sus compañeros los que los cometieron. Y él lo permitió. No le quedó más remedio. Si se hubiese interpuesto, lo habrían liquidado.

Al final, resultó que aquella muchacha no tenía nada que ver con los partidarios de Allende a los que buscaban. Había sido una pista falsa, una vida destruida en vano.

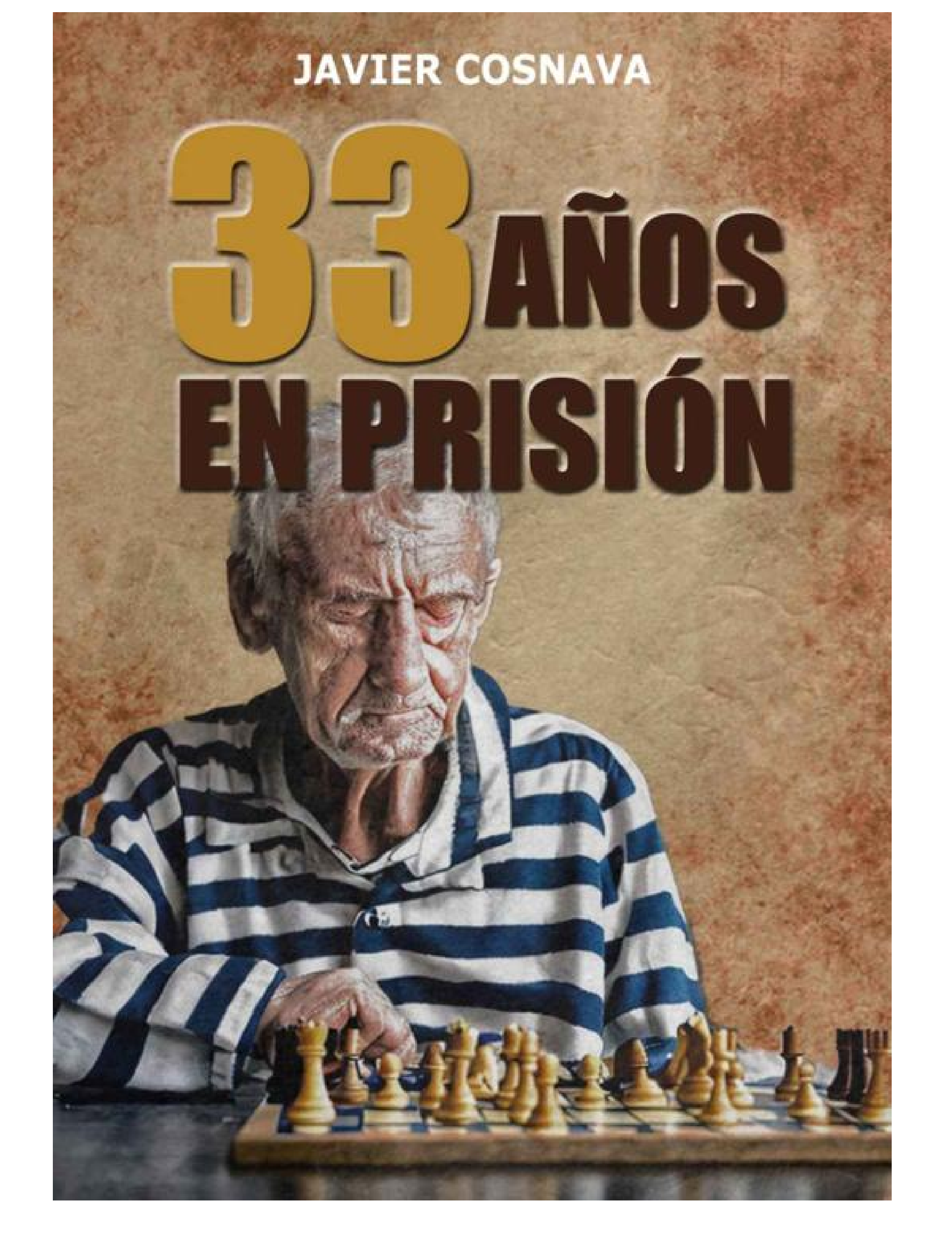
Otto comenzó a llorar. Lo hizo por las lágrimas de las dos muchachas, por Irina y por la joven chilena de sus recuerdos, y también lloraba por Benjamin, que había pasado media vida en prisión sin saber la causa de su condena.

Pero, sobre todo, lloraba por sí mismo. Cada sollozo era un eco de culpa y remordimiento.

En ocasiones, odiaba ser Otto Weilern.

CUARTA PARTE

Ecos del pasado


JAVIER COSNAVA
33 AÑOS
EN PRISIÓN

CAPÍTULO 16

Las palomas



Salieron de viaje antes de finalizar la partida 27. Otto sentía la necesidad de aire fresco, de espacio, de escapar de Baguío y de su creciente sentimiento de culpa. No era un hombre dado a las emociones. Cuando surgían, luchaba contra ellas como si fueran una enfermedad, hasta que volvía a ser el Observador, el arribista, el mercenario.

Mientras tanto, ajeno a los dilemas internos de su amigo, Benjamin estaba lleno de entusiasmo. Había pasado una eternidad desde la última vez que había subido a un avión. A través de la ventanilla, observaba cómo el coloso de hierro despegaba del aeropuerto de Loakan. Era uno de esos DC-3 que solo una semana antes contemplaba con nostalgia alzarse en el cielo tras las rejas de su celda.

—¿Sabías que el DC-3 mide casi veinte metros de largo y pesa alrededor de ocho mil kilos? ¡Es una maravilla de la ingeniería, amigo mío! —exclamó Benjamin, sus ojos brillando con admiración. Los aviones Douglas DC-3, con su diseño de fuselaje estilizado y su par de potentes motores radiales de pistón, se habían consolidado como pilares de la aviación desde los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Eran famosos por su resistencia y fiabilidad inquebrantables.

Pero al darse la vuelta, Benjamin vio que Otto se había quedado dormido con la boca abierta, perdido en sus ensoñaciones, en escaques de un tablero de ajedrez, en conjuras de la KGB o quizás en los laberintos que había transitado en Chile, cuando ayudó a derrocar a Salvador Allende, recuerdos que a veces regresaban para atormentarle.

Así que el subteniente Faure se perdió en sus propias fantasías y ensoñaciones; primero con indolencia, cerrando los ojos, intentando vencer el tedio de las casi cuatro horas de vuelo. Pero finalmente se quedó dormido. En su sueño se transportó una vez más a un pasado que nunca había sucedido: a una batalla contra los japoneses en la costa de Vigan. Soñando bombardeó en picado al enemigo. Era una locura bombardear en picado en un P-47D, un avión principalmente de caza y escolta, pero él lo hizo en su imaginación, y mandó al infierno a los nipones, que saltaron por los aires entre sangre y cascotes.

Luego su sueño se transformó y en él se enfrentaba a un francotirador japonés apostado en los alrededores de la base Clark. Varios de sus compañeros resultaron heridos en este tipo de acciones, a veces mientras realizaban tareas en apariencia tan poco peligrosas como cortar madera.

Pero él derrotaba al francotirador y luego se subía a su avión, listo

para la siguiente misión.

—Las palomas —dijo Benjamin despertando abruptamente.

Otto observaba a su amigo con una media sonrisa. Había terminado su siesta hacía ya un rato. De hecho, ya estaban próximos a Davao, la capital de la región donde se hallaba la isla de Samal.

—¿Qué decías acerca de unas palomas?

—Nada. Solo soñaba —respondió Benjamin, estirándose—. Cuando finalmente llegaron los cazas americanos, los P-47D Thunderbolt, esos que yo nunca llegué a pilotar, los hombres estaban tan contentos que pintaron nuestra insignia en las alas. Y debajo, números del uno al sesenta y cuatro. A esos aviones los bautizamos como "las palomas". Soñaba que yo mismo era una paloma y que podía alejarme o modificar del pasado. Pero es imposible.

Otto observó a su amigo durante un momento, reflexionando sobre sus palabras antes de responder.

—Sabes, Benjamin —empezó—, he estado pensando mucho sobre eso también, en alejarme del pasado. ¿Se puede realmente aceptar el pasado y pasar página? ¿O solo podemos intentar aprender de él y esforzarnos por no cometer los mismos errores, aprovechando la siguiente oportunidad que nos da la vida?

Benjamin lo miró con una expresión pensativa.

—A veces me pregunto si merecemos nuevas oportunidades, después de todo lo que hemos hecho, o lo que no hemos hecho, o, en mi caso, lo que esperamos no haber hecho.

—Quizás no se trata de si las merecemos o no —replicó Otto—. Quizás simplemente se nos presentan, y lo que hacemos con ellas es lo que realmente importa.

Benjamin suspiró.

—¿Y si no tienes la fuerza de voluntad para hacerlo? —preguntó. —¿Y si estás tan atado a tu pasado que te resulta difícil ver más allá?

Otto se quedó en silencio durante un momento, pensando en cómo responder. Se daba cuenta que hablaban de temas distintos aunque hablasen en apariencia de lo mismo. Cada uno tenía una deuda con el pasado y cada uno tendría que hallar su propia forma de afrontarla.

—No sé qué se puede hacer en un caso semejante —reconoció el alemán.

Benjamin optó también por el silencio, reflexionando sobre su propia vida y las decisiones que había tomado.

—Creo que yo sé la respuesta. Al menos mi respuesta: No puedo cambiar el pasado pero puedo aspirar a entenderlo. ¿No es eso a lo que hemos venido?

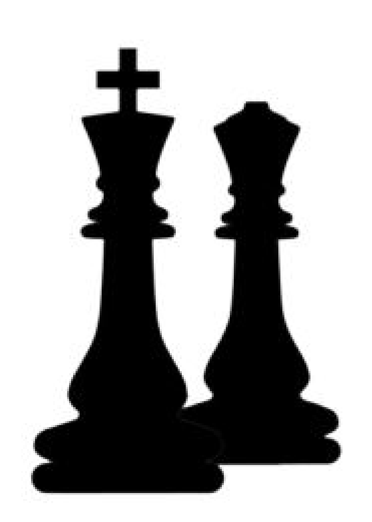
El Observador asintió. Tenía mala cara. Era incapaz de resolver el misterio de Zukhar y había decidido concentrarse de nuevo en el

misterio del subteniente Faure. Tal vez, resolviendo el segundo misterio, resolvería ambos; como siempre, cobrando distancia, conseguiría encontrar el enfoque que buscaba.

O eso esperaba.

CAPÍTULO 17

La isla de Samal



La isla de Samal, a la que llegaron en barco tres horas después, era un verdadero edén tropical, concebido para satisfacer la fantasía de cualquier turista. Sus playas eran de un agua cristalina, salpicada de coloridos corales, reflejando un arco iris de colores bajo la superficie del agua. Los resorts, cuidadosamente integrados en el paisaje, ofrecían el confort para los visitantes extranjeros sin romper el encanto nativo de la isla.

El ambiente era tranquilo y sencillo, alejado del bullicio y la ostentación del turismo masivo. En lugar de grandes centros comerciales y rascacielos, Samal albergaba pequeñas tiendas de souvenirs y casitas modestas, lo que le daba un aire auténtico y encantador. Los visitantes se deleitaban con las experiencias de pesca y submarinismo, y aquellos que buscaban una aventura única podían bucear junto a tiburones, criaturas que, a pesar de su reputación temible, eran completamente inofensivas en estas aguas.

El tiempo parecía moverse a un ritmo más lento, lo que permitía a los visitantes sumergirse verdaderamente en la cultura y las costumbres locales. Todo el mundo era amable y acogedor, y no pasaba mucho tiempo antes de que incluso los recién llegados fueran conocidos por su nombre. El sonido constante de las risas llenaba el aire, y las cálidas sonrisas eran tan comunes como los cocoteros que salpicaban la línea del horizonte. Samal era, sin lugar a duda, un pedazo de paraíso en la tierra.

Cuando llegaron a aquel inesperado paraíso, Benjamin y Otto descubrieron que Carla Durán ya no vivía en la dirección que les había conseguido James Uriarte. Nadie sabía a dónde se había marchado. Así que salieron a la calle. Estaban en el norte de la isla, en el distrito de Babak, que no estaba demasiado poblado. Tomaron la decisión de mostrar la foto de Carla a cualquiera que quisiera mirar.

—El trabajo de un detective es a menudo lento y repetitivo —explicó Otto—. Pero acaba dando resultados.

Al principio no tuvieron suerte y pasaron el rato charlando, paseando, casi como unos turistas. Benjamin parecía satisfecho.

—¿Quién hubiera pensado hace unas semanas, cuando aún estaba en prisión, que acabaría investigando este caso en la isla de Samal con mi primer compañero de celda? De 1945 a 1978, más de treinta años sin vernos y ahora esto. Es increíble.

Otto enarcó una ceja.

—Benjamin, hay algo que debo decirte —comenzó, su expresión adquiriendo un matiz de seriedad—. No nos conocimos en 1945. Fue en 1956. Al finalizar la guerra mundial estuve preso en mi país y no

salí hasta muchos años más tarde.

Benjamin parpadeó, sorprendido y confundido.

—¿Cómo? Pero... recuerdo que... —balbuceó, buscando en su memoria las imágenes de aquel primer encuentro.

—No fui tu primer compañero de celda —continuó Otto con paciencia—. Fue otro alemán, alguien llamado Rudolf, no recuerdo su apellido. Me comentaste que había estrangulado a su esposa o algo por el estilo. Incluso me lo describiste con detalle, aunque ya lo he olvidado. Recordabas una y otra vez tu primer día, desde que te detuvieron rodeado de cadáveres hasta que conociste a Rudolf en prisión. Ya entonces estabas tratando de dar sentido a lo que te había ocurrido. A pesar de las barreras idiomáticas, estabas tan obsesionado con el pasado que conseguiste hacerme partícipe de aquella primera jornada de tu vida de preso.

Benjamin estaba estupefacto. El miedo se asomó a sus ojos mientras procesaba la información. Había estado tan seguro de su memoria, de sus recuerdos de Otto. Pero ahora...

—Rudolf... —murmuró, su voz llena de espanto. Las palabras del Observador desencadenaron un torrente de recuerdos. Imágenes de un hombre que su mente había olvidado cuando vio la imagen de Otto en el Diario de Manila y decidió abandonar la prisión—. Pero eso significa...

—Exacto —asintió Otto—. Si has confundido a Rudolf conmigo, puede haber otras cosas de tu pasado que estás recordando de manera incorrecta.

Benjamin palideció. Los cimientos de su realidad comenzaban a desmoronarse.

—¿Y si realmente cometí yo aquellos crímenes? —preguntó en un susurro tembloroso—. ¿Y si todo esto es una pérdida de tiempo? ¿Y si no soy más que un anciano senil tratando de eludir su responsabilidad?

Otto se mantuvo en silencio, dejándole procesar la posibilidad. Después de todo, era su pasado el que estaba en juego, su realidad la que estaba cambiando. Solo él podía decidir cómo enfrentarse a ella.

—No puede ser —gimió Benjamin.

Para no continuar con aquel asunto, el Observador detuvo a un par de transeúntes y les mostró la foto de Carla. Siguió avanzando por el distrito de Babak. El subteniente Faure le seguía, como un autómata, arrastrando los pies.

—¿Han visto a esta chica? ¿La conocen?

Los rostros confusos y los encogimientos de hombros se sucedían uno tras otro, hasta que finalmente tuvieron un golpe de suerte: un hombre, de piel tostada por el sol y arrugas profundas marcadas por la sal y el viento, clavó la mirada en la foto.

Trabajaba en una tiendecita cerca de la playa, vendiendo desde refrescos y botellas de agua hasta artesanías locales y postales para turistas. Sus ojos se entrecerraron con desconfianza al ver a Benjamin y Otto, su mirada pasó de la foto a sus caras y de vuelta a la foto.

—¿Policías? —preguntó con tono de sospecha, aunque sin lograr ocultar una ligera nota de miedo en su voz.

—No, somos amigos de Carla —aclaró Benjamin, despertando de su ensueño, tratando de suavizar la tensión con una sonrisa amigable.

El hombre pareció reflexionar por un momento, sus ojos fijos en la foto de Carla. Finalmente, un billete cambió de manos y el hombre decidió compartir lo que sabía.

—Sí, la conozco —admitió—. Ella solía venir a mi tienda a veces, a comprar agua o un refresco. Una mujer alegre pero reservada. No la he visto desde hace un par de semanas. Creo que me dijo que trabajaba cerca del Pearl Hotel. Aunque no estoy seguro del todo.

La revelación fue un alivio para Benjamin y Otto, por fin tenían una pista concreta a seguir en su búsqueda de Carla. Le agradecieron al hombre su ayuda y siguieron su camino, cada vez más decididos a encontrar a la joven desaparecida.

Buscaron a continuación en las inmediaciones del Pearl Hotel, la zona más tranquila del distrito, un oasis de serenidad y belleza natural. Situado a la orilla del agua, el resort tenía vistas panorámicas al mar cristalino, salpicado de pequeñas embarcaciones de pesca que danzaban con el vaivén de las olas.

—Vaya sitio —dijo Otto.

—Un lugar donde perderse.

—Tal vez a eso vino Carla, ¿no crees?

Benjamin miró a derecha y a izquierda. Se hallaban rodeados de palmeras altas que se mecían suavemente con la brisa y formaban un dosel protector contra el ardiente sol del mediodía. El suelo estaba salpicado de plantas de hibiscos y orquídeas locales que añadían color y vida a la exuberante vegetación.

—Yo me perdería y no regresaría jamás —reconoció.

El Pearl Hotel en sí mismo era una colección de cabañas de madera elegantes pero sencillas, construidas sobre pilotes y unidas por pasarelas de madera. Estaban dispersas a lo largo de la línea de playa, cada una con su propia vista al mar y privacidad. En el centro del resort, una gran cabaña albergaba la recepción, el restaurante y otras comodidades. La zona de la piscina era el corazón del complejo, siempre lleno de huéspedes que se refrescaban bajo el sol tropical.

—¿Y ahora? —preguntó el subteniente Faure—. Aquel tipo ha dicho que Carla trabaja cerca de aquí. Hay muchas tiendas y todo tipo de establecimiento por los alrededores. ¿Por dónde empezamos?

—Por donde sea —dijo Otto, sacando una foto y acercándose al

primer transeúnte que le salió al paso.

Un ahora después, mientras atravesaban la calle principal, una anciana la reconoció. Tenía un rostro amable y su voz era suave y maternal.

—Buscan a la muchacha de la foto, ¿verdad? —preguntó, señalando a Carla en la imagen—. Ella era dependienta en la tienda de Mariano, aquí cerca.

Agradecidos, se dirigieron al lugar que la señora les había indicado. Mariano del Rosario resultó ser un hombre de aspecto desagradable, de mirada recelosa y actitud brusca. No pareció muy dispuesto a ayudar cuando Benjamin y Otto le mostraron la foto de Carla.

—Sí, trabajó aquí —admitió, cruzándose de brazos—. Pero se fue a un lugar mejor. No les diré dónde. La chica me cae bien y yo a ustedes no los conozco.

Intentaron ofrecerle dinero para que se mostrara más colaborativo, pero Mariano rechazó de plano la oferta. Ante su obstinada negativa, Otto decidió cambiar de táctica. Su rostro se endureció y su voz adquirió un tono amenazador.

—Escucha, Mariano —dijo con firmeza—. No estamos aquí para jugar. Necesitamos encontrar a Carla y tú vas a ayudarnos, te guste o no.

El filipino se quedó en silencio, evaluando a Otto.

—No me gustan los alemanes —dijo.

—A mí tampoco. He matado a muchos. También españoles, franceses, ingleses… hasta a algún filipino.

Mariano era un hombre de la calle. Sabía juzgar a la gente. La sinceridad en la voz del Observador pareció finalmente convencerle. Con un resoplido de resignación, señaló hacia el norte.

—Ahora trabaja en el Balangaw Resort. Al otro lado de la isla, en el distrito de Peñaplata —admitió finalmente.

Con esa información, Benjamin y Otto abandonaron la tienda y se encontraron en la espesura del atardecer filipino. El aire estaba lleno del olor agridulce del mar y de las notas picantes de las especias de los puestos de comida callejeros. La luz del día comenzaba a desvanecerse, pintando el cielo con una paleta de naranjas y rosas brillantes.

—Balangaw es la palabra en tagalo para "arco iris" —explicó Benjamin—. Debe ser un sitio bonito.

—Me da igual lo que signifique. Me da igual lo bonito que sea. Solo quiero encontrar a Carla.

—Yo también estoy cansado, pero ya estamos cerca. He esperado treinta y tres años. No viene de unas horas.

A un lado de la calle, un grupo de niños jugaba entre risas y

chillidos que llenaban el aire mientras corrían detrás de una pelota desgastada. Al otro lado, varias mujeres vendían pescado fresco y frutas en puestos improvisados, envueltas en delantales coloridos, mientras negociaban en tagalo con clientes y vecinos.

Las calles adoquinadas de Samal vibraban con el zumbido de los triciclos y los taxis Yipnis, una evolución de los jeeps que los estadounidenses dejaron atrás después de la Segunda Guerra Mundial, que los filipinos modificaron, pintando de colores vibrantes con dibujos y diseños intrincados.

Otto y Benjamin hicieron señas a uno de aquellos taxis de colores. Era un coche antiguo y destartalado, con pintura descascarada y un interior de vinilo rojo que estaba caliente al tacto. Pero el conductor, un hombre de mediana edad con un rostro curtido y amable, les sonrió y asintió, dispuesto a llevarlos a su próximo destino.

Ya adentro, la radio emitía una balada suave de OPM, la música pop local, mientras el taxi comenzaba su viaje. A medida que se alejaban de la tienda de Mariano, la escena exterior se convirtió en un desfile de luces de neón, tiendas, restaurantes y bares, todos llenos de vida y bullicio. Fue un espectáculo cautivador que encapsuló la vibrante vida nocturna de la isla, en mudo contraste con la tranquila playa paradisíaca donde se encontraba el Pearl Resort.

—¿Qué harás cuando sepamos la dirección de Carla? —preguntó Otto.

—Hablar con ella. Solo quiero hablar con ella —dijo Benjamin.

—¿Y luego?

—No lo sé. Primero quiero verla. Saber lo que ella sabe. Comprobar si mis recuerdos son fidedignos o si me estoy engañando, si recuerdo algo mal como cuál fue mi primer compañero de celda. Espero que ella tenga las claves que a mí me faltan.

—¿Y si no las tiene?

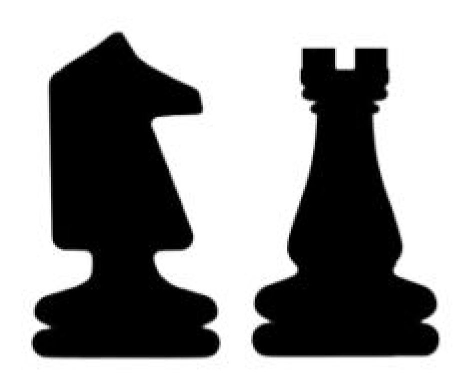
No hubo respuesta. El taxi avanzaba por las serpenteantes carreteras de la pintoresca isla de Samal. Otto y Benjamin, sentados en el asiento trasero, observaban el paisaje con expresiones serias y pensativas. El sol del atardecer se filtraba entre las hojas de los frondosos árboles, creando hermosos juegos de luces y sombras en el camino.

El ambiente estaba cargado de una tensa anticipación. La incertidumbre y la determinación se reflejaban en los rostros de Otto y Benjamin, quienes sabían que estaban acercándose a respuestas que podrían cambiarlo todo.

O tal vez nada.

CAPÍTULO 18

Carla



Nadie en el distrito de Peñaplata reparó en aquellos dos desconocidos que llamaron a la puerta de Carla Durán, camarera y mujer de la limpieza en el Balangaw Resort. No les había sido complicado conseguir la dirección. Uno de los gremios más sobornables de Filipinas (y de cualquier otro lugar del planeta) son los recepcionistas de los hoteles.

Por suerte o por desgracia, Carla acababa de terminar su turno cuando llegaron a la vivienda. Estaba sola en casa. Se trataba de una cabaña de estilo tradicional filipino, construida en madera y bambú, cerca de la playa, rodeada de exuberante vegetación tropical. Estaba pintada de color blanco y la fachada adornada con tallas de madera. Un pequeño porche cubierto con un techo de palma se extendía frente a la entrada.

Benjamin golpeó con los nudillos la puerta. Su gesto de tranquilidad había quedado atrás. Ahora estaba nervioso, casi desesperado.

Les abrió una mujer que pasaba ya de cuarenta años, con una mirada lánguida, que achicó los ojos deslumbrada por el sol.

—¿Qué desean? —La mujer, por su tono, no parecía tan amable, humilde ni sencilla como sus compatriotas de la isla de Samal.

—¿Es usted Carla Durán?

—Sí.

Benjamin dio un paso al frente y entró en la casa. La mujer retrocedió. La sala de estar era muy sencilla, decorada con muebles de ratán y varias plantas en macetas.

—¿Me re... recuerda? —tartamudeó el antiguo presidiario.

—No —respondió la mujer sin dudarlo. Luego frunció los labios y miró al Observador, que contemplaba la escena como el que asiste al final de una película, con interés pero al mismo tiempo con distancia, como si aquello en el fondo no fuera con él.

Benjamin tragó saliva y dio otro paso. Estaba a menos de un palmo de la mujer cuando dijo:

—Soy el subteniente Benjamin Faure.

Estaba convencido de que aquella afirmación sumiría a la mujer en el terror más absoluto. O bien Carla estaba implicada en los asesinatos, en cuyo caso se hallaba ante el hombre al que habían condenado injustamente y venía a vengarse, o bien Carla era inocente y se hallaba o creía hallarse ante el monstruo que había asesinado a su familia. Pero sucedió lo más increíble: no sucedió absolutamente nada. Carla frunció todavía más los labios en una mueca de desgana.

—¿Ese nombre debería decirme algo?

Al principio, la sorpresa se dibujó en el rostro de Benjamin. Pero poco a poco, la sorpresa cedió ante la realidad y fue reemplazada por una sensación de rabia. Significaba tan poco para aquella mujer, ya fuera culpable o inocente, que se había olvidado de él. Esa era su condena: más que treinta y tres años de prisión, le habían condenado al olvido. El universo entero se había olvidado del subteniente Faure.

—¡Soy el hombre que ha pasado toda una vida en prisión por haber matado a tus padres y a tu hermana! —chilló, agarrando a Carla Durán por el cuello y arrastrándola hacia el fondo de la sala de estar.

Ahora sí, Carla lo había reconocido. Benjamin la sujetaba por el cabello y la garganta, la miraba fijamente como si quisiera que ella memorizara hasta el último rasgo de su rostro. No estaba tratando de matarla, solo quería que ella le mirara a los ojos y jamás lo olvidara.

Una mano se posó en el hombro de Benjamin. Era Otto, que había entrado tras ellos en la vivienda.

—Hemos venido a conocer la verdad —le recordó el alemán—. No hemos venido a dictar sentencia. Ni siquiera sabemos si es culpable de algo.

Benjamin suspiró. La ira lo abandonó tan rápido como había surgido. Y tras abandonarlo, sintió miedo de sí mismo. ¿Acaso había sido un arrebato de ira como aquel el que había acabado con la familia Durán? ¿Era tan violento y a la vez tan cobarde que había olvidado lo que había hecho? ¿O acaso había construido una realidad alternativa en su mente, mezclando personas y hechos distintos, como con Rudolf, su primer compañero de celda, y Otto?

Apartó la mirada de la filipina y la soltó de un empujón que la hizo trastabillar. Observó la pobre vivienda de la mujer, con muros que se caían a pedazos, un techo lleno de agujeros y paredes pintadas con cal, apenas treinta metros cuadrados de espacio. Luego, dirigió su mirada hacia la única estantería de la casa, donde se encontraban cubiertas de polvo unas figuras de porcelana en las primeras baldas, y en las inferiores un tablero de ajedrez con una partida ya comenzada y algunas fotos de familia. En la foto más grande, Carla estaba junto a un hombre, probablemente su esposo. Al ver que el intruso examinaba una de sus escasas posesiones, Carla la tomó y la apretó contra su pecho, como si quisiera protegerla, como si no quisiera que nadie husmeara en su pobre vida. Otto encontró aquel gesto extraño.

—Ese es tu marido, ¿verdad? —preguntó Benjamin.

Carla bajó la cabeza sin responder. En su cuello se estaba formando una marca que poco a poco adoptaba la forma de la mano de Benjamin. Había apretado su garganta un poco más de lo que había pensado. Benjamin no se consideraba una persona agresiva, pero había pasado demasiado tiempo sin obtener respuestas. Necesitaba esas respuestas y no el olvido de aquella niña, ahora una mujer. Uno

nunca sabe de lo que es capaz hasta que se enfrenta a una situación desesperada.

—Nunca se sabe de lo que es capaz una persona hasta que se ve enfrentada a una situación desesperada —dijo el subteniente Faure, como refrendando sus propios pensamientos y sintiendo que, de pronto, casi como si un milagro se hubiera producido ante sus ojos, todo había quedado explicado.

—Mi esposo pronto vendrá del trabajo —dijo Carla, como si eso pudiera protegerla en caso de que realmente intentaran hacerle daño.

—No se preocupe, señora —dijo Benjamin—. Ya nos vamos.

Caminó hacia la salida de la vivienda, pero de repente se dio la vuelta y miró una última vez a Carla, quien aún temblaba mientras sostenía el marco de la foto familiar. La voz de Benjamin estaba llena de desprecio cuando dijo:

—No deberías haberme olvidado.

De nuevo en la calle, Otto descubrió que su amigo se retorcía las manos, abrumado por el peso de lo que acababa de descubrir:

—No le vas a hacer ninguna pregunta, ¿verdad?

—No necesito hacerle ninguna pregunta, Otto. Ya sé lo que pasó.

—¿Sabes quién mató a la familia Durán? ¿Sabes por qué? ¿Lo sabes todo? ¿Te ha bastado un instante en aquella casa?

Emilio Durán muerto a machetazos junto a su esposa y su hija pequeña. Carla Durán, la hija superviviente, adoptada por su tío Marvin y su esposa. Finalmente, la esposa había sido asesinada cuatro años después de la misma forma, con un machete. ¿Y todo se había resuelto por arte de magia? ¿Qué había visto Benjamin? ¿Acaso la culpabilidad de Carla era tan evidente? ¿O era otra cosa?

—Me ha bastado un solo segundo para saber la verdad —reconoció el subteniente Faure—. Y ha sido gracias a la observación. Ese arte en el que tú eres el gran maestro.

Otto comprendió en ese momento que ambos casos, el de Korchnoi contra Karpov y el de Benjamin contra los Durán, eran un mismo caso, que había unos hilos invisibles que los unían. La observación era la clave de ambos, pues eran como partidas simultáneas que las Parcas hubiera organizado en su gran tablero de ajedrez cósmico. Y por ello debían resolverse a la vez para que todo tuviera sentido, para que el universo detuviese por un instante el caos que dominaba las vidas de los implicados y pusiese orden en el destino de sus protagonistas.

—¿Y cómo supiste la verdad que se ocultaba en el caos, Benjamin?

El subteniente Faure se extrañó por el uso de la palabra “caos” en aquel contexto pero, tras reflexionar brevemente, asintió y dijo:

—Había algo que no encajaba en mis recuerdos, en toda esta

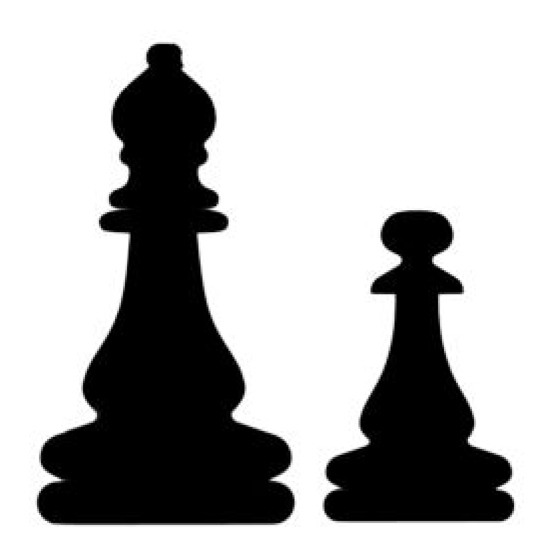
historia y en esa casa que acabamos de visitar. Una contradicción o una suma de ellas. En lugar de concentrarme en lo que sabía o lo que no sabía, me enfoqué en lo que no encajaba y entonces lo comprendí todo.

Otto pensó que el subteniente Faure tenía razón y que debía utilizar ese mismo método para resolver el misterio del parapsicólogo. No debía volver a cavilar sobre lo que ya sabía de las partidas de ajedrez, de Karpov y Korchnoi, de Rusia, de su misión y de los supuestos poderes mentales de Zukhar. Debía concentrarse en lo que no encajaba. Al igual que en el caso de Benjamin, solo había una cosa que no tenía sentido en todo lo que había sucedido desde que llegó a Filipinas. Bueno, en realidad dos.

El Observador comprendió que estaba muy cerca de resolver su propio caso. Pero no dejaba de ser un hombre curioso y quiso saber de boca de Benjamin la resolución de aquel otro misterio que estaba investigando en sus horas libres. Cuando el subteniente Faure se lo reveló, cuando Otto escuchó de sus labios quién era el asesino de la familia Durán y cómo lo había hecho, no pudo evitar sonreír ante las ironías del destino.

CAPÍTULO 19

Regreso al campeonato



Otto y Benjamin se acomodaron en sus asientos del DC-3, mientras se preparaban para el viaje de regreso desde la isla de Mindanao a la de Luzón.

—¿Qué harás ahora? —quiso saber el Observador.

—No lo sé.

Despegaron al amanecer, mientras las primeras luces del día se mezclaban con los tonos violetas del cielo, tiñendo las aguas que rodeaban la segunda isla más grande del archipiélago filipino.

El rugido de los dos motores radiales del DC-3 resonaba mientras la aeronave ascendía, dejando atrás la exuberante selva. El aire de la cabina se llenó con una mezcla de olores característicos: el sutil aroma del cuero viejo de los asientos, el inconfundible olor de la gasolina de aviación y el café que se servía durante el vuelo.

—Tengo dudas, Otto —dijo entonces Benjamin—. Pensé que sería más fácil impartir justicia. Pensé que cuando supiese la verdad sabría qué hacer. Pero…

—Pero nada es blanco ni negro. Los grises son peor que esa cárcel en la que estuviste.

—Exacto. Necesito tiempo… tiempo para decidir qué es lo justo, cuál es la pena que debe aplicarse. No nací para ser juez ni verdugo.

—Me he sentido igual que tú muchas veces —dijo Otto.

A través de las ventanillas, podían ver el océano extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, salpicado de islas de verde intenso, semejantes a gemas esmeralda reposando sobre el terciopelo azul del mar. En el interior, el DC-3 ofrecía un ambiente vintage, con su cabina estrecha y los asientos dispuestos en hilera, evocando la simplicidad y autenticidad de los primeros días de la aviación comercial.

El trayecto se prolongó durante varias horas, tiempo durante el cual Otto y Benjamin se deleitaron con la transformación constante del paisaje. Pasaron de contemplar el azul infinito del océano a las montañas escarpadas de Luzón, cubiertas por un denso manto de árboles y vegetación, salpicadas aquí y allá por terrazas de arroz y pequeñas aldeas.

Finalmente, divisaron a lo lejos las luces del aeropuerto de Loakan, en el mismo Baguío. La ciudad, enclavada en las montañas, parecía resplandecer con vida propia. El piloto comenzó a reducir la altitud y el DC-3 inició su descenso, aproximándose cada vez más a la pista de aterrizaje.

El viejo aparato, casi una reliquia, aterrizó con gracia en el aeropuerto, y los motores se apagaron con un suspiro final.

Pero no regresaron al campeonato del mundo. Durante dos días,

Otto y Benjamin merodearon por los alrededores, pero no entraron al auditorio donde se celebraba el campeonato. En lugar de eso, absorbieron la atmósfera febril del evento desde las áreas comunes del Pines hotel, los pasillos, el bar y el vestíbulo.

Podían sentir la energía en el aire, como una corriente eléctrica. El murmullo constante de conversaciones llenaba el hotel, con las palabras "Karpov" y "Korchnoi" repitiéndose sin cesar. Los periodistas, ajedrecistas y aficionados eran conscientes de estar viviendo uno de los más grandes campeonatos de todos los tiempos.

Otto observaba el ir y venir de todas aquellas personas. Observaba los gestos sutiles, las expresiones de ansiedad y expectación, las conversaciones en voz baja. Benjamin, por su parte, se deleitaba en el chasquido de las piezas de ajedrez en las partidas informales que se jugaban en las mesas del vestíbulo.

El ambiente era una mezcla de tensión y emoción. Aquello no era solo una batalla de habilidades en el ajedrez, sino también un enfrentamiento de ideologías y personalidades, y todos en el hotel parecían atrapados también en la guerra fría.

—¿No vuelves al campeonato, Otto? —preguntó Benjamin cuando quedaban pocas horas para que se reanudaran las partidas tras el descanso ordenado por los jueces.

—No, necesito pensar.

—Creo que yo también lo necesito.

Así que continuaron vagando, sin rumbo fijo. Benjamin sabía que el Observador estaba rumiando sobre su misión, tratando de resolver un caso tan complicado como uno de esos enfrentamientos entre Karpov y Korchnoi. Le escuchó murmurar teorías sobre manipulación mental, el doctor Zukhar, Irina y su caja de cerillas mágica, y muchas otras ideas similares. A veces hablaba para sí mismo, otras en voz alta.

El anciano exconvicto lo acompañaba como si aún no fuera el momento de la venganza, o como si no deseara vengarse en absoluto de aquellos que lo habían condenado a pasar una eternidad en la prisión de Baguío. Gracias a su amigo en la policía, el “bueno” de James Uriarte, no habían notado su ausencia en la pensión del estado donde estaba obligado a pasar la noche. Otro prisionero había firmado por él. Y Benjamin seguía libre, preparado para dar forma al final de su historia. Fuera cual fuera.

—Esto es para ti —le dijo Otto a su amigo.

Habían ascendido una pequeña colina. Baguío gozaba de un clima más fresco en comparación con el resto del país, un ambiente montañoso en contraste con el tropical clima filipino.

—¿Qué es? —preguntó Benjamin, evaluando el peso de un sobre que su amigo acababa de darle.

—Descúbrelo tú.

Se trataba de un sobre con dinero, muy similar a los que había entregado al policía filipino en las últimas semanas.

—¿Por qué? —replicó Benjamin, demasiado sorprendido para dar las gracias.

—Por nada. Por haberme echado un mano hace años, si prefieres. Me gusta cerrar mis casos. Ahora que has resuelto tu propio misterio, te dejo el dinero suficiente para volar de regreso a la isla de Samal o para regresar a Francia. Tú eliges.

—Así que al final sí soy el juez del caso Durán y debo impartir justicia. ¿Eso crees?

Otto se mordió el labio superior mientras seleccionaba la frase exacta que su amigo necesitaba escuchar:

—La justicia filipina nunca investigará esos crímenes. Así que es cosa tuya. Puedes desestimar el caso, olvidarte de él y seguir tu camino. También puedes condenar al culpable a la pena que consideres apropiada.

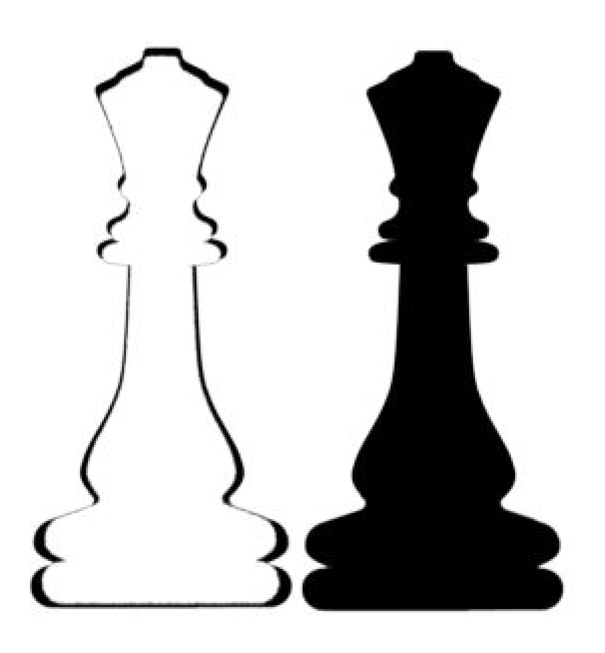
El Observador abrió una pequeña bolsa. Dentro había una pistola. Benjamin la tomó y volvió su mirada hacia Baguío. Las casas eran de una asombrosa variedad de estilos arquitectónicos. Había cabañas de estilo americano con tejados de tejas rojas, construidas durante el periodo de colonización estadounidense, intercaladas con casas modernas de hormigón y vidrio. Muchas estaban edificadas en pendientes escarpadas, con balcones que ofrecían vistas panorámicas de las montañas y los bosques de pinos circundantes. Los jardines estaban a menudo llenos de flores locales como hortensias, cosmos y girasoles, proporcionando un vibrante toque de color a las calles.

—Gracias, Otto —dijo finalmente, sencillamente, abrumado por una emoción que no estaba acostumbrado a sentir y menos a expresar.

Hubiera querido abrazar al Observador, pero no fue capaz.

CAPÍTULO 20

Dos amigos se dicen adiós



Dieron un último paseo por Baguío. En aquella ciudad, el ritmo de vida era más tranquilo que en las metrópolis más grandes de Filipinas. Sin embargo, el campeonato del mundo había revitalizado la joven urbe, fundada hacía menos de un siglo. El mercado local estaba repleto de vendedores de frutas frescas, verduras y artesanías, y las cafeterías bullían de visitantes deseosos de analizar la última jugada de la partida en curso.

Las noches cobraban vida en los bares y restaurantes que ofrecían música en vivo y una variedad de deliciosos platos locales e internacionales. Los habitantes de Baguío (y en general de la Cordillera Central de Luzón) representaban un crisol de culturas y tradiciones. Encontrabas a los nativos Igorot, con su rica herencia cultural, y a filipinos de otras regiones del país que habían elegido Baguío como su hogar. Todos compartían una amabilidad y hospitalidad genuinas, siempre dispuestos a entablar una conversación con los visitantes.

—Me gustaría quedarme en este impase para siempre. No hacer nada, no decidir nada. Solo dejar pasar el tiempo —comentó Benjamin.

—Ojalá pudiéramos —dijo Otto, dando un último sorbo a su copa.

Respiró hondo y añadió:

—Vamos. Es la hora.

Regresaron al lugar donde se celebraba el campeonato del mundo. Cerca del auditorio, tuvieron que esquivar a los gorilas de la KGB, que ya estaban al tanto de que un loco perseguía a Irina. Tenían una buena descripción de Otto: casi dos metros, rubio y ojos azules. No había muchos como él en Filipinas.

Justo en ese instante, la asistente de Zukhar, con una botella de Perrier en una bandeja, caminaba hacia el asiento de su jefe, en la séptima fila, para entregarle su agua carbonatada. Otto volvió la mirada hacia el parapsicólogo, quien se frotaba las sienes intentando influir en Korchnoi ahora que comenzaba la partida número veintiocho.

—Los miembros de la KGB están escoltando a Irina, la asistente de Zukhar —comentó Otto—. No saben por qué un desconocido la aborda para robarle cajas de cerillas o hacerle preguntas indiscretas acerca de su jefe. Pero sí saben que alguien está al acecho. No tardarán en localizarme, no dispongo de mucho tiempo.

Decidió que era el momento de revelar a Benjamin los últimos detalles de su propio caso. Hasta ahora, había proporcionado datos incompletos, teorías, impresiones… pero decidió ir más allá. Le habló

de los deseos de la CIA de que Karpov perdiera, el odio que Otto sentía hacia la Agencia, su desencuentro pasado en Chile, Zukhar y sus poderes mentales, Irina y la caja de cerillas, y los Dimatulak y su rivalidad oculta. Todo lo que sabía, sospechaba o imaginaba fue verbalizado para que su amigo comprendiera las complejidades de aquel enigma, aún inconcluso.

—A veces me pregunto si realmente en esa caja de cerillas hay un dispositivo que envía ondas al cerebro de Korchnoi —concluyó Otto—. ¿Y si es otra cosa? ¿Y si envía un mensaje? ¿Pero qué tipo de mensaje? ¿Tal vez en código morse?

Benjamin se giró hacia Otto, en sus ojos se reflejaba cierta preocupación por su amigo.

—Pero tú mismo has dicho que no había nada en la caja de cerillas.

—Sí, es cierto. Pero tal vez... no sé. Algo debe haber. Sé que Irina juega un papel en todo esto. Soy bueno observando: ella es parte de la resolución de este enigma. Pondría mi mano en el fuego.

Otto bajó la cabeza. Esa era una de las piezas que no encajaban. Pero aún no sabía dónde ubicarla.

—Entiendo… —murmuró Benjamin.

Había estado 33 años encerrado jugando al ajedrez. Su mente se había entrenado para aquel momento. No solo para resolver el misterio de los crímenes que le llevaron a prisión sino para ayudar a Otto Weilern. Cuando se dio cuenta, se sintió más tranquilo, aclaró su garganta y continuó, eligiendo cuidadosamente sus palabras:

—Primero, Otto —dijo con voz suave pero firme—, hay algo que creo que no has tenido en cuenta: el observador se transforma al enfrentarse a lo observado. Has estado vigilando tanto tiempo a Korchnoi, intentando desentrañar cada matiz de su juego, de las supuestas influencias externas de Zukhar, de su entorno… que creo que te has dejado influir por el gran maestro. Has comenzado a sentir lo que crees que él siente, a pensar como crees que él piensa. La observación es una herramienta poderosa, pero tiene sus limitaciones. A veces, al observar, nos convertimos en espejos de lo que vemos, y eso puede distorsionar nuestra propia percepción de la realidad. Es importante mantener cierta distancia, recordar que cada individuo es único. Eso es exactamente lo que hacen Karpov y Korchnoi antes de cada partida: escrutan a su rival y su juego, pero no se dejan arrastrar por lo que creen saber sobre el otro.

Benjamin hablaba desde la perspectiva del ajedrecista. Y eso podría ser la clave de todo este asunto, reflexionó Otto. Porque, ¿acaso no estaban en el maldito campeonato mundial de ajedrez? El Observador apenas sabía del juego, y tal vez esa falta de comprensión había lastrado su investigación desde el principio.

—En segundo lugar, esa historia de una caja de cerillas que contiene un aparato que lanza rayos X o mensajes en código Morse me parece excesivamente complicada —continuó Benjamin—. La verdad suele ser más sencilla. No voy a opinar sobre el tema de los rayos porque ni me puedo hacer a la idea de cómo podría construirse algo así, pero a primera vista me parece una estupidez. Yo la descartaría. Porque si uno quiere enviar un mensaje sobre la partida en curso y tiene una forma de hacerlo, no se necesita mandar demasiada información. En una partida de ajedrez, los expertos anticipan varios escenarios antes de que comience y mientras se desarrolla. Evalúan las posibles aperturas, las estrategias a seguir o los contraataques. No necesitas del código Morse, ni siquiera de una palabra, para revelar los movimientos de tu oponente. Basta con entender el juego y sus posibilidades.

«Por ejemplo, te propongo una partida de ajedrez imaginaria, partiendo de una apertura clásica, la Apertura Española o Ruy López.

«Escenario 1: Blancas abren con el peón del rey (e4). En este escenario es probable que el jugador de las negras responda con e5, iniciando una defensa doble del peón del rey. Aquí, el jugador de las blancas puede optar por el desarrollo de sus piezas menores, principalmente sus caballos.

«Escenario 2: Negras responden con la Defensa Berlinesa (Nf6). Las blancas podrían optar por un enroque corto, lo que conduciría seguramente a un final de partida temprano.

«Escenario 3: Blancas optan por la Variante Abierta (d4). Si las blancas deciden controlar el centro del tablero y poner presión sobre la defensa de las negras, estas podrían responder con d6 para defender su peón e5, o con dxe4.

«Escenario 4: Blancas optan por la Variante Cerrada (Be3). Si las blancas deciden fortalecer su control del centro y preparar un posible ataque en el flanco del rey, las negras podrían responder con Be7 o d6, buscando contrarrestar la presión de las blancas.

«Escenario 5: Negras deciden cambiar el peón del centro (dxe4). En este caso, las blancas podrían responder con Nxe4 o recuperar el peón con su Dama.

«Escenario 6: La torre blanca cae (si las negras logran capturar la Torre de h1). Las blancas podrían encontrarse en una posición desfavorable y deberían buscar compensar la pérdida de material buscando crear amenazas inmediatas o considerar un ataque al rey negro, dependiendo de la posición de las piezas restantes en el tablero.

Otto parpadeó varias veces.

—No entiendo una palabra de lo que acabas de explicar.

—No hace falta. Lo que quiero que comprendas es que nadie necesita mandar un mensaje complicado en código Morse. Si se ha

preparado la partida previamente, enviando un número del 1 al 6, quien reciba el mensaje sabrá cómo va a actuar el ajedrecista rival. Según avance la partida, habrá nuevas opciones y variaciones posibles, pero igualmente el que manda el mensaje y quien lo recibe, si han preparado la partida, tendrán una serie de números pactados para esas contingencias.

—Ya veo. Nunca lo habría pensado.

Se hizo el silencio. El Observador contempló todos sus errores, uno por uno, y se dio cuenta de que había sido un investigador pésimo. Los Dimatulak tenían razón al proclamar que deberían haber sido ellos los protagonistas de aquel encargo de la CIA. Sin un profundo conocimiento del ajedrez, aquella misión estaba condenada al fracaso.

—Por último, considera esto —dijo entonces Benjamin, levantando su propia mano y moviendo sus dedos como si tocase una caja de cerillas—. Una mano que toca una caja no solo tiene un dedo, sino varios. ¿Qué hacen esos otros dedos mientras el índice percute sobre el cartón de la caja? El pulgar, por ejemplo, podría estar tocando el reloj. Es un truco típico de los ajedrecistas mostrar algo, sacrificar una pieza, para distraer la atención del movimiento real. Tal vez el verdadero truco no está en la caja de cerillas, sino en el reloj que está siendo discretamente ajustado. Me he fijado en que Irina lleva un reloj enorme, demasiado grande. Sé que ya no están tan de moda esos relojes de pulsera diminutos que llevaban antes las mujeres, pero este es demasiado grande, no encaja con el estilo de la chica, vestido y peinado austeros. El reloj de Irina parece más una pieza utilitaria, un instrumento. Si yo tuviera un reloj con "capacidades especiales", por así decirlo, quizás decidiría hacer un gesto obvio, visible, tocando una caja de cerillas mientras percuto con el dedo libre mi reloj. Si alguien sospecha, lo hará de la caja, incluso podría robarla, intentando descubrir un secreto que en realidad se encuentra en otra parte.

Otto volvió la cabeza y observó atentamente a la asistente de Zukhar. Era una mujer esbelta, de figura delicada y movimientos precisos y controlados, como una bailarina sobre el escenario. Su cabello, recogido en el mismo moño austero de siempre, revelaba un rostro de rasgos finos, unos ojos oscuros de inteligencia aguda y voluntad firme. Su piel, de un blanco pálido, parecía resplandecer a la luz tenue de la sala. Llevaba un vestido sencillo, de corte recto y tono neutro, que contrastaba con el ostentoso reloj que portaba en su muñeca. A primera vista, el reloj parecía desentonar con el resto de su apariencia, como había indicado Benjamin. Era enorme, con una caja de acero inoxidable que reflejaba la luz en múltiples direcciones y una esfera de un azul profundo que parecía un pedazo de cielo nocturno

enmarcado en su muñeca. Los números y las manecillas eran de un dorado brillante que resaltaba contra el fondo oscuro. Otto se acercó y pudo comprobar que el minutero no se movía. Aquel reloj marcaba siempre las tres y diez de la tarde.

Mientras la observaba, sentada junto al parapsicólogo, no pudo evitar preguntarse qué secretos albergaba aquel reloj. Irina, con su postura recta y su mirada concentrada, parecía la encarnación de la serenidad. Pero el reloj, con su presencia imponente, parecía gritar que había algo más en la joven asistente, algo que el Observador aún tenía que descubrir.

Otto regresó junto a su amigo esquivando a los gorilas de la KGB, que no le descubrieron por escasos segundos. Benjamin parecía expectante:

—¿Te he sido de ayuda?

—Mucho más de lo que piensas.

Benjamin lanzó una mirada directa a Otto, buscando en su rostro alguna señal de comprensión, de aceptación de estas nuevas posibilidades. Había expuesto sus pensamientos con la esperanza de ayudar a su amigo a ver más allá de lo que había estado observando, a explorar nuevas teorías y considerar diferentes perspectivas. Pero Otto parecía desanimado, prácticamente hundido. Se acababa de dar cuenta de que no solo había llevado aquel caso de una forma pésima a causa de su ignorancia sobre el ajedrez. Lo había llevado de forma pésima y punto. Le habían engañado en sus propias narices. Su odio por la Agencia, su deuda pendiente por lo que pasó en Chile, le habían mantenido obsesionado, fuera de juego. Otto Weilern era un fiasco. Incluso el subteniente Faure era mejor investigador que él.

—Te deseo suerte en tu caso, Otto.

El Observador se dio cuenta de que Benjamin se estaba despidiendo. El largo monólogo que desgranara minutos antes había obrado un cambio profundo en su amigo. Parecía arder en deseos de marcharse. El subteniente Faure no sabía cómo decir adiós al Observador después de todo lo que habían pasado juntos, No quería parecer descortés. Otto se dio cuenta de la razón:

—¿El juez del caso Durán ya ha tomado una decisión, Benjamin?

—Sí. Ya sé qué voy a hacer. Mientras trataba de resolver tu misión, creo que he resuelto la mía, o al menos mis dudas sobre el siguiente paso que debo afrontar. Todo es una partida de ajedrez, toda mi vida. Debo mover pieza o perderé el juego. Así que me marcho a la isla de Samal. Aún necesito unos días para prepararlo todo pero creo que debo regresar y cerrar esta historia.

—Pues entonces te deseo suerte. En el sobre que te he dado encontrarás una petición, un pequeño favor. Tal vez sea un favor muy grande. Pero te necesito tanto o más de lo que tú me necesitabas

cuando apareciste aquí semanas atrás recién salido de la prisión de Baguío:

Benjamin abrió el sobre, rebuscó entre los billetes y sacó un pedazo de papel. Lo leyó con avidez. Asintió:

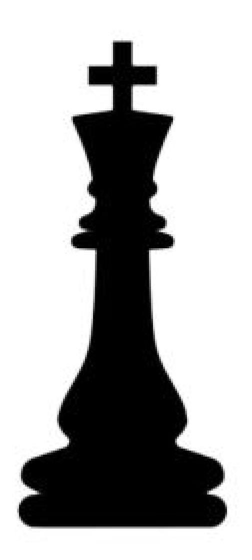
—Puedes contar con ello, amigo.

Se despidieron. Otto vio al subteniente dejar el Pines Hotel. Ya no caminaba como un anciano. Aquel era un hombre nuevo, resuelto, decidido. Tenía un plan.

Durante la siguiente partida, la número veintiocho, Otto prepararía las líneas maestras de su propio plan. Él, al igual que Benjamin, tenía que hacer justicia.

CAPÍTULO 21

El Observador solo sabe observar



La señora Dimatulak parecía contenta. En el bar del Pines Hotel, le explicó que por fin las aguas volvían a su cauce y la victoria de Karpov era casi un hecho. Otto no entendía muy bien la actitud de los Dimatulak. Daba la sensación de que se morían de ganas de que Zukhar fuese derrotado y la CIA fracasase. Pero su misión, después de todo, era la misma que la de Otto, justamente la opuesta: que el desertor humillase a Rusia y a su flamante campeón. El Observador tenía la misión específica de eliminar el factor Zukhar y los Dimatulak debían ayudarle a conseguirlo. Pero en su forma de obrar, el Observador intuía el velo de la envidia y el desprecio. Ellos eran filipinos y expertos en ajedrez; con toda seguridad habían informado a la Agencia que podían realizar por sí solos aquella misión. Pero les habían impuesto a Otto Weilern, al que se limitaban a vigilar. Ellos solo le asistían cuando se les requería. Una posición de comparsas que no terminaba de satisfacerles.

Además, como había quedado demostrado, Otto no estaba precisamente llevando el caso de una forma brillante. Lo que parecía demostrar, al menos a sus ojos, que habían sido relegados erróneamente.

—Por un momento llegué a temer que se batiera el récord de treinta y cuatro partidas del campeonato de mil novecientos veintisiete entre Capablanca y Alekhine —le confesó la señora Dimatulak—. Pero Korchnoi está acabado. Siempre lo estuvo en realidad. Ya se lo dije. Por desgracia, no es el único que está acabado —añadió mirando fijamente a Otto.

Pero el Observador hizo caso omiso al comentario.

—¿Qué ha pasado en mi ausencia?

—Se fue usted antes de que acabase la partida número veintisiete, sin duda la más extraña de todo el torneo. Korchnoi tomó la decisión de jugar al azar, de hacer una partida desde la intuición. Al principio, como es lógico, eso sorprendió a Karpov y puso al viejo maestro en posición de ventaja. Pero un ajedrecista profesional no puede actuar de esa forma indefinidamente si quiere conseguir la victoria. Poco a poco, el rigor matemático de Karpov fue dejando fuera de juego a Korchnoi. A última hora, el pobre Víktor tuvo que aceptar su derrota. El resultado: cinco a dos. Karpov solo necesita una victoria para proclamarse de nuevo campeón del mundo. ¿Sabe lo que eso significa?

Otto sonrió.

—Creo que sí. Significa que el tiempo apremia. Karpov no puede ganar pero está a punto de hacerlo. Queremos que Rusia quede desacreditada al ser derrotada por un disidente como Korchnoi. Se me

acaba el crédito. Debo neutralizar a Zukhar y que el mejor Korchnoi salga a la palestra. Y que lo haga de una maldita vez.

—Sí, eso espera de usted la Agencia. Las apuestas están a favor de Karpov y en su contra, señor Weilern.

—No se preocupe. Diga a nuestros jefes que estoy a punto de encontrar una solución.

—No le creo.

—No me importa lo que crea.

—Oh, sí que le importa.

Otto negó con la cabeza.

—De cualquier forma, tengo una pregunta para usted.

Cristina se sorprendió. Hizo una mueca de desprecio.

—Dispare, Observador.

—¿Sabe de electrónica, Cristina? —preguntó Otto, observando la pluma de avestruz en el sombrero de la mujer, que siempre parecía moverse al ritmo de sus palabras—. Porque es un tema del que no sé gran cosa y tengo una duda.

La señora Dimatulak se echó a reír con cierta condescendencia.

—Observador, ¿es que acaso hay algo que usted conozca o sepa hacer? —respondió con una sonrisa irónica—. ¿O solo se limita a observar sin aprender nada?

Otto no se dejó provocar por sus palabras y prosiguió:

—Imagine que necesita enviar un mensaje a corta distancia, tal vez a unos pocos metros, usando un dispositivo oculto en un reloj. ¿Cómo haría eso?

Cristina entornó los ojos, cruzó los brazos y ladeó la cabeza como si estuviera considerando la pregunta.

—Bueno, en teoría, podría hacerse de varias formas —respondió —. Tal vez con una señal de radio. El dispositivo emisor en el reloj enviaría la señal y el dispositivo receptor la captaría. Pero ese reloj imaginario necesitaría varios componentes clave para funcionar. Una fuente de energía, para alimentarlo, como una pequeña batería: algunos relojes llevan baterías de botón hoy en día. También necesitaría un transmisor para enviar la señal de radio, como un oscilador de cristal, que generaría una frecuencia estable. Y por último sería imprescindible un modulador que transformase las pulsaciones del operador en una onda portadora. En el caso más simple, esto podría ser un sencillo interruptor que enciende y apaga el transmisor. Dado el pequeño tamaño del dispositivo, sería necesario miniaturizar todos estos componentes, lo que sería un desafío técnico pero…

—¿Pero?

Cristina frunció los labios.

—Pero es posible. Nosotros hemos avanzado mucho en el campo de la miniaturización. Los soviéticos también están bastante

avanzados, especialmente en lo que respecta a la tecnología espacial y militar. Aunque todo esto es solo teoría. Para que el dispositivo funcionase, habría que vaciar el reloj. Todos los componentes de los que he hablado antes no cabrían si el mecanismo del reloj original está presente.

—El reloj del que hablo no marca las horas. Es solo una carcasa.

—Siendo así es perfectamente posible lo que plantea.

—Estupendo. Eso podría explicar muchas cosas.

—¿Entonces no hablamos de una hipótesis?

—Tal vez no.

Ella rio nuevamente, pero esta vez había una nota de genuina curiosidad en su risa. Otto se mantuvo en silencio, pero su mirada parecía estar en algún lugar lejano, pensando en las posibilidades de lo que acababa de aprender.

—¿No me va a contar nada más, Observador?

—No por ahora. Ese asunto es cosa mía. Les sugeriría a usted y a su esposo que disfruten de la partida siguiente y me dejen a mí las preocupaciones. Ah, y una cosa. No dé por derrotado a Korchnoi. Las tornas están a punto de cambiar.

—Le veo muy seguro de sí mismo.

—Lo estoy.

La conversación acabó momentos después. Cristina regresó a su asiento en el auditorio y Otto se quedó entre bambalinas, observando, atando cabos, preparándose para el combate final. El Observador buscó con la mirada a Irina y a Zukhar. No se atrevió a pasar de la entrada del auditorio por culpa de los gorilas de la KGB, pero pudo distinguirlos en la fila siete, riendo, charlando amigablemente.

Ajena a la actividad de los espías, la delegación soviética parecía más que satisfecha. En el fondo, siempre habían confiado en la brillantez de Anatoli; la derrota de días atrás, ahora lo veían claro, fue fruto del nerviosismo propio de la juventud. Comenzaban a hacer planes para la victoria. Ya se veían en el palacio presidencial de Malacañang junto al presidente Marcos.

El jefe de la delegación soviética, el coronel Baturinsky, un tipo duro de la KGB que sentía una especial animadversión hacia Víktor Korchnoi, suspiró por fin tranquilo. Karpov estaba humillando al traidor ante millones de espectadores de todo el mundo.

Era una jornada maravillosa para la madre patria rusa.

Pero se equivocaba.

Otto, a lo lejos, contempló los movimientos de Karpov, que se había convencido como todos de que Korchnoi estaba derrotado. Creía que limitándose a esperar los errores del viejo maestro, del ya caduco maestro, llegaría su oportunidad, como el día anterior. Una victoria más significaba el fin del campeonato. Pero en realidad estaba

sucediendo lo que algunos habían previsto días atrás: que Korchnoi, cuando estuviera al borde de la derrota, acorralado, haría su mejor juego.

Aquella jornada se saldó con una victoria fácil y rápida del infame traidor a la Unión Soviética. Cinco a tres. El no tan caduco maestro se fue a la playa y cogió una insolación, pero no paraba de sonreír. La desesperación le daba fuerzas. Por fin tenía un plan (como Otto, como Benjamin) y aunque fuese algo tan sencillo como dejarse en cada partida hasta la última gota de su sangre, no dejaba de ser un plan. Karpov, decidido a utilizar la insolación de su rival para eliminarlo de forma definitiva, decidió asumir riesgos y atacar en la partida siguiente. Nunca asumas riesgos ante un hombre desesperado, dijo un sabio. Korchnoi consiguió otra victoria y de pronto el mundial estaba cinco a cuatro.

El campeonato el mundo no había terminado. Ni mucho menos.

CAPÍTULO 22

Una conejillo de indias



Una hora después, Otto se encontraba solo en su habitación, cargando su arma. Aunque no era partidario de la violencia, sabía que para acceder al almacén donde se guardaban las bebidas para los asistentes, tendría que estar preparado para tomar medidas drásticas si fuera necesario. Esperaba pacientemente el momento oportuno, aquel instante en el que los gorilas de la KGB estuvieran distraídos.

Durante la partida número treinta, llegó su oportunidad. La delegación rusa se puso de los nervios, presintiendo que algo terrible estaba por suceder. Tanto Karpov como Korchnoi jugaban para ganar y ambos mostraron capacidades sobresalientes, lo que finalmente condujo a un empate. Ninguno de los dos cometió errores. Los gorilas de la KGB estaban absortos en los últimos y decisivos movimientos de la partida, esperando que Karpov obtuviera la victoria y asegurara el campeonato.

Y descuidaron la protección de Irina. Por fin, Otto Weilern tenía su oportunidad.

Así que Otto se apresuró hacia el vestíbulo del Pines Hotel y se dirigió rápidamente hacia los almacenes, ubicados en una zona apartada, lejos de la vista de los huéspedes y el personal. Era un lugar tranquilo y poco frecuentado, utilizado para almacenar bebidas y suministros. Allí esperó un par de horas, escondido tras un palé de bebidas, hasta que apareció Irina. Pensó que nadie se iba a imaginar que intentaría a abordar a la muchacha en el mismo lugar donde ya lo hiciera la vez anterior. Acertó.

—Hola —dijo el Observador.

Irina se giró y miró al hombre que la perseguía. Pensó que seguramente era un demente, como aquellos individuos vestidos de color azafrán que entonaban cánticos extraños.

—No me haga daño —imploró—. No sé nada. Le prometo que no sé nada.

En ese momento, un camarero irrumpió en los almacenes, interrumpiendo la conversación entre Irina y Otto. Rápidamente, el alemán apuntó al camarero con su pistola. El camarero, sorprendido por la situación, decidió cooperar y avanzó en silencio hacia el congelador. Al abrir la puerta, una ráfaga de aire frío los envolvió. Otto mantuvo su pistola apuntando al camarero mientras lo empujaba hacia el interior de la cámara. Una vez dentro, cerró la puerta y se aseguró de que quedara bien cerrada.

Otto volvió su atención a Irina, quien le observaba muerta de miedo.

—¿Cuántos años tienes, Irina? —preguntó.

—Acabo de cumplir 18 —respondió con un fuerte acento ruso.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo la asistente del señor Zukhar?

—No mucho —tartamudeó—. Empecé a servirle durante los viajes oficiales hace un año y medio. Después pidió que le atendiera a él en exclusiva. Dice que le doy suerte —añadió con voz temblorosa.

Aquello se había convertido en un interrogatorio y Irina miró a su adversario, tragando saliva, preguntándose dónde demonios estaba su escolta de la KGB.

—No busques a tus amiguitos. No los verás en unos minutos. Y a mí me basta con ese tiempo —advirtió el Observador.

—Por favor, no me haga daño —repitió Irina, considerando si debía gritar y qué podría hacerle aquel hombre si se arriesgaba a pedir auxilio.

Otto dio un paso al frente. Guardó su pistola y sacó una jeringa de su americana, lo que hizo retroceder a la muchacha.

—Dime la verdad o te mato aquí mismo —dijo Otto—. Un amigo me aconsejó que buscara lo que no encajaba en toda esta historia y me di cuenta de que había dos cosas que no lo hacían. Tú eres la primera.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—La delegación soviética es hermética, nadie tiene acceso, y permiten que una chica cualquiera vaya de aquí para allá llevando agua personalmente hasta los asientos privados de los jefazos, en lugar de dárselo a personal de confianza o a los guardaespaldas. Además, después de interrogarte, en lugar de mandarte a casa, te ponen bajo la vigilancia de esos gorilas ineptos de la KGB, como si tu presencia estuviera fuera de toda duda, como si fueras importante para alguien. ¿Acaso estamos hablando de Zukhar?

La muchacha palideció cuando Otto se levantó la americana con la mano libre y le mostró la funda de su pistola. Y repitió:

—¿Es Zukhar el que exige que estés aquí en las Filipinas a cualquier precio?

—Ya le dije que me ha hecho proposiciones. Incluso de matrimonio. Las he rechazado, pero él insiste en que debo acompañarle. Dice que si no estoy a su lado, se marchará.

—¿El parapsicólogo dijo que si tú no estabas a su lado, se marcharía de Filipinas?

—Escuché a Zukhar decirlo personalmente. No quiere dejarme sola y dar pie a la posibilidad de que algún chico joven me seduzca. Está obsesionado conmigo y...

—No digas más. Es lo que quería saber.

La jeringuilla se clavó en el cuello de la muchacha, quien forcejeó en vano tratando de huir del pequeño cuartucho donde se apilaban cervezas, botellas de refresco y agua con gas.

—Entiendo por qué a Zukhar le gustas. Yo mismo... yo mismo... Si

fuera más joven o un tipo diferente de persona. Alguien decente. Tal vez…

Otto cogió el reloj de pulsera de la joven y lo guardó en un bolsillo de su chaqueta. No tenía tiempo para desmontarlo y descubrir qué misterios ocultaba, había otras cosas más importantes que hacer en aquel momento.

Había estudiado el terreno y sabía que el edificio adyacente era la lavandería del hotel. Sin perder tiempo, Otto se dirigió a la lavandería y tomó un carro de ropa sucia. El sonido de las ruedas del carro sobre el suelo y el olor a detergente de la ropa sucia impregnaban el aire. Con cautela, regresó al lugar donde había dejado a Irina y verificó que no había nuevos camareros o testigos de sus acciones.

Después, colocó a Irina en el interior del carro, debajo de un montón de pantalones y camisas. Comenzó a empujarlo, moviéndose por los pasillos del hotel con cuidado para no levantar sospechas. Se encontró con los gorilas de la KGB que se lamentaban del empate de Karpov a grandes voces. Otto volvió la cabeza para que no lo reconocieran y siguió su camino. *Vaya cuadrilla de ineptos*, pensó.

Cada paso que daba, Otto se sentía tenso y alerta, consciente de que estaba llevando a cabo una operación arriesgada. Podían darle el alto en cualquier momento. Pero todo salió bien. Un minuto después, llegó a un pasillo lateral que conducía a una entrada de servicio. Alguien lo estaba esperando.

—¿Aquí está el paquete? —preguntó el señor Dimatulak.

—Sí, en el fondo, debajo de toda esa ropa sucia —dijo Otto.

—¿De verdad crees que retener a esta muchacha cambiará el rumbo del campeonato?

—Zukhar se pondrá nervioso, dejará de venir a las partidas y buscará a Irina como un loco. Eso pondrá nerviosa a la delegación rusa y, finalmente, será Karpov quien pierda los nervios. Todo este absurdo entramado se sostiene en un delicado equilibrio. Si lo rompemos, todo cambiará, Korchnoi empatará el campeonato del mundo y tendremos una partida definitiva, a vida o muerte, entre los dos maestros.

—Usted y sus teorías basadas en la observación del alma humana para mí no tienen valor alguno. Son solo suposiciones.

—Conozco a las personas. Karpov no puede con la presión. ¿Has visto su cara? ¿Está al límite de sus fuerzas? Un pequeño empujón y se vendrá abajo.

Ramón Dimatulak pensaba que Otto estaba a punto de caer en desgracia y estaba de muy buen humor. Tanto que se permitió un instante de empatía:

—Siento un poco de lástima por esta muchacha —dijo el filipino —. Primero la retendremos para romper el equilibrio, como usted

dice, a través de Zukhar. No podemos sacarla de aquí, al menos de momento, porque hay demasiada vigilancia. Tampoco podemos matarla y que el cadáver sea descubierto. Queremos que gane Korchnoi, no que se suspenda la partida. La drogaremos y la tendremos retenida en una de nuestras habitaciones. Pero al final, tanto si tenemos éxito como si no… bueno, una vida truncada a tan corta edad siempre es una pena. No podemos correr el riesgo de dejarla viva y que tal vez pueda reconocernos en el futuro a mí o a la señora Dimatulak. No digamos a usted, a quien ha visto varias veces.

Otto tragó saliva y refrenó un sollozo. Se secó una lágrima, huidiza, en la pestaña de su ojo derecho. La quitó con rabia y la arrojó al suelo como si quemara. Tenía un plan y tenía que llevarlo a cabo hasta las últimas consecuencias.

—Esto son solo negocios, amigo —informó al filipino—. Por mí, podéis hacer con Irina lo que os dé la gana.

—¿Y el reloj? —inquirió Ramón Dimatulak—. Mi esposa me habló de un reloj que mandaba señales de radio. Pensamos que era probable que estuviera hablando del reloj de Irina.

—Nada. Falsa alarma. La chica ni siquiera llevaba reloj cuando la he capturado. Me equivoqué.

Ramón se echó a reír.

—Usted se equivoca mucho, ¿no es verdad? Pero luego quiere que creamos que no se equivoca con esta joven y su importancia para Zukhar.

—Pronto comprobará que, al menos en el asunto de la importancia de Irina, no voy errado.

—Lo comprobaremos, señor Observador. Sí, sí, lo comprobaremos. No le quepa duda.

El señor Dimatulak se marchó sin despedirse, empujando plácidamente su carrito. Iba vestido como cualquier mozo de hotel, su traje oscuro de costumbre guardado en una maleta. Según se alejaba, Otto comenzó a silbar una canción de moda, tratando de parecer tan indiferente como pretendía ser.

Pero era una fachada, claro. En realidad, estaba a punto de asumir un nuevo y gran riesgo. Acaso un riesgo calculado, necesario. Pero un riesgo, en cualquier caso. Caminó hasta el bar y buscó la mesa donde estaban tomando una copa los asesores de Korchnoi. Se detuvo delante de la silla de Petra Leeuwerik y se inclinó para atarse el cordón de uno de los zapatos. Dijo algo en voz baja. Una mujer morena, de melena leonina, se volvió y le miró asustada. Petra era la más cercana de entre los colaboradores del gran maestro: secretaria y amante, se decía. De estatura media y complexión fuerte, sus ojos intensos reflejaban una profunda pasión por el juego y una gran lealtad hacia Korchnoi.

—Recuerde, a las cuatro de la tarde —le susurró Otto.

Y siguió su camino como si no hubiera pasado nada.

Unos pocos días después, el Observador estaba sentado en la habitación número 33 de un hostal de mala muerte en el peor barrio de Baguío. Miraba la televisión. El presentador estaba comentando la situación del campeonato del mundo:

—Las últimas partidas serán recordadas como las más importantes en la historia del ajedrez. Históricas para Korchnoi, quien logró remontar tres puntos de desventaja en la final del campeonato. Algo nunca antes visto. Karpov, quien tenía la victoria en sus manos, ha mostrado una inexplicable debilidad en los momentos finales de las últimas partidas. El camarada Ivonin, ministro soviético de deportes, llegó al auditorio justo cuando Karpov aceptaba la derrota y firmaba su tarjeta. La delegación soviética rodeó al ministro, pálido, mientras observaban a Korchnoi, el traidor, siendo aplaudido por la multitud. ¡Cinco a cinco! Empate. El próximo ganador será el campeón del mundo de ajedrez. Algo nunca antes visto. Estamos presenciando uno de los momentos más extraordinarios en la historia de este deporte.

Otto hizo su maleta con el sonido de fondo de la televisión. Sin prisas. No había regresado al Pines Hotel porque los gorilas de la KGB le estaban buscando, y también la policía. Además, un camarero que había sido rescatado temblando de una cámara frigorífica había dado una descripción precisa y habían hecho un retrato robot. Así que Otto se había teñido el pelo y se había ido lejos, al otro lado de la ciudad, a esperar el desenlace de aquella historia.

En ese preciso instante recibió una llamada, justo cuando estaba a punto de salir de la habitación del hotel. Era, por desgracia, alguien conocido:

—Has neutralizado a Zukhar cuando nadie confiaba en ti —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Supongo que tus esbirros filipinos te habrán informado.

—Oh, sí, lo hicieron. Una jugada maestra la de secuestrar a esa muchacha. Han pasado más de cuarenta horas y Zukhar sigue desaparecido. Nadie sabe nada de él. Está buscando a su amada por toda la isla. Eso es lo que se rumorea. Lo has hecho bien. Tu dinero está en el banco que nos indicaste.

Acabar con la influencia de Zukhar era la misión específica de Otto Weilern. Y la había cumplido. Lo que sucediera a partir de ese momento ya no era asunto suyo.

—¿Veinticinco mil dólares?

—Exactamente como acordamos.

—Excelente. No quiero volver a trabajar para la Agencia. La detesto y te detesto a ti en particular.

—Por supuesto. Claro. Hasta la próxima.

—Lo digo en serio.

—Siempre lo dices en serio. Pero al final necesitas nuestro dinero.

—Esta vez es de verdad.

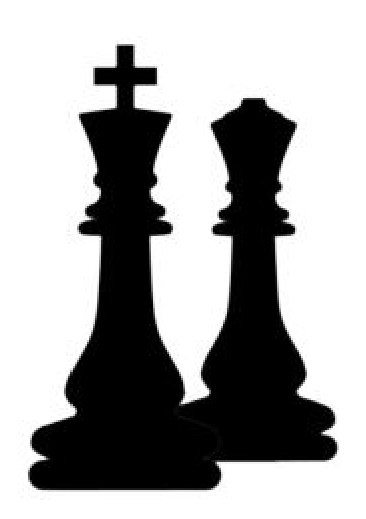
—Bien, no discutamos, Observador. Lo discutiremos la próxima vez, cuando hablemos de tus honorarios.

—Vete a la mierda.

El hombre de la CIA estalló en una risa tan estridente que Otto no pudo soportarla por más tiempo. Colgó el teléfono de un golpe que partió el aparato en dos.

CAPÍTULO 23

Ola de crímenes



Otto salió de la habitación. Acudió a la recepción del hostal y pagó la cuenta. Miró su reloj. Eran las 16 horas. Había llegado el momento. Salió a la calle. Se encontraba en un barrio conocido como Barangay Poorville, ubicado en una colina empinada y alejado del centro urbano.

Barangay Poorville era un conjunto de casas modestas y precarias, construidas con materiales improvisados como láminas de metal, madera y cartón. Las calles sin pavimentar estaban llenas de baches y el acceso al barrio era difícil, especialmente durante la temporada de lluvias, cuando el barro se volvía resbaladizo y complicaba aún más la vida de sus residentes.

A medida que uno se adentraba en el barrio, podía ver la realidad de la vida cotidiana de sus habitantes. Las casas eran pequeñas y apretadas, con pocos muebles y escasas comodidades. La falta de servicios básicos como agua potable era evidente, y las familias dependían de fuentes de agua cercanas y de conexiones eléctricas improvisadas.

Las condiciones de vida eran duras, con una pobreza palpable y una falta de oportunidades para sus residentes. La falta de empleo y la escasez de recursos económicos dificultaban la vida diaria de las personas que habitaban en Barangay Poorville. Sin embargo, a pesar de estas dificultades, la comunidad se mantenía unida y luchaba por sobrevivir.

En aquel lugar modesto y humilde, Otto y Korchnoi tuvieron una cita que resultaría decisiva para la suerte de ambos.

En la calle, el maestro hizo una seña a su amante y analista, Petra Leeuwerik.

—No te voy a necesitar, cariño. Espérame aquí afuera.

Petra Leeuwerik era conocida por su aguda inteligencia y su enfoque analítico del juego. Su habilidad para evaluar las posiciones y desarrollar estrategias sólidas era altamente valorada por Korchnoi, quien confiaba en ella para proporcionarle información crucial durante las partidas. Pero en aquella partida, el gran maestro debía estar solo.

Aunque solía mantenerse en un segundo plano, Petra no dudaba en expresar su opinión cuando consideraba que era necesario. Su voz firme y segura resonaba en las discusiones tácticas, aportando ideas y perspectivas que contribuían al enfoque agresivo y combativo de Korchnoi en el tablero.

Y aquella fue una de las veces en que mostró su desacuerdo.

—Me necesitas. No sabes qué pretende ese hombre. No estamos

seguros de lo que quier…

—Petra, confía en mí. Es mejor así.

La mirada de Korchnoi no admitía réplica. A pesar de su apariencia seria y reservada, Petra también mostraba una actitud cálida y protectora hacia su amante. Su dedicación hacia Korchnoi y su compromiso eran absolutos.

—Haré lo que dices, Víktor.

Korchnoi la besó en una mejilla y entró en un modesto café ubicado en una esquina del barrio. El lugar era sencillo, con mesas y sillas de plástico gastadas por el tiempo y una pequeña barra donde se servían bebidas fuertes. La música popular filipina sonaba de fondo, creando un ambiente nostálgico y familiar.

El encuentro entre ambos se dio, por tanto, en un ambiente distinto al glamour del campeonato del mundo. Pero no le importó en absoluto a ninguno de los dos hombres.

—¿Qué desea? —dijo el gran maestro, en tono serio, luego de las presentaciones.

—Tenemos que hablar. Es algo muy importante.

Una hora después, Otto salió del café. Su misión había concluido. Miró de nuevo su reloj. Eran las cinco de la tarde.

—Ha sido un placer conocerlo, Víktor —le dijo a Korchnoi en el umbral de la puerta del local.

Y entonces Otto se alejó. No volverían a verse.

Al día siguiente, se subió a un avión con destino a Madrid, donde Otto vivía desde hacía unos años. El Observador abrió el periódico por la sección de deportes. El campeonato del mundo seguía su curso y, por una vez, el viejo maestro era el favorito. Junto a la instantánea de un sonriente Korchnoi, en segundo plano aparecía Karpov, ojeroso, vestido con la misma camisa de dos semanas atrás, antes de que llegaran las derrotas. Los periodistas se preguntaban si no sería por superstición.

—¿Vas a perder, Anatoli? ¿Al final el zorro de Korchnoi es demasiado astuto para ti? —musitó.

Otto no estaba seguro, y por una vez, no saber toda la verdad le pareció algo de lo más reconfortante.

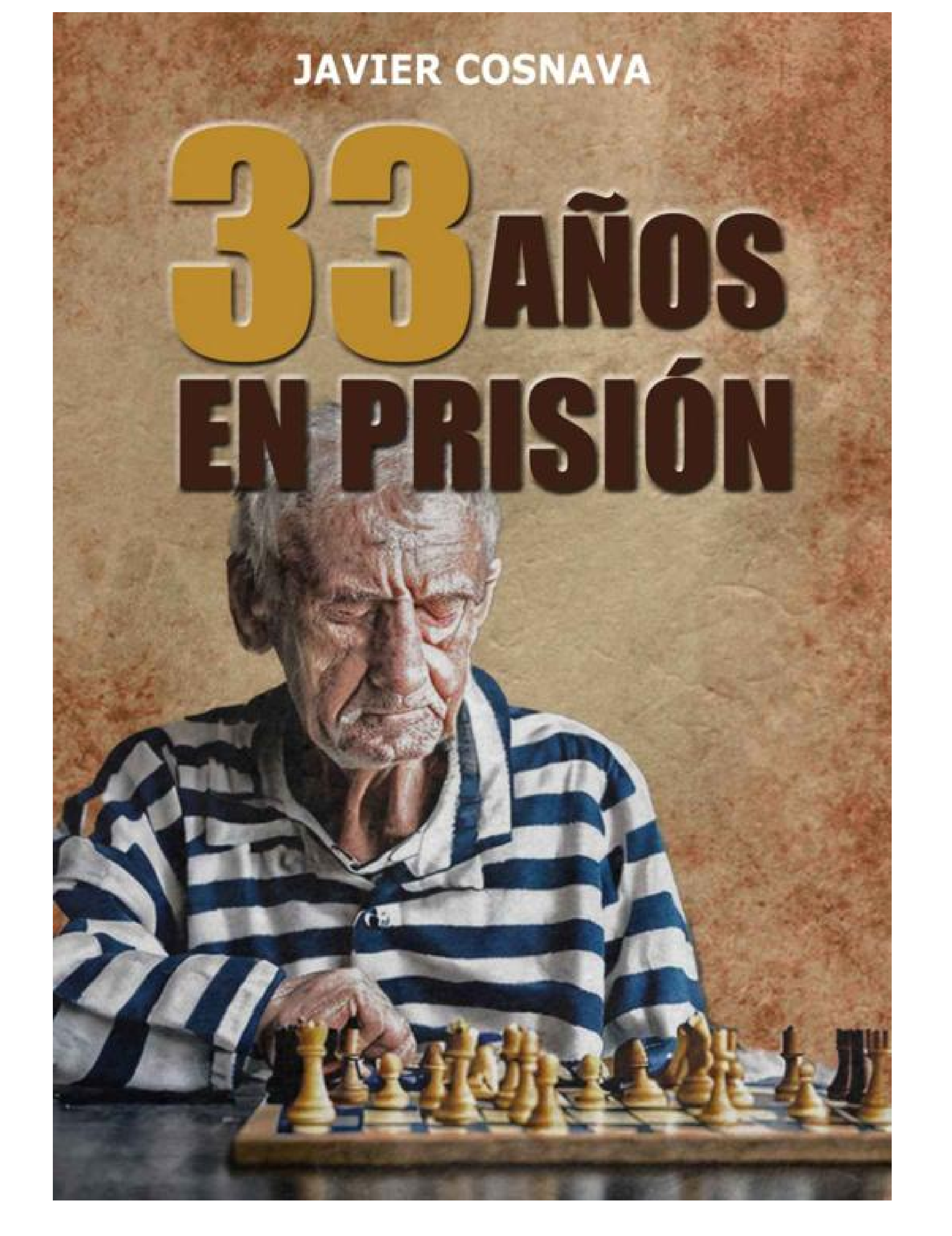
Además, todo aquel asunto quedó de pronto en segundo plano, porque una noticia le sorprendió al volver la página y llegar a la sección de sucesos. Como una vez le había explicado James Uriarte, había muy pocos asesinatos en Filipinas. Cuando tenían lugar se convertían rápidamente en noticia.

Y por ello, el titular era perturbador y escandaloso:

OLA DE CRÍMENES.
5 MUERTOS EN BAGUÍO Y EN LA ISLA DE SAMAL.

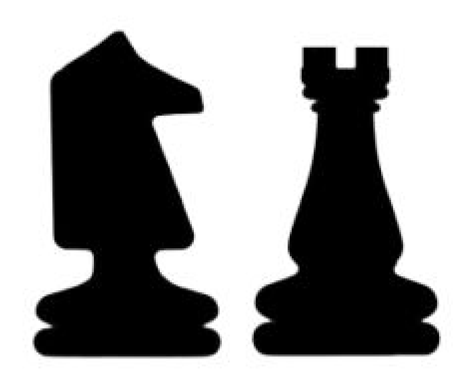
QUINTA PARTE

Resoluciones


JAVIER COSNAVA
33 AÑOS
EN PRISIÓN

CAPÍTULO 24

¿Justicia?



Benjamin estaba vigilando la casa de Carla Durán, esperando el momento preciso para culminar su venganza.

Absorto como siempre en sus recuerdos, sin perder de vista la pobre casa de madera y bambú, parcheada con recortes de aluminio, su memoria regresó a 1945. Desde el océano de la retentiva, se transportó a aquel momento de felicidad para los filipinos: querían ser libres y odiaban a los japoneses, que habían cometido grandes atrocidades y tomado mano de obra esclava entre la población local. Recordó a la banda de música tocando en el puerto de Manila para agasajar a los bravos pilotos que pronto surcarían los cielos:

—Es hora ya de combatir con fiero ardor, con gran valor, hasta vencer, hasta vencer, hasta morir—, canturreaba en el presente y en voz baja Benjamin la letra de uno de los gloriosos himnos que le había hecho sentir tan orgulloso de su misión.

El ministro dio un discurso en su honor. Fue un momento maravilloso, sentir la certidumbre de que estaban haciendo algo bueno, de que las fuerzas aéreas filipinas, aunque la segunda guerra mundial estaba ya a punto de terminar, iban a ayudar a construir un mundo mejor. Pero el subteniente Faure no tuvo oportunidad de construir ese mundo mejor, ni de convertirse en un héroe, ni de alcanzar la gloria. Él estaba destinado a pasar su vida tras unos barrotes.

¿Por qué? No lo sabía. Solo sabía que tenía un amigo llamado Emilio Durán que trabajaba como camarero en la base Clark, la misma en la que él servía. Tenían en común su interés por el ajedrez y habían jugado muchas partidas juntos, primero en la base y luego en la casa de Emilio. Allí pasaba muchas tardes al acabar su turno. Su mujer y su hija menor no tenían mucho respeto por el padre de familia y había muchas discusiones en casa. A la hija mayor, Carla, la veía raramente porque volvía tarde del colegio. Es lo único que sabía, lo único que supo hasta que su vida se truncó y despertó en un charco de sangre, con Emilio, su esposa Jennifer y la pequeña Virginia muertos a su lado.

Alguien le había tendido una trampa. Y era el momento de que pagase.

Porque Benjamin se había convertido en la mano ejecutora de la justicia, debía castigar a quien (o quienes) le habían condenado a la muerte en vida.

De vuelta al presente, Benjamin prosiguió su vigilancia. Carla Durán y su esposo estaban recogiendo a toda prisa. Había cajas apiladas delante de la vivienda. Carla se estaba preparando para

llevarse la mayor parte de esas pertenencias en un vehículo que había alquilado, un Mitsubishi Lancer plateado (muy popular en Filipinas por aquel tiempo). Agazapado en un lado del sendero, detrás de unos matorrales, Benjamin contempló cómo se abrazaba a su esposo y se subía al vehículo:

—¿Estarás bien? —preguntó ella.

—Claro. Solo van a ser unos minutos. Cuando hayas dejado esas cajas en el barco, vuelves y ya tendré el resto de la mudanza terminada. En una hora nos habremos marchado.

El Lancer arrancó y el marido de Carla se quedó delante del porche de la casa, mirando en derredor, como si temiese que alguien estuviese vigilando, alguien indeseado que tuviera la intención de allanar su chabola. En ambos casos, si eso era lo que temía, estaba en lo cierto.

Todo fue extrañamente fácil. Benjamin avanzó subrepticiamente y se colocó delante de la puerta de la vivienda, pistola en mano. Era una Beretta, el último regalo de Otto antes de que sus caminos se separasen.

Cuando los goznes chirriaron y un hombre apareció con dos grandes bolsas, una en cada brazo, dispuesto a apilarlas con el resto de cajas y cachivaches que había en la acera, el subteniente Faure le apuntó con el cañón de su arma y le invitó a regresar al interior. El esposo de Carla retrocedió lentamente. Las manos le temblaban y contempló durante un minuto interminable al asaltante antes de soltar un bufido. A Benjamin le pareció que era un suspiro de alivio. Todas las historias tienen que llegar a una conclusión. Nadie puede huir eternamente y, terminado el camino, incluso la presa se siente feliz de que la lucha concluya de una vez por todas. El filipino había fracasado en su intento de escapar del pasado y de Benjamin, que venía a pedir cuentas por treinta y tres años de cautiverio.

Las bolsas cayeron pesadamente, derramándose en el suelo pantalones, calcetines y ropa interior de mujer. Los dos hombres se miraron.

—Hola, Emilio Durán —dijo Benjamin.

Pero Emilio había muerto hacía más de treinta años.

—Aunque supongo que realmente te llamas Marvin Durán —añadió Benjamin.

El filipino inclinó la cabeza y aspiró lentamente el aire como si tuviese miedo de dejar de hacerlo en cualquier momento. No dijo nada porque acaso no había nada que decir.

—¿Sabes cómo lo descubrí? —dijo entonces Benjamin señalando hacia la única estantería del salón, donde aún se encontraban unas figuras de porcelana, un tablero de ajedrez y algunas fotos de familia —. Creo que Carla pensó que te reconocería en vuestra foto familiar;

la cogió de la estantería y la puso contra su pecho para que yo no la viera. Pero estás muy viejo y cambiado y solo te vi una fracción de segundo. De cualquier forma, nunca te habría reconocido. Me fijé, eso sí, en una cosa: descubrí ese tablero de ajedrez, una partida comenzada, tal vez una que juegas contra ti mismo cuando llegas del trabajo.

Sobre una de las baldas inferiores descansaba un tablero de ajedrez hecho de madera de caoba. Mostraba sus cuadrados alternando entre tonos marrón oscuro y marrón claro. Las piezas parecían aguardar en silencio el toque de una mano que las convocase de nuevo. Eran de un material más sencillo, posiblemente plástico, pero pintadas con esmero para emular los colores del marfil y el ébano.

—Siempre supe que esta historia estaba relacionada con el ajedrez, y era cierto —continuó Benjamin—. Reconocí tu forma de jugar, estructurada en base a un estilo profiláctico. Siempre mueves pensando en primer lugar en el movimiento del contrario, como el gran maestro Petrosian, aunque con mucho menos talento, por supuesto. Hace unos días, durante el campeonato del mundo, estuve hablando con un amigo sobre el estilo de Petrosian al hilo de la partida que se estaba jugando en aquel preciso instante. Ahora comprendo que era una señal: una señal del destino, que quería que yo estuviese preparado para observar ese tablero y descubrir lo que no tenía sentido. Porque no tiene sentido que un hombre muerto esté jugando una partida treinta y tres años después en la casa de su supuesta hija.

—Ya veo —dijo Marvin, retrocediendo un paso más.

—Es una ironía que el ajedrez, del que te valiste para engañarme y tenderme una trampa, haya sido al final el que te ha delatado.

Tal y como había explicado a Otto, el subteniente Faure había explorado las contradicciones de aquel caso. Recordó una vez más al camarero que dijo llamarse Emilio Durán, un aficionado al ajedrez, un buen hombre en apariencia. Pero lo que no podía sospechar es que aquel hombre no era Emilio Durán.

—Entré a trabajar en la base con los papeles de mi primo —explicó Marvin por fin—. Yo tenía antecedentes penales y nunca me habrían dejado trabajar en la base Clark.

—¿Antecedentes? —preguntó Benjamin.

—Acoso a una menor.

El subteniente Faure meneó la cabeza, asqueado. Claro, de eso se trataba. La familia Durán de Baguío le había hecho un favor a su primo del sur caído en desgracia. Mientras el padre de familia trabajaba en cualquier otra parte, Marvin ganaba unos buenos dólares en la base. Dinero que compartía por las molestias. Pero la madre

pronto comprendió que aquel hombre miraba con lascivia a Carla. Había tensiones en la familia y estaban a punto de echarle de aquella casa. No solo iba a perder el empleo, cosa que en el fondo a Marvin Durán ya no le importaba, también iba a perder a Carla.

—Planificaste mi ruina como en una de las partidas de ajedrez que jugábamos —insistió Benjamin—. Anticipaste mis movimientos, me engañaste, me llevaste hasta la casa y preparaste la escena del crimen.

Marvin era en la actualidad un hombre de casi sesenta años, pero conservaba todo el pelo y lo llevaba teñido de negro, seguramente para disimular que le llevaba demasiados años a su mujer, que casi podría ser su padre. Era un tipo apuesto a su manera, bien conservado, y eso enervó a Benjamin, que había perdido su salud y su juventud en prisión, aunque lo que más le enfadaba era que el filipino contemplaba al hombre que le encañonaba con desprecio.

—Fue más sencillo que todo eso —reconoció Marvin—. Mi primo se pasaba semanas enteras en una hacienda cercana cortando caña de azúcar, trabajando de sol a sol. Aquella tarde volvía a casa tras la cosecha. Era ese día o ninguno. Si no hubiera llevado a cabo mi plan, en unas horas habrías conocido al verdadero Emilio. Yo no podía permitir que aquello sucediera. Quería que creyeras que solo había un Emilio. Y que cuando te despertaras cubierto de sangre pensaras que yo estaba muerto.

Benjamin se imaginó el resto. Marvin golpeó su cabeza con un martillo hasta dejarlo inconsciente, pero no muerto. Cuando la esposa de Emilio y su hija pequeña acudieron desde la habitación alertadas por el ruido, las mató a machetazos. Era una cuestión personal. Aquellas dos mujeres eran las que le habían impedido hasta ese momento acostarse con Carla. Así que se vengó de ellas con saña, con violencia inusitada.

Luego se sentó a esperar al verdadero Emilio Durán y le mató a traición con el mismo martillo con el que había dejado inconsciente a su “amigo” Benjamin. Lo desfiguró para que el subteniente Faure no reconociera el cadáver. Preparó la escena, inculpó a su compañero de ajedrez y luego, para más ironía y perversión, adoptó a la niña a la que venía acosando sexualmente, a Carla. Y nadie sospechó nada. Bueno, al menos al principio.

—Supongo que cuando regresaste con tu mujer a la isla de Mindanao ella creyó tu historia: una pobre niña huérfana y desvalida necesitaba un hogar. ¿Quién se negaría? Pero con el tiempo sospechó lo que pasaba entre tú y Carla; tuviste que darle muerte. ¿No es así?
Marvin torció su boca en una mueca extraña, como si pese a haber descubierto la verdad, pensara que el subteniente Faure seguía siendo un ingenuo que no veía más allá del tablero de ajedrez, de los peones, de los alfiles y de las reglas que movían las figuras.

En la vida no hay reglas. No para las personas como Marvin Durán.

—Eres un idiota, Benjamin. No entiendes nada.

—Ilústrame.

Marvin se echó a reír.

—Yo no soy un abusador de niñas, tampoco un asesino. Al menos, eso no es lo que me define. Yo estaba solo en el mundo, nadie me entendía, no podía compartir con nadie lo que había en mi interior, toda esa oscuridad y toda esa rabia. Una vez intenté conectar con una niña pequeña, un ser que aún no había sido modificado por completo por las normas de la sociedad. Pero tenía once años y las cosas no funcionaron. Demasiado pequeña para iniciar su transformación.

—Eres repugnante —dijo Benjamin.

Su adversario se encogió de hombros. Prosiguió:

—Cuando me mudé a vivir con mi primo Emilio y conocí a Carla todo tuvo sentido por fin. ¡Había encontrado mi alma gemela! Y planifiqué mi felicidad como una partida de ajedrez. No planifiqué tu desgracia sino mi felicidad. Una vez murió mi primo y su familia, Carla fue para mí, solo para mí. Como en una partida de ajedrez, la educación de una niña comienza con un movimiento delicado y significativo: la apertura. Allí tracé los fundamentos de su carácter, las bases de su conocimiento del mundo. La pervertí, sembré en ella las semillas de todo el horror que habita dentro de mí y alimenté una pasión antinatural.

Marvin no era como Benjamin lo recordaba. En 1945 no hablaban el mismo idioma y se comunicaban casi siempre por gestos. Ahora que entendía el tagalo y lo oía hablar largamente por primera vez, se dio cuenta de que era alguien muy distinto, retorcido e inhumano.

Y aquella bestia se relamió al recordar. Dijo:

—Avanzó la partida y de pronto Carla y yo nos hallábamos en el medio juego. Aquí, las tácticas y estrategias se volvieron más complejas, más variadas, pues ella había alcanzado la adolescencia. Los movimientos en el ajedrez reflejan las decisiones que tomamos en la vida, pueden ser audaces o conservadoras, defensivas o agresivas, siempre pensando en la posición actual, pero también con la mirada puesta en el futuro. Y el futuro de Carla era ser mi compañera perfecta, mi otro yo, mi complemento. Conduje su mano hacia donde yo quería. Y ella respondió a mi llamada.

Benjamin comprendió de inmediato.

—Con toda esa retahíla de estupideces supongo que pretendes decirme que fue ella la que mató a tu esposa, a Charlene Balani.

Marvin mostró una hilera de dientes blancos en una mueca diabólica.

—El rey, la pieza más importante en el ajedrez, se mueve con

cautela. Debe ser protegido a toda costa. Carla lo entendió y fue mi mano ejecutora. Nadie sospechó de una joven e inocente muchacha y yo me hallaba a más de mil kilómetros cuando mi esposa falleció. Quedamos impunes y pudimos iniciar una vida juntos, una vida plena y magnífica.

La mano del subteniente tembló, el dedo sobre el gatillo.

—Solo tengo un par de preguntas más, Marvin.

Su enemigo seguía con aquella mueca extraña en el rostro.

—Dime.

—¿Ha habido más muertes? Porque cuando tu esposa murió Carla aún era menor. Pero un hombre como tú, por mucho que hayas tratado de justificar tus actos, creo que no habrás podido evitar seguir matando. Por una razón u otra, con la excusa que sea, pero creo que no has parado. Y que ella ha matado contigo.

Marvin abandonó su gesto enloquecido, juntó los labios y miró por primera vez con respeto al subteniente Faure.

—Al final de una partida de ajedrez, cuando las piezas en el tablero se han reducido, cada movimiento cuenta aún más. En la educación, este es el momento en que una joven se convierte en adulta, cuando las lecciones aprendidas durante los años previos la ayudan a tomar decisiones significativas y a forjar su camino en la vida. Yo había convertido a Carla en un monstruo… un monstruo maravilloso, hermosísimo, radiante de negra luz. Mi monstruo.

«Y sí, estás en lo cierto, nunca hemos matado sin una razón. Los últimos momentos de una partida de ajedrez están llenos de tensión, de desafíos, pero también de grandes oportunidades. Aquí es donde se ve el resultado de los movimientos anteriores, donde las lecciones aprendidas demuestran su valor. Lo que importa no es tanto el resultado final, sino el juego en sí mismo, el proceso de aprendizaje y crecimiento. Y nosotros hemos crecido mucho, no puedes ni imaginar hasta qué punto.

Benjamin, sabedor por fin de toda la verdad, se relajó, sintiendo que de nuevo era dueño de su propia vida. No se percató de que Marvin cogía de la pared más cercana un “bolo”, un machete filipino. Tal vez el arma de los crímenes, que guardaba a la vista, como un trofeo. El subteniente Faure no lo había visto la última vez que estuvo en la casa. Se le había pasado por alto, lo que demostraba que el arte de la observación era eso, un arte, algo subjetivo e imperfecto.

—¡Deja eso! —dijo Benjamin cuando el filipino levantó su brazo derecho en alto.

Marvin Durán movió mal sus piezas en la partida decisiva. Su enemigo era un hombre de honor. Daba igual lo que aquel ogro pedófilo le hubiera hecho. Jamás le habría matado a sangre fría. Pero el filipino se abalanzaba sobre él lanzando un alarido. En su mano

derecha un arma mortal silbaba en el aire, dispuesta a hincarse en su piel.

Así que abrió fuego.

Tan solo cuarenta y cinco minutos más tarde, Carla regresó a su casa. En el porche miró a derecha y a izquierda con la misma preocupación que su esposo momentos antes. Tenía miedo de que el subteniente Faure viniese buscando venganza. Por suerte, pensó, en menos de una hora estarían en el mar, camino de una pequeña isla en las Bisayas. Allí nadie les encontraría.

Con mucho cuidado, abrió la puerta. No llegó a ver a su agresor; recibió un golpe en la nuca con la culata de una Beretta. Cayó de rodillas y luego sintió que alguien la inmovilizaba y le presionaba la tráquea, dejándola sin respiración, hasta que acabó por perder el conocimiento. Benjamin no quiso usar un martillo como Marvin había hecho con él, porque podría haberla matado. Era un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

Carla se despertó tumbada en un charco de sangre, junto a su esposo, que tenía dos balazos en la cabeza. La pistola, el arma del crimen, estaba entre las manos de la mujer. Cuando aún no había salido de su estupor, la policía ya le estaba poniendo las esposas. No pagaría por haber asesinado a su madrastra, Charlene Balani (y el resto de asesinatos que había insinuado Marvin), pero pagaría igualmente. Benjamin había dudado durante días, por eso había pospuesto su regreso a la isla de Samal. No sabía qué tipo de condena merecía Carla, ni siquiera si había cometido crimen alguno. Su tío la había pervertido desde niña, pero eso no bastó para exculparla cuando supo la verdad. Al fin y al cabo, muchos asesinos en serie tuvieron infancias similares y no por eso habían esquivado el corredor de la muerte o la cadena perpetua. Era un peso terrible eso de ser juez y verdugo, pero el destino había decidido que el subteniente Faure tomase aquella responsabilidad entre sus manos.

Dos fornidos agentes estaban llevando a Carla, esposada, hacia el coche policial. Benjamin, que contemplaba la escena entre los curiosos de los alrededores, gente del distrito de Peñaplata que habían acudido a ver cómo detenían a su vecina, solo fue capaz de sentir una emoción: el vacío de la venganza.

Terminada su misión, no se sentía satisfecho, solo increíblemente solo.

Pero se repuso de inmediato. Porque el subteniente Faure tenía la sensación de que aquello no se había acabado.

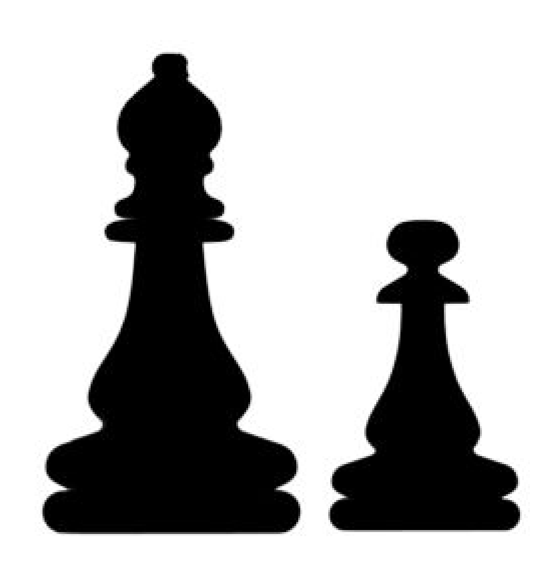
Él seguía allí, en las Filipinas, contemplando el fin de la batalla que había librado y ganado contra aquellos que le robaron su vida. Ya no tenía una razón para seguir existiendo pero, pese a todo, existía. Las tripas le decían que aún le faltaba una última acción que

acometer, pero desconocía cuál, desconocía dónde y no sabía lo que ahora el destino le tenía reservado.

De todas formas, tenía que cumplir con una promesa. Luego ya pensaría qué hacer con su futuro.

CAPÍTULO 25

Irina



Benjamin regresó a Baguío en avión. Ni siquiera había tenido que pasar la noche fuera para resolver aquel misterio de tantos años atrás. Había quedado tan impune como los asesinos que le habían condenado en el pasado.

Tenía algo de dinero y decidió apostar en una pelea de gallos, algo muy común en la isla. La suerte le sonrió y duplicó los dólares y los pesos filipinos que le quedaban. Paseó por la ciudad, disfrutó de los malabaristas que hacían trucos con fuego para los turistas, fue al mercado y compró el bistec más grande que pudo encontrar, el cual devoró con una generosa ración de arroz blanco. Así pasó su primer día como un hombre verdaderamente libre.

Cuando amaneció, fue al auditorio de Baguío en busca de los Dimatulak. Se dirigió al hotel Pines, pero no los encontró en el bar, donde solían estar. Iba a preguntar a uno de los camareros cuando los vio. El señor Dimatulak estaba hablando con su esposa. Se habían levantado de su mesa y estaban ya en el vestíbulo, cuchicheando algo que no pudo escuchar. Se situó detrás de ellos con sigilo. Sabía que lo conocían, que lo habían visto infinidad de veces junto a Otto Weilern. No podía arriesgarse a que lo reconocieran. Ahora que el Observador se había marchado, Benjamin no tenía ninguna excusa para estar allí, aparte de su interés en presenciar el final del campeonato del mundo, lo que usaría como pretexto si era necesario.

Con cuidado, siguiendo discretamente a Ramón y a Cristina, Benjamin se adentró en el vestíbulo donde los aficionados al ajedrez y los jugadores se congregaban en grupos animados. El sonido sordo de los pasos resonaba sobre la moqueta, mezclándose con los susurros entusiastas y las risas nerviosas de los espectadores. Después de sus últimas derrotas, Karpov había pedido un aplazamiento. Los aficionados al ajedrez habían esperado durante cinco días la batalla final que decidiría todo. Y finalmente, había llegado el momento.

Benjamin se aseguró de no llamar la atención mientras avanzaba por los pasillos elegantemente decorados. Parecía un aficionado más. Y en el fondo lo era.

Llegaron al auditorio. La multitud proporcionó a Benjamin un camuflaje perfecto. Permaneció oculto entre el murmullo de mil voces emocionadas y expectantes, ya que Karpov y Korchnoi acababan de llegar.

La magnitud de la ocasión se hizo evidente. Las luces brillantes iluminaban el escenario, donde el tablero de ajedrez estaba perfectamente alineado, listo para presenciar el enfrentamiento final. El ambiente estaba cargado de energía, con una mezcla de tensión y emoción palpables en el aire.

El bullicio de las conversaciones fue disminuyendo gradualmente a medida que el maestro de ceremonias tomaba el micrófono y anunciaba la entrada de los competidores. El público estalló en aplausos y vítores, saludando a los dos grandes maestros.

Benjamin, manteniéndose en las sombras, buscó un lugar discreto desde donde pudiera observar la partida con detenimiento… y también a los Dimatulak. Tenía unas entradas que le había dado Otto. Estaba listo para convertirse en precisamente en un trasunto de su amigo, en un Observador.

—La seguridad de la organización está revisando habitación a habitación buscando a Irina. Todo con la máxima discreción para agradar a los rusos y que no se filtre lo del posible secuestro. Tenemos máximo hasta mañana para encontrar una solución —dijo Cristina en voz muy baja, moviendo la cabeza a derecha e izquierda y haciendo titilar a la pluma de avestruz de su sombrero.

Benjamin, desde el asiento donde se había colocado, justo detrás de la pareja, les oía conversar entre susurros. No escuchaba todas las palabras, pero adivinaba el resto, lo suficiente para completar las frases.

—No podemos matarla aquí. La encontrarán y se formará un escándalo —replicó su esposo.

—Tampoco podemos retenerla más tiempo. Hay que hacer algo.

—Pues tendremos que sacarla de aquí y acabar con ella en un sitio tranquilo, alejado de todo esto.

El señor Dimatulak asintió vigorosamente.

—Pediré favores. Sobornaré a algunos guardias. No será fácil. Ni barato.

—El dinero no es problema. Ya lo sabes. Esta misma tarde lo haremos. No podemos postergarlo más tiempo.

Benjamin ya había oído lo suficiente. Tomó una habitación en el hotel y pasó unas horas tumbado en la cama mirando las nubes desde su ventana. Se imaginó surcando los cielos, el rugido del motor resonaba en sus oídos mientras manejaba hábilmente los controles. Sentía la adrenalina correr por sus venas mientras realizaba maniobras arriesgadas y ejecutaba precisos ataques contra el enemigo. La cabina del avión vibraba y el viento azotaba su rostro. No lo soñó. No llegó a dormirse. Fue casi como un recuerdo, como si hubiese pasado de verdad, como si estuviese a punto de pasar de verdad.

Salió al pasillo a las tres de la tarde. Vigiló la habitación de los Dimatulak, que no estaba lejos de la suya.

A las seis y media Cristina abandonó su habitación. A las siete en punto, su esposo llegó vestido como un mozo de hotel. Entró en su habitación con un carrito de ropa medio vacío y salió con uno lleno a rebosar. Decidió seguirlo. Fue tras él por un pasillo lateral hasta una

entrada de servicio.

Se pegó a la pared, lejos de la vista del hombre y de su esposa, que acababa de unírsele desde la recepción.

—Vamos —dijo Cristina.

El señor Dimatulak avanzaba tranquilamente empujando su carrito. Abrió una puerta y salió a un pequeño estacionamiento privado, que solo era usado por el personal del hotel. Ramón caminaba sin prisas, como el que lleva realmente la ropa sucia camino de la lavandería. Cristina iba tras él, el sonido de sus tacones resonando como el pico de un ave de mal agüero.

Benjamin abrió el sobre del dinero que le había dado Otto. Miró la nota que le había dejado el Observador. En ella le explicaba todos los crímenes que había cometido al servicio de la CIA, su complicidad en varios asesinatos y torturas en Chile, y ahora el secuestro de una muchacha. Releyó la frase final, que Otto había escrito en letra mayúscula:

"IRINA NO DEBE MORIR. YA HAN SUFRIDO DEMASIADOS POR MI CULPA EN EL PASADO. TE AYUDÉ A ENCONTRAR JUSTICIA. AYÚDAME TÚ AHORA".

—Justicia—musitó Benjamin.

Los Dimatulak llegaron al estacionamiento, donde había un único coche, un Mercedes negro. La mujer se subió, se puso al volante y se colocó en la cabeza su estrafalario sombrero.

—Vamos a sacar a esta putita rusa de aquí de una maldita vez. ¿Pagaste a los vigilantes?

—Sí, se han ido a dar una vuelta. Tenemos apenas cinco minutos. ¿Qué haremos luego, ya lo has decidido?

La señora Dimatulak frunció los labios.

—La matamos, la enterramos y nunca se volverá a saber de ella. Cosas que pasan.

Benjamin dio un paso más y salió también al estacionamiento. La señora Dimatulak movió su cabeza y el penacho de avestruz se desplazó a un lado. Sacó un dedo por la ventanilla y señaló en su dirección. Le dijo algo a su esposo que el subteniente Faure no pudo entender. Ramón se volvió mientras Benjamin avanzaba con paso firme por el estacionamiento. Dejó su carrito a un lado.

Ojalá fuese un buen orador, pensó el subteniente.

Si lo fuera podría explicar a aquellos dos asesinos que acababa de comprender algo esencial: el día que vio en el periódico la mano velluda de Korchnoi mover el peón de alfil dos casillas al frente, se equivocó. El destino había llamado a su puerta no solo para salvarle a él sino también a Otto Weilern. Pero en lugar de explicar nada de todo esto se quedó delante del señor Dimatulak, con la boca abierta, sin saber qué decir. Ramón se volvió hacia su esposa y dijo:

—No te preocupes. Es el amigo del Observador. —Y luego, volviéndose hacia Benjamin, añadió—: ¿Sucede algo? ¿Le manda Weilern?

Las palabras, cuando finalmente lograron escapar de la boca de Benjamin, no fueron ni ardientes ni elocuentes, sino más bien un balbuceo.

—No me quedan razones para vivir. Seguía existiendo solo para hacer justicia. Otto me ayudó y yo tengo que devolverle el favor. La muchacha, la muchacha... Irina se tiene que quedar. Las palomas. Tiene que volar libre como una paloma.

Benjamin alzó los brazos hacia las nubes señalando el lugar donde debería estar, pilotando un avión, libre como el viento, como una paloma. Pero al hacerlo se levantaron los faldones de su americana y dejaron a la vista su pistola, el cañón metido bajo el cinturón.

Cuando bajó la mirada, el señor Dimatulak le estaba apuntando con un revólver Smith & Wesson, un modelo antiguo, de principios de siglo. Aquel hombre no estaba acostumbrado a llevar armas y menos a usarlas. Pero por su oficio siempre llevaba aquel revólver. Por si las cosas se ponían feas. Y parecía que esta sería una de aquellas raras ocasiones donde las cosas se ponían muy pero que muy feas.

—¿Qué significa eso de que Irina se tiene que quedar? Mi jefe ya ha sido informado de que Otto hizo su parte. La transacción ha tenido lugar y el dinero ya está en la cuenta de tu amigo. ¿Os estáis echando atrás? ¿Habéis llegado a un acuerdo secreto con los rusos?

Benjamin deseó una vez más ser un gran orador. Pero no lo era. Extendió de nuevo los brazos y dijo:

—La muchacha es inocente, más inocente aún de lo que era yo el día que me encarcelaron. No puedo permitirlo. Otto tiene razón. Hay que hacer justicia.

El señor Dimatulak tampoco era un buen orador, pero sabía cuándo las cosas no estaban marchando bien. Llegados a este punto, poco importaba por qué no estaban saliendo como debían. Le pagaban para que solucionase los problemas, no para reflexionar sobre la naturaleza de los mismos.

—Entiendo —dijo, sencillamente. Y apretó el gatillo.

La bala entró en el omoplato de Benjamin, fracturándolo, desgarrándolo, arrastrando fragmentos de la americana y de hueso hasta las costillas. Benjamin cayó hacia atrás, mientras contemplaba desvanecerse el rostro tenso de Ramón Dimatulak. Estaba preparado. Era un soldado. Había recibido la formación necesaria para salir bien librado de una situación como aquella. ¿Sería capaz de hacer honor al hombre que podría haber sido?

El subteniente Faure rodó sobre sí mismo, cogió la pistola Beretta con su brazo sano y disparó una sola vez sobre el filipino, que se echó

la mano al corazón, exhaló un quejido apagado y fue desplomándose a cámara lenta, como si aquello fuese una mala película de serie B. Acabó tendido sobre el asfalto de un pequeño parking en Baguío. Una mujer salió del Mercedes chillando y lanzando insultos en tagalo.

—¡Putang ina mo! ¡Tinatawag din itong Persang moras!

La señora Dimatulak se arrodilló junto a su esposo y le besó en la frente. Se echó a llorar.

Entretanto, Benjamin se había incorporado. El hombro le ardía pero tuvo la fuerza suficiente como para coger el carrito de la lavandería y comenzar un camino sin rumbo por el parking.

La segunda bala le alcanzó en la cadera. El subteniente Faure giró por la fuerza del impacto y cayó de lado. Vio a Cristina Dimatulak, sin sombrero, disparando una y otra vez el revólver de su marido fallecido. A ciegas, casi sin mirar, aullando de rabia. Un par de balas rebotaron en el suelo a los pies de Benjamin, la tercera le dio en el tobillo, la cuarta le entró por el estómago, provocándole una hemorragia interna. Entonces, el exconvicto levantó el arma y volvió a disparar dos veces. No era un gran orador pero sí uno de los mejores tiradores de su escuadrón.

La primera de sus balas también falló, perdiéndose justo a la altura de donde debería haber estado el sombrero con plumas de avestruz, apenas a unos pocos centímetros de la cabeza de la mujer. Pero la segunda no erró su blanco: impactó en la frente de la señora Dimatulak. Su rostro dibujó una expresión de sorpresa.

Benjamin ni siquiera la vio derrumbarse en el suelo. Se incorporó como pudo, arrastrando una pierna, con un brazo inmóvil, sangrando profusamente, intentando salir del parking empujando de rodillas un carrito de la ropa. El coche de policía llegó quemando rueda, zigzagueando a toda velocidad, seguramente alertado por los disparos.

—¡Vaya, si es James Uriarte, el agente a sueldo de los Dimatulak! Seguro que estabas en los alrededores vigilando que ninguno de los rusos estuviese acechando para impedir el final de esta muchacha. Pero los problemas no han surgido desde el lado de la KGB soviética, ¿verdad?

Se sentó en el asfalto y vació el resto del cargador en el parabrisas delantero del coche policial antes de que James pudiese abrir la puerta del conductor. Lo vio desfallecer sobre el volante, la cabeza sobre el claxon, que comenzó a ulular llamando la atención de empleados del hotel, de clientes y de otros policías, que no tardaron en presentarse.

El subteniente Faure ya no tenía fuerzas para incorporarse de nuevo. Estaba sentado en un charco de su propia sangre, apoyado contra el carrito de la lavandería. Era el momento de descansar. Así que se tumbó en el suelo. Su misión había terminado.

Diez minutos más tarde, Irina recobró la consciencia. El botones y uno de los recepcionistas del hotel la estaban sacando del carrito.

—Ese hombre ha impedido que se te llevasen. Lo vi todo cuando salí a fumarme un cigarrillo —le dijo el botones señalando a Benjamin, todavía boquiabierto, sin dar crédito a lo que acababa de presenciar—. Se peleaban por el carrito de la ropa sucia. Al principio no entendí por qué. Pero luego, claro… te vi dentro y entendí lo que sucedía.

Irina volvió la cabeza. Su salvador agonizaba en un charco de sangre.

—Gracias —dijo, inclinándose.

—Gracias a ti. Vive por mí los siguientes 33 años… y todos los que puedas, muchacha —murmuró el subteniente Faure.

Benjamin cerró los ojos, pensando que había llegado su última hora. Pero algo le impulsó a abrirlos de nuevo. Y se vio delante de un P-47D Thunderbolt de color metálico plateado. Un avión recién salido de fábrica con su capa de color verde oliva antideslumbrante alrededor de la cabina. Los aviones llevaban la insignia de Estados Unidos en el fuselaje; en las alas, la insignia de la unidad filipina a la que pertenecían.

—¿Soy el siguiente en pilotar uno de estos aviones, mi capitán? —le dijo Benjamin a una figura erguida a su lado. Era su superior, que estaba pintando el número 64 bajo la insignia.

Sus compañeros de escuadrón ya habían despegado hace un rato para buscar cazas japoneses con la intención de enfrentarse a ellos en combate aéreo. Hasta ahora habían realizado misiones de escolta, de bombardeo, de ataque a tierra, cualquier cosa menos un combate directo contra la aviación nipona. La guerra estaba llegando a su fin y todos los pilotos en activo habían salido en busca del enemigo.

—No te demores, subteniente —dijo sencillamente el capitán—. Este es tu momento.

Benjamin encendió el motor de dos mil trescientos caballos de potencia. Aceleró por la pista y se elevó a los cielos a casi setecientos kilómetros por hora, buscando el infinito.

En el primer estertor de la muerte, el corazón de Benjamin se detuvo y la cabina del avión se esfumó como por arte de magia, pero luego volvió a latir por un instante. Abrió de nuevo los ojos y se vio delante del monumento a los compañeros caídos en la base Clark. Un pedestal, una placa con los nombres y un águila que lo remataba, obra de un famoso escultor filipino. Y toda la tropa formada rindiendo homenaje.

Un nuevo estertor y estaba de regreso a Manila entre los vítores de la multitud, entre abrazos y besos, entre desfiles y paradas de honor en cada ciudad en la que se detenían.

Su próximo recuerdo fue el del día que recibió la medalla del Lejano Oriente, la medalla de la liberación de la República filipina, la legión de honor y diversas condecoraciones americanas.

Benjamin, en su sueño, envejeció al servicio de la Fuerza Aérea de su país de adopción. A pesar de no ser un gran orador, fue ascendiendo lentamente en el escalafón militar hasta llegar a general en 1980, enfermo ya de cáncer de colon. Murió rodeado de sus hijos y de sus nietos en 1982.

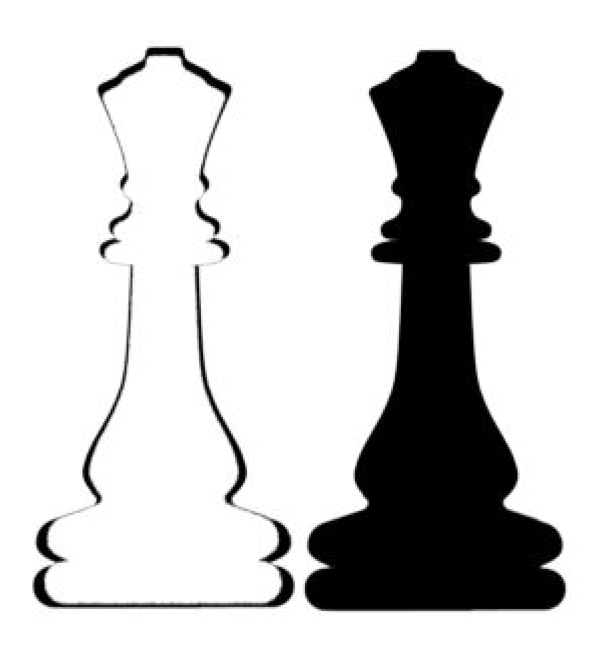
Su esposa lloraba y el mayor de sus hijos la estaba abrazando. Pero Benjamin sonreía. Había hecho muchas cosas buenas. Era hermoso partir de este mundo sabiendo que te consideran un hombre de honor, respetado y amado por tus compañeros de unidad y por toda la nación.

—He tenido una buena vida —murmuró el General del Aire Faure, utilizando sus últimas fuerzas.

Y su corazón dejó de latir para siempre.

CAPÍTULO 26

¿De qué hablaron el señor Weilern y el señor Korchnoi?



Cinco días antes, cuando Karpov solicitó un aplazamiento antes de la partida final, Víktor Korchnoi se quedó en el Pines Hotel. Realizó conferencias de prensa, agasajó a los periodistas y posó para fotos haciendo posturas de yoga, del que era un experto.

Pero la tarde del día siguiente eludió el asedio mediático y asistió de incógnito a una peculiar reunión en un café en las afueras de Baguío, un tugurio de mala muerte donde Otto Weilern lo esperaba.

Los dos hombres se saludaron, se estrecharon la mano, se presentaron y se sentaron. Ahí empezó una breve charla que cambiaría la vida de ambos para siempre.

—Cuando contactó con Petra, por un momento temí que fuera uno de esos sujetos de la KGB. Nunca puedes confiar del todo en ellos. Son muy creativos —dijo Korchnoi—. Pero afirma ser de la CIA y que le contrataron para ayudarme. Entonces, ¿debería confiar en usted? ¿No es esto una trampa de mis enemigos en el Kremlin?

—No debe inquietarse. Ya no estamos en los primeros tiempos de la Guerra Fría. Ahora los comunistas son más sutiles. No creo que se les haya pasado por la cabeza eliminarle en un bar de mala muerte como este, ni siquiera si llegase a derrotar a Karpov —respondió Otto.

—Lo sé. Prefieren humillarme. Los rusos, mis antiguos camaradas, me han ninguneado hasta el punto de no permitir que colocase en la mesa la bandera de Suiza, donde ahora resido. Todavía no tengo la ciudadanía y técnicamente soy un refugiado y un apátrida. Así que juego sin bandera.

—¿Qué es una bandera? Yo mismo no tengo una.

—Pero servirá usted a un país o a unos intereses.

—Trabajo para la Agencia, lo que significa que no estoy aquí precisamente para ayudar a la URRS ni a Karpov.

—Eso me tranquiliza. Me aconsejaron que no viniera a esta reunión, que avisara a las autoridades. Pero estoy desesperado. Y los hombres desesperados hacen cosas desesperadas.

—Me alegra que haya tomado la decisión correcta. Aunque debe saber que en la CIA están aún más desesperados que usted. Mis amigos sueñan con un nuevo Fisher, un campeón estadounidense que muestre al mundo que somos la primera potencia mundial en todos los campos del conocimiento y del deporte. Pero mientras llega ese día, quieren que usted gane, que Karpov y los rusos pierdan, que el Kremlin quede en evidencia. Ya sabe, esos ridículos juegos de salón de los poderosos.

—Ya veo.

—Me contrataron para eliminar la influencia de Zukhar. Y eso he hecho. No lo habrá visto en las últimas partidas.

—Vaya, así que usted es el responsable de mi buena suerte.

—En parte. Aunque la suerte no existe. Ambos sabemos que usted va a perder este campeonato del mundo. De ahí su desesperación.

Korchnoi se quedó en silencio. Otto le miró fijamente.

—Voy a confesarle algo, maestro. Cuando tuve que enfrentarme a la misión que encomendó la CIA en este campeonato del mundo, al principio me vi superado. Demasiadas piezas, como en ese maldito tablero de ajedrez en el que ustedes dirimen sus enfrentamientos. Pero gracias a un amigo me di cuenta de que debía mirar no lo que sucedía ante mis ojos, pues apenas lo entendía, sino lo que no encajaba de todas las cosas que estaba viendo. Entonces la verdad me fue revelada. Lo primero que no encajaba era una muchacha cuya presencia no tenía sentido. Ya puse remedio a ese asunto: ese amigo mío del que antes le hablaba regresará en breve de la isla de Samal para terminar de solucionarlo.

Otto respiró hondo y añadió:

—Lo segundo que comprendí que no tenía sentido era la historia misma de los poderes de Zukhar, sus quejas por la influencia de ese hipnotista de pacotilla. Nos engañó a todos, maestro.

Korchnoi se quedó boquiabierto. Pero reaccionó después de unos segundos:

—Vaya, así que se ha dado cuenta.

Víktor levantó una mano y pidió al camarero una jarra de *Buko Juice*, una refrescante bebida local hecha con agua de coco fresca. Este líquido se extraía de los cocos jóvenes y se servía directamente en un vaso con hielo. Korchnoi se había encaprichado de aquella bebida y la disfrutaba sin descanso desde que empezó el campeonato, cuatro meses atrás. Decía que alimentaba su mente. Sirvió un vaso a Otto y luego se sirvió a sí mismo. Bebió el líquido, paladeándolo sin prisas.

—Yo experimenté horrores inimaginables durante la Gran Guerra Patriótica, lo que ustedes llaman Segunda Guerra Mundial, señor Weilern. Hambre, canibalismo, enfermedades… No puede ni imaginárselo.

—Oh, sí puedo. Estuve en Leningrado en 1942. Creo que entonces luchábamos en bandos opuestos.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron. Una nueva comprensión nació entre ellos.

—El ajedrez me salvó de las ruinas de mi ciudad y de mi vida —prosiguió Korchnoi—. Pero luego, en el momento de mi mayor esplendor, las maquinaciones políticas me arrebataron mi triunfo y le entregaron a Karpov una oportunidad que no merecía. Decidieron que estamos en la era de los jugadores máquina, seres fríos sin sentimientos que no juegan partidas sino que te van desgastando, poco a poco, como un cáncer. Me exilié, caí, renací y he vuelto para este campeonato del mundo. Pero frente a Karpov estaba condenado desde

el principio. Sabía que iba a perder este campeonato del mundo, como usted mencionó hace un momento. Entonces...

Otto lo interrumpió:

—Entonces decidió que tenía que desestabilizar a Karpov, ese maldito genio robótico que personifica los valores del cambio. Porque ese joven prodigio de los Urales es el primer discípulo de una nueva forma de entender el ajedrez.

—Y luego vendrán muchos más autómatas hasta que el dominio de la Unión Soviética se termine —proclamó Korchnoi—. Porque todos los imperios acaban. Pero no hoy. Creo que sus amigos de la CIA están equivocados. Rusia caerá, pero no será en esta década ni en la siguiente. Dudo que llegue a ver con mis propios ojos a un americano convertirse nuevamente en campeón del mundo. Fisher fue una anomalía. Y por eso su reinado fue tan efímero. Era su destino brillar y desaparecer.

Hubo una pausa. Otto tomó un sorbo de su bebida y dijo:

—Me llevó tiempo darme cuenta de que usted, como yo, es consciente de sus limitaciones. Intentó diversas maniobras para desequilibrar a Karpov, sabiendo que aún es muy joven. La silla desmontada, la Gran Controversia del Yogur, las sectas con sus túnicas naranjas y sus salmos, sus constantes protestas por los supuestos poderes psíquicos de Zukhar, las gafas de sol o el agua que se tiraba a los ojos. Nunca estuvo realmente preocupado por ninguna de esas cosas. Eran tretas. Sólo quería perturbar la concentración de su rival.

—Y lo logré. Vamos cinco a cinco. Pero se me han agotado los trucos. Y en la partida final, cuando Anatoli sepa que es el momento definitivo y se concentre de veras... Bueno, ambos sabemos que perderé.

—Me sorprende su franqueza. Pero, como ya le dije, yo también soy consciente de mis propias limitaciones.

Otto le entregó a Korchnoi su tarjeta. En ella solo decía: *OTTO WEILERN. Observador.*

—En la parte de atrás encontrará una dirección postal a la que puede enviarme una carta si necesita mis servicios.

—No creo que los necesite. Pero gracias.

Entonces Korchnoi abrió su cartera y le entregó su tarjeta: *VIKTOR KORCHNOI. Ajedrecista, soñador, un poco loco.*

Otto la leyó y ambos estallaron en risas.

El momento de hilaridad cesó abruptamente. Otto se fijó en una fotografía que ocupaba un lugar prominente en la cartera del maestro, junto a las de su esposa y la de su hijo. Era Irina con trece años, más joven pero claramente identificable.

—Creía que usted no tenía hijas.

—Así es.

—¿Y esa niña?

—Mi mejor estudiante. Podría haber sido la próxima gran ajedrecista en este mundo de hombres. Pero no es una autómata como Karpov, es un ser único, como usted y como yo. Le aconsejé que se dedicara a otra cosa.

—Pero aún mantienen contacto.

—Por supuesto.

Otto frunció el ceño.

—¿Y ella le envía mensajes presionando su reloj mientras parece estar golpeando una caja de cerillas? ¿Quizás la estrategia de la partida que acaba de escuchar del equipo soviético? Ya sabe, información en tiempo real.

Otto depositó sobre la mesa un reloj de pulsera femenino, uno que siempre marcaba las tres y diez, uno demasiado grande para ser solo un reloj. Korchnoi observó la caja de acero inoxidable, la esfera azul, y los números y las manecillas de un dorado brillante. En su muñeca llevaba un reloj exactamente igual, que se tapó a toda prisa bajando la manga de su camisa.

—No sé de qué me habla. Pero permítame plantearle una hipótesis, si le parece bien.

—Por supuesto.

—He estado reflexionando, meditando, sobre lo que significa jugar limpio, sobre la ética en el ajedrez y en el deporte —comenzó Korchnoi. En la quietud del café, desierto a aquellas horas, sus palabras llenaban el silencio—. Es curioso cómo cambian las reglas del juego cuando tu oponente se aparta de las normas tácitas. Cuando Karpov juega, no veo a un hombre, veo a una máquina, calculadora y fría. ¿Es lícito hacer trampas frente a un rival así? ¿Es justificable, quizás incluso necesario, usar medios no convencionales para equilibrar el campo de juego?

Su rostro, a menudo serio y concentrado, ahora mostraba una expresión de conflicto interno. Las arrugas en su frente se acentuaban a medida que su dilema se profundizaba.

—El ajedrez ha evolucionado desde mi juventud, cuando los grandes maestros eran individuos de emotividad y pasión intensa. En sus partidas se podía percibir la ira, la tristeza, la alegría —Korchnoi se detuvo, su mirada perdida en los recuerdos—. El ajedrez era un reflejo del alma humana, cada partida una batalla intensa y personal. No se trataba solo de la estrategia, sino de la personalidad y el carácter de cada jugador. Éramos humanos, no autómatas. Si Karpov juega como un autómata, empleando un método deshumanizado e impersonal, ¿acaso quien compite contra él no tiene el derecho, incluso la obligación, de usar otra "máquina" para igualar el campo de juego? —Su voz, normalmente firme y segura, temblaba por la

magnitud de su insinuación.

—No estoy seguro de coincidir con su perspectiva.

—Karpov es el precursor de una nueva generación de ajedrecistas, aquellos que se refugian detrás de una barrera de cálculos y lógica inmutable. Los nuevos jugadores no mostrarán la misma pasión o emotividad de sus predecesores. En vez de una contienda emocional, las partidas se convertirán en una guerra de algoritmos y probabilidades. ¿Es eso lo que realmente queremos?

—Yo desearía que en todo deporte gane el mejor.

Korchnoi suspiró.

—Pero eso nos lleva de nuevo al principio, señor Weilern. Soy el mejor, pero no puedo vencer a una máquina. Y el día en que dos máquinas se enfrenten, Karpov contra el próximo aspirante a destronarlo, no estoy seguro de si el ajedrez seguirá siendo un deporte.

Otto asintió. Todo estaba dicho. Korchnoi le agarró del brazo cuando se daba la vuelta para marcharse.

—Quería preguntarle… bueno, antes mencionó a un amigo que viene de la isla de Samal para resolver un asunto relacionado con una chica. Y ahora he visto este reloj, que se parece mucho al de una amiga. Me pregunto si...

—No se preocupe por Irina. Ya sé que no la ha visto en unos días, pero ella está bien. O lo estará pronto. Mi amigo se encargará de ello. Es un héroe, uno de los hombres más nobles que he conocido. No se preocupe e intente derrotar a ese maldito autómata. Puede hacerlo sin la ayuda de ninguna máquina, reloj o caja de cerillas. Irina no le hacía ningún favor. Usted debe ganar por sí mismo como ha hecho esta última partida en la que no estaba su amiga mandándole mensajes secretos. Sé que he dicho antes que iba a perder, pero me gustaría ver cómo lucha por evitar esa predicción y alcanza lo imposible.

Korchnoi bajó la cabeza.

—Me he quedado sin trucos, ya se lo he dicho antes. Soy un mago sin nada en el sombrero. Si no me arriesgo, Karpov forzará mil empates hasta que cometa un solo error. Entonces ganará. Y si me arriesgo, ganará de todas formas. No tengo opción.

—Siempre hay una salida, otro camino, otra forma de renacer de las propias cenizas. En la Segunda Guerra Mundial hice cosas terribles. Más tarde, me convertí en alguien sin valores, un potencial asesino. Precisamente aquí, en Filipinas, estuve prisionero. La CIA me reclutó para infiltrarme en la casa de un general del ejército que no era tan patriótico como ellos deseaban. Querían que encontrase sus vicios más oscuros. Ya sabe, lo usual. Si no podían confiar en él, querían tener suficiente contra él para que obedeciera. Aunque fracasé y me arrestaron, no dije nada durante los interrogatorios y logré convencer al ejército, y luego a la policía, de que solo era un ladrón un tanto

torpe, especialmente desacertado a la hora de seleccionar mis objetivos. La CIA vio en mí un potencial para el engaño y la manipulación. Esa misión fallida, paradójicamente, fue mi trampolín. Me ascendieron. Durante mucho tiempo, realicé tareas repugnantes para ellos. Pero en Chile, todo cambió. Gracias a mi trabajo, y al de otros agentes, están torturando y asesinando a miles de personas, ahora mismo, en este instante. Juré que no tendría más sangre en mi conciencia. Durante este caso, he llegado a la conclusión de que no puedo seguir trabajando para la CIA porque siempre habrá víctimas colaterales, un niño, una mujer, un hombre inocente o una muchacha joven como Irina. Necesito encontrar otro camino, huir como usted lo hizo de la Unión Soviética y hacer renacer mis habilidades, como el Ave Fénix, pero en otro lugar.

—No será sencillo.

—Nunca lo es.

Otto y Korchnoi se estrecharon las manos.

—Derrote a ese joven engreído de los Urales. Puede hacerlo —rogó Otto.

—No sé si me quedan fuerzas, pero lo intentaré —aseguró Korchnoi.

El Observador comenzó a caminar hacia la salida. Se detuvo un momento, considerando si quería añadir algo más. Finalmente, abrió la puerta del café. En la calle, el calor era sofocante.

—Ha sido un placer conocerlo, Víktor.

EPÍLOGO

Jaque mate

Ya en Madrid, Otto se enteró de la victoria de Karpov, quien había aplastado a un irreconocible Korchnoi en su peor partida en años. Herido en su orgullo, sabiendo la derrota inevitable, el viejo maestro se empeñó en seguir jugando diez movimientos más, observando con incredulidad cómo su ejército se esfumaba ante sus ojos. **R-N2. Fin**.

Este acontecimiento llevó a Otto a reflexionar sobre su propia existencia. Korchnoi había jugado mucho mejor que Karpov, pero también mucho peor. El joven maestro se había esforzado por cometer los menores errores posibles, por no ser humano. Porque, en los momentos en los que Karpov mostró un atisbo de humanidad, perdió varios puntos seguidos. Algo similar le ocurría a Otto, quien solía perder cuando mostraba algo de empatía y de humanidad. Por ello a menudo optaba por explotar las debilidades de sus enemigos tal como Karpov la gran debilidad de Korchnoi, su lentitud para tomar decisiones, lo que siempre le hacía enfrentarse a dos adversarios: el joven robot Anatoli y las agujas del reloj.

El Observador reflexionaba sobre todo esto en la plaza madrileña de Callao, sin quitar la vista de un grupo de palomas que picoteaban una miga de pan.

¿No llamaba "Palomas" su amigo Benjamin a los P47-D Thunderbolt que nunca llegó a pilotar en misión de combate? Otto suspiró profundamente, esperando que el subteniente Benjamin Faure hubiera encontrado la paz, esa paz que el Observador nunca encontraría y que ya ni siquiera buscaba.

En ese momento, vio pasar a una joven rubia, de estatura media, muy esbelta y de ojos azules. La muchacha se movía a través de una plaza que latía al ritmo frenético de un día cualquiera en la capital de España.

Era idéntica a Irina, incluso se recogía el cabello en un moño similar. Aunque pudo ser Otto quien imaginó el parecido y a la *Doppelgänger*, a la doble de la muchacha rusa. Había visto una foto de Irina junto a la delegación soviética en los periódicos y sabía que había sobrevivido, que ahora era libre, que Benjamin la había rescatado. Sin embargo, aún sentía una sensación indefinible en el estómago cuando pensaba en la joven a la que casi condenó a algo peor que a 33 años de prisión.

La doble de Irina se había reunido en un extremo de la plaza con unos amigos. Miraban la cinta de casete de un grupo popular y examinaban la portada entre exclamaciones. Otto sacó un billete de mil pesetas de su billetera y se acercó para dárselo a la chica. Ni siquiera sabía cómo había tomado esa decisión. Quería dárselo y no le importaba si el motivo era un genuino sentimiento de culpa o

cualquier otra cosa. Caminó por el suelo adoquinado de la plaza, en medio del bullicio. Pero en el último momento, cuando ya estaba a menos de dos metros de los jóvenes, se detuvo.

Se preguntó si en ese enfrentamiento de ajedrez contra sí mismo quería ser Korchnoi, el último gran maestro humano, o Karpov, el genio matemático que había aprendido a actuar como un robot. Con Benjamin y con Irina había mostrado un poco de empatía, de humanidad, y las cosas no le habían ido tan mal. Tal vez era el momento de comenzar a ser otra persona.

O tal vez fuera demasiado pronto para cambiar.

El Observador (de sí mismo) miró el billete de mil pesetas y, de repente, sin pensar demasiado, pues si lo hubiera hecho acaso habría tomado otra decisión, sacó su encendedor y le prendió fuego. Lo arrojó al suelo y observó cómo se consumía, sin darse cuenta de que el grupo de jóvenes se había olvidado de la casete y contemplaban aquella escena incomprensible.

—Tío, está quemando un billete de mil pelas —dijo la doble de Irina a un amigo. Y lo hizo, como es lógico, en español y sin rastro de acento ruso.

—¡No jodas! —dijo otro.

—Será de pega; no puede ser verdadero —opinó un tercero.

Otto guardó su billetera, abotonó su chaqueta y comenzó a caminar lentamente hacia la calle del Carmen, en dirección a la Puerta del Sol. Los jóvenes no pudieron escucharle murmurar, con una voz que denotaba sarcasmo:

—Jaque mate, Otto. Jaque mate.

Y mirando hacia el cielo, continuó caminando. Un avión volaba muy bajo, a pocos metros de los techos de los edificios. Quizás tenía problemas mecánicos y buscaba un lugar para hacer un aterrizaje de emergencia lejos de las zonas más pobladas; o tal vez se dirigía al aeropuerto de Barajas.

El Observador no sabía mucho sobre aviones, pero le pareció que era una aeronave pequeña, un monoplaza de color plata con un emblema en forma de paloma pintado en una de sus alas sobre un gran número 64. Incluso creyó ver al piloto en la cabina, levantando la mano para saludarle.

Aunque quizás estaba equivocado. Había estado demasiado tiempo bajo el sol del mediodía reflexionando sobre sus numerosas debilidades.

Bien pudo ser un espejismo.

NOTA DEL AUTOR

Korchnoi y Karpov se enfrentarían nuevamente en la siguiente final del campeonato del mundo. Esta vez, tuvo lugar en Merano, Italia. Allí, sin trucos, engaños, ni parapsicólogos, Korchnoi perdió de manera rotunda por 6 a 2 en un enfrentamiento que es conocido popularmente como "la masacre de Merano". Los rusos, por precaución y para presionarle, encarcelaron a su hijo antes de la final acusándolo de deserción.

Hoy en día, los expertos consideran a Viktor Korchnoi como uno de los pocos grandes maestros del ajedrez que nunca ganó un campeonato del mundo.

ADDENDA

La novela que acabas de leer ha pasado por varias revisiones a lo largo de los años:

-Originalmente, fue una novela corta, casi un relato, titulado "LOS MEXICANOS DEL ESCUADRÓN 201". El protagonista era mexicano y no filipino-francés.

-Posteriormente, la amplié y se convirtió en "JAQUE MATE", con un investigador que no era Otto Weilern.

-La versión actual tiene más del doble de páginas que la anterior y cuatro veces la original. Los personajes principales han cambiado nuevamente, así como muchas de las tramas. Por eso la publico con un nombre distinto, porque se trata de una novela diferente.

Un ejemplo clásico es "OPUS NIGRUM" de Marguerite Yourcenar, que hasta su forma definitiva pasó por varias revisiones con distintos nombres, desde relato, novela corta y novela, hasta llegar a convertirse en una novela extensa y voluminosa. Y existen muchos otros ejemplos similares.

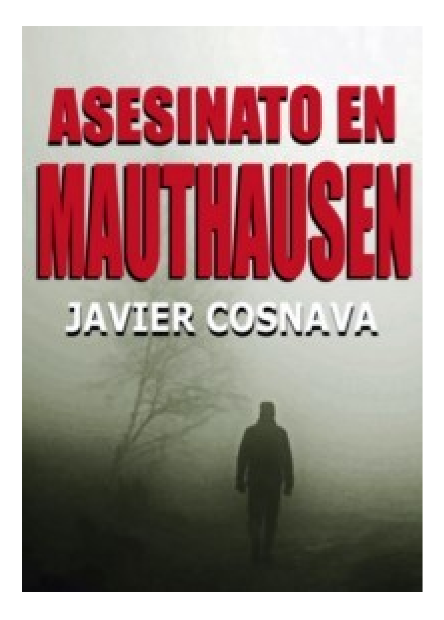
Hay historias que, incluso cuando están terminadas, no están del todo completas y es necesario regresar a ellas.

Espero que hayas disfrutado "33 AÑOS EN PRISIÓN", la versión definitiva de esta historia. Al menos eso espero, porque nos aguardan muchas aventuras del Observador que seguirán a esta. Y planeo escribirlas muy pronto.

JAVIER COSNAVA

Oviedo. Junio de 2016-Junio de 2023

OTRAS NOVELAS CON EL MISMO PROTAGONISTA



Una novela que no olvidarás fácilmente, que te llegará al corazón y te hará reflexionar sobre la condición humana.

Un policial que se desarrolla en el famoso campo de concentración de Mauthausen y en sus aledaños, durante los años de la eliminación de deficientes mentales (Aktion T4).

¿QUIÉN ESTÁ ASESINANDO A LOS GUARDIAS DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN?,

esa es la pregunta que deberán resolver los investigadores, los dos hermanos Weilern. Pero ni en la peor de sus pesadillas

podrían imaginar el horror que van a encontrarse.

2ª GUERRA MUNDIAL SERIE

1- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA (1939-1941)

LA FICCIÓN HISTÓRICA QUE NOS MUESTRA NO SOLO LAS BATALLAS SINO LA VIDA PRIVADA DE HITLER Y DE SUS GENERALES, LOS ENFRENTAMIENTOS ENTRE SUS ESPOSAS O LAS LUCHAS DE PODER DENTRO DEL PROPIO PARTIDO NAZI.

Asiste junto a Otto Weilern, un joven oficial de las SS, al embrión de una guerra que acabará extendiéndose por los cinco continentes.

Una historia trepidante narrada de forma espléndida y con pulso firme, que nos desvela los misterios de un horror que no puede repetirse y que causó cerca de 70 millones de muertos

2- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Barbarroja y el Norte de África

CONTINÚA LA NOVELIZACIÓN DEL CONFLICTO MILITAR MÁS IMPORTANTE DE TODOS LOS TIEMPOS

Prosigue la ficción histórica que nos muestra no solo las batallas sino la vida privada de Hitler y de sus generales,los enfrentamientos entre sus esposas o las luchas de poder dentro del propio partido nazi.

Asiste junto a Otto Weilern, ya retirado de las SS y al servicio del Afrikakorps de Rommel, a una guerra que llega a su momento crucial en Rusia y en Egipto.

Una historia trepidante narrada de forma espléndida y con pulso firme, que nos desvela los misterios de un horror que no puede repetirse y que causó cerca de 70 millones de muertos.

3- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Stalingrado y El Alamein

LLEGA EL MOMENTO EXACTO EN QUE LA ALEMANIA DE HITLER PERDIÓ LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

¿Cómo sucedió? ¿Cuándo exactamente? ¿Fue en Stalingrado? ¿O tal vez no?

Lo sabrás en esta ficción histórica, que nos muestra no solo las batallas sino la vida privada de Hitler y de sus generales, los enfrentamientos entre sus esposas o las luchas de poder dentro del propio partido nazi.

4- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, La Caída de Berlín

ALEMANIA HA PERDIDO YA LA GUERRA, AUNQUE NADIE SE ATREVE A DECÍRSELO AL FÜHRER.

En esta nueva novela asistiremos al colapso final de los ejércitos del Reich.

Incapaz de hacer ya ofensivas estratégicas, la que dos o tres años antes fuese la máquina de guerra más poderosa del planeta, ahora está al borde de la aniquilación

¿Pero cómo reaccionó Hitler ante lo inevitable

?¿Cómo era la vida privada de sus generales, de sus esposas y familia, de todo su entorno, en un momento de tanta trascendencia?

Otto Weilern, ahora al servicio personal de Adolf, nos mostrará los entresijos del círculo más cercano a Hitler: las traiciones, las fidelidades rotas, la lucha de poder entre los príncipes del nazismo.

Himmler, Goering, Bormann, Speer, Goebbels, Canaris, Schellenberg,... y muchos otros.

Una novela que revelará el lado más oculto de los nombres clave de la segunda guerra mundial.

Llega por fin la hora de la verdad a una saga con miles y miles de lectores.

Sigue a COSNAVA en:

Facebook : @COSNAVA

Twiter: @COSNAVA

Instagram: @COSNAVA

SI QUIERES LEER MÁS LIBROS DE COSNAVA, AQUÍ ENCONTRARAS UNA GRAN SELECCIÓN DE ELLOS

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más ¡!!